

EL AMOR DE LA SABIDURÍA ETERNA

por

San Luis María Grignion de Montfort

PRESENTACIÓN

La Sociedad Grignion de Montfort, que ha dado a luz tres de las obras del Santo devoto de María, no creería ser fiel al espíritu montfortiano si no añadiera a la lista de sus publicaciones la de este Tratado EL AMOR DE LA SABIDURÍA ETERNA. Porque es, a no dudarlo, una de las principales obras del Santo y la que contiene la clave para comprender plenamente su espiritualidad.

El P. Henri Huré -citado también por los PP. Pío Suárez y Luis Salaün- escribe en la edición que hizo de esta obra: «Montfort ha escrito dos obras importantes: *El Amor de la Sabiduría Eterna* y el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*. Esta última no es más que el magnífico comentario del capítulo XVII de la primera y su complemento indispensable. *El Amor de la Sabiduría Eterna* es un libro de capital importancia. El y sólo él nos presenta la espiritualidad montfortiana en su conjunto...».

Y así es en realidad. Porque el Santo trabajó detenidamente y durante muchos años de su vida en esta obra básica. Comprendía él -y lo experimentaba- que no todos entendían su doctrina de la *esclavitud mariana* tal como él la practicaba y exponía. La tildaban de un mariocentrismo contrapuesto al Cristocentrismo espiritual. ¿No es Cristo el centro y el fin de nuestra vida espiritual, como quiera que El es Dios, nuestro Redentor, Mediador, Autor de los Sacramentos fuentes de la gracia y de nuestra santificación? Y parecía que la Mariología de San Luis M.ª Grignion de Montfort relegaba a segundo término la Cristología, la minorizaba y aun la casi suprimía.

Cierto es que semejante apreciación de la espiritualidad monfortiana era y es totalmente falsa. Pero su insistencia en la mediación de María para llegar a Cristo, era así mal interpretada. El Santo, pues, que tanto amaba a Jesús y que la misma esclavitud mariana basaba en las promesas bautismales y en el compromiso de todo cristiano de entrega a Jesús, no podía tolerar semejante falsificación de su doctrina. Quiso, pues, dejar bien claras las bases de su espiritualidad, al tiempo que declaraba los fundamentos de su mariología.

La Sabiduría divina no es únicamente el Verbo Eterno hecho hombre -la Persona-, sino este Cristo que se nos da, que vive en nosotros, que nos santifica, que es nuestra vida. Pero este Cristo, esta Sabiduría Encarnada «amó la Cruz desde sus más tiernos años: *La quise desde muchacho* (Sb 8, 2). Apenas entró en el mundo, la recibió de manos del Padre en el seno de María. La colocó en su corazón, como soberana, diciendo: *Dios mío, lo quiero; llevo tu ley en mis entrañas* (Sal 40, 9). ¡Oh Dios mío y Padre mío, escogí la cruz cuando estaba en tu seno! La vuelvo a elegir ahora en el de mi Madre» (n. 169). Así también el cristiano ha de escoger y aceptar la Cruz de Cristo que encuentra en su Madre. Grignion de Montfort *encuentra siempre a Jesús en María*, como Jesús encontró en el seno de su Madre aquella naturaleza humana que fue el instrumento de la Redención.

Cristo se abrazó con la Cruz; y lo mismo ha de hacer el cristiano. En ella encontrará la vida porque en ella está Cristo. Ello le lleva a la *Consagración* más plena y absoluta; necesarísima si quiere ser totalmente de Cristo. Como la Sabiduría Eterna es un don, es una entrega de Sí misma a nosotros, también nosotros hemos de entregarnos más plenamente a la Sabiduría. Y ¿cómo podremos alcanzar esta unión tan perfecta con Cristo, Sabidu-ría Eterna? Cuatro medios pone el Santo: Deseo ardiente; oración continua; mortificación universal; y una verdadera y tierna devoción a la Santísima Virgen (c. XVII). Y a continuación explica en qué consiste la verdadera devoción a María. Capítulo maravilloso porque en síntesis expone toda su doctrina sobre este tema. Y advierte: «Esta devoción, debidamente practicada, no sólo atrae el alma a Jesucristo, la Sabiduría Eterna, sino que la mantiene y conserva en ella hasta la muerte» (n. 220).

Si los libros del *Secreto de María*, del *Santo Rosario* y *Tratado de la Verdadera devoción a la Santísima Virgen* son piezas excelentes para encontrar uno de los medios más eficaces de espiritualidad, porque por medio de María nos llevan a Jesús, éste de *El Amor de la Sabiduría Eterna* nos introduce en la misma fuente de la Santidad y del espíritu cristiano, enseñándonos, si cabe más, a encontrar *a Jesús por, en, con y para María.*

P. FRANCISCO DE P. SOLÁ: S. J.
Director de la Sociedad Grignion de Montfort

* * *

INTRODUCCIÓN

Creen los hijos de San Luis María de Montfort que el Santo compuso esta obra en los primeros años de su vida sacerdotal, y aun apuntan como fecha probable el período septiembre 1703-marzo 1704, cuando Montfort reside en París sin ocupación perentoria, recogido en su miserable cuartucho de la calle de Pot-de-Fer.

Ciertamente, en ese período, como se ve por las cartas que escribe a su hermana Luisa Grignion, y sobre todo a María Luisa de Jesús, el Santo está lleno del sentimiento y del ansia de la Sabiduría divina.

Léase lo que dice a María Luisa de Jesús el 24 *de octubre de 1703 desde el hospital de la Salpetriere: «Continuad, redoblad más bien vuestras plegarias para alcanzarme una pobreza aunque sea extrema,* o *una cruz pesadísima, o abyecciones y humillaciones... ¡Oh qué riqueza! ¡Oh qué honor! ¡Oh qué satisfacción si todo esto me alcanza aquella divina Sabiduría por la cual suspiro día y noche! No, nunca cesaré de pedir este tesoro infinito; y espero firmemente que lo alcanzaré...»* (Carta 12).

Y a la misma, en noviembre de aquel año: «Veo por experiencia que continuáis pidiendo a Dios la divina Sabiduría para este miserable pecador mediante cruces; siento los efectos de vuestras plegarias, ya que hoy más que nunca me encuentro empobrecido, crucificado, humillado. Hombres y demonios, en esta gran ciudad de París, me hacen una guerra bien amable y dulce» (Carta 13).

No eran, ciertamente, nuevos en Montfort estos anhe-

los. Para entonces, ya en el Hospital General de Poitiers había dedicado una sala con el nombre de «la Sabiduría», y como símbolo o *como encarnación de ella había hecho poner una gran cruz y escrito en su pie y en sus brazos todo lo que la cruz significa de dolor, de pobreza, de humillación, con una inscripción en el travesaño, que decía: «Si os avergonzareis de la cruz de Jesucristo, El se avergonzará de vosotros delante de su Padre».*

Aquella sala venía a ser como la cuna de las que él llamó «Hijas de la Sabiduría». La Sabiduría para él no era otra cosa que Jesucristo crucificado o *simplemente su cruz.*

Acaso la misma factura del libro, lleno en buena parte de largas citas de la Escritura, sobre todo del Antiguo Testamento, pudiera también indicar que se trata de la primera obra que estampa la pluma de Montfort.

* * *

Para los lectores españoles, el título mismo no deja de presentar cierta extrañeza. Nada hay en la literatura ascética y mística de España que lleve título parecido. En definitiva, el libro se endereza a fomentar el amor de Jesucristo crucificado y de su cruz. Los ascetas y místicos españoles nos hablan directamente así: «De la imitación de Jesucristo», «Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Jesucristo», «Historia de la pasión de Jesucristo», «Trabajos de Jesús» ... No quitará eso para que entre los motivos de amar al Hijo de Dios hecho hombre y muerto en la cruz, se estudie la excelencia del Verbo, de la Sabiduría del Padre, que se anonadó a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Montfort planta esa idea en el título mismo de su libro: El amor de la Sabiduría eterna. *En el texto nos dirá que esa Sabiduría a quien hemos de amar es, sí, la Sabiduría eterna, consustancial al Padre; pero añadirá en seguida que esa Sabiduría es la Sabiduría encarnada, Jesucristo crucificado; y en Jesucristo crucificado nos hará ver sobre todo la cruz.*

* * *

Se ha clasificado a Montfort entre los discípulos de Berulle. Y *era natural que el fundador del Oratorio y de la Escuela espiritual francesa influyera en él directamente por sus escritos y, además, porque su espiritualidad había pasado con Olier a la Congregación de San Sulpicio; en cuyo ambiente vivió Montfort durante los ocho años de preparación inmediata al sacerdocio. Pero, si se me permite decir francamente mi sentir, en la parte nuclear del* Amor de la Sabiduría, *como en casi todos los demás escritos del Santo, más que a la apropiación o aplicación de los sentimientos internos, de los misterios, de los estados de Jesús; más que a la adherencia o adhesión a esos estados, que parecen ser las características de la escuela beruliana, Montfort lleva directamente las almas a la imitación de Jesucristo crucificado, empujándolas a abrazarse con sus dolores, con sus desprecios, con sus deshonras, con su cruz. No puede olvidarse que Montfort hizo muchas veces, en casas de la Compañía y con Padres de la Compañía, los ejercicios espirituales de San Ignacio. Y tampoco se ha de olvidar que, entre sus libros espirituales, se cuenta el de la* Imitación de Jesucristo, *que cita repetidas veces. Uno de sus últimos biógrafos, el P. Luis le Crom, montfortiano, supone que durante la estancia en el cuartucho de la calle de Pot-de-Fer, cercano al noviciado de los jesuitas, el Santo podía consultar (de hecho consultó cuando componía su libro) la obra famosa del P. Saint Jure* De la Connaissance et de l'Amour du Fils de Dieu, notre-Seigneur Jésus-Christ. *Y aunque también Saint Jure, en obras posteriores, aparece influido por el espíritu beruliano, pero en ésta, que es la primera que escribió y publicó, se mantiene siempre dentro de la orientación de los ejercicios espirituales de San Ignacio.*

* * *

Indudablemente, según hemos dicho, al componer su libro El amor de la Sabiduría, *Montfort tiene a la vista la obra de Saint Jure, puesto que copia a la letra varios pasajes extensos y toma de ella varias citas de Santos Padres y autores eclesiásticos.*

¿Se inspira también en ella para valerse de los pasajes que en los libros sapienciales celebran las excelencias y enseñanzas de la Sabiduría eterna? Pudiera ser, supuesto el dato anterior; pero una vez que el Santo enfoca su estudio con el nombre de la Sabiduría, era natural que acudiera a esas fuentes.

* * *

Seria interesante averiguar de dónde nace la predilección que siente Montfort por el concepto y por la expresión «Sabiduría».

Indudablemente, la época en que el Santo trabaja (fines del siglo XVII *y principios del* XVIII) es *en Francia una época sabia. Es el reinado de Luis* XIV (1643-1715). *Instituciones sabias son la Sorbona, desde antiguo, y de fundación reciente, el Oratorio, San Sulpicio, Port-Royal. Manifestaciones espléndidas de sabiduría, en el fondo y en la forma, son las elucubraciones y discursos de los Bossuet, los Fenelón, los Bourdaloue, los Massillon. Las mismas interminables discusiones jansenistas son, sin duda, muestras de la elaboración filosófica y teológica que por entonces agita los espíritus, y no sólo en la primera fase del jansenismo -del* Augustinus, *de Jansenio; de Saint Cyran y del gran Arnault-, sino también en la segunda, que es la que vive Montfort, en que salen a luz y se discuten apasionadamente, antes y después de su condenación, las* Reflexiones morales *del antiguo oratoriano Pascasio Quesnell.*

Florece, pues, en la Francia de Montfort una indudable sabiduría: una Sabiduría de las escuelas, y otra, o la misma, ataviada con el ropaje de la elocuencia y de las letras, que se ostenta por todas partes; es una sabiduría católica y también una sabiduría heterodoxa. A distancia de dieciséis siglos pudiera decirse que el París donde vive Montfort reproduce en cierto aspecto la vida de la Atenas y del Corinto en que San Pablo anuncia por primera vez la buena nueva, el Evangelio de Jesucristo. Atenas y Corinto son ciudades totalmente paganas. París es ciudad cristiana. Y a no dudarlo, hay en ella almas

enamoradas de Jesucristo. Baste recordar otra vez el Oratorio, San Sulpicio y San Lázaro (en este último vive el espíritu de San Vicente de Paúl); prescindamos de tantas órdenes y congregaciones religiosas, antiguas y modernas, de hombres y de mujeres, donde, sin duda, reina el espíritu de Jesucristo. Pero acaso por encima de ese espíritu flota ya entonces, y se entra por los ojos y por todos los sentidos, un espíritu pagano de lujo, de molicie, de sensualidad, de corrupción. Acaso la misma ciencia, la misma sabiduría que se llama católica se resiente de profanidad y de hinchazón. Acaso no es la sabiduría genuinamente cristiana, la sabiduría del Evangelio, que San Pablo considera como la única verdadera Sabiduría: «saber a Cristo, y a Cristo crucificado», Esa es la sabiduría que Montfort echa de menos en muchos de sus contemporáneos. Y ésa es *la que él pide y busca para sí y la que querría infundir en todos los demás: la sabiduría de Cristo crucificado, la sabiduría de la cruz. Porque en el ambiente flota esplendoroso el concepto y la palabra de «sabiduría», titulará su libro* El amor de la Sabiduría; *pero la Sabiduría de que él va a escribir es la Sabiduría eterna anonadada, encarnada, crucificada.*

* * *

Es San Pablo el que a las inmediatas le inspira la palabra, el concepto y la realidad. «Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los griegos, necedad; mas para los mismos, ju-díos o *griegos, una vez llamados a la fe,* [predicamos] *a Cristo, poder de Dios y Sabiduría de Dios». Un Viernes Santo, en presencia de Luis XIV, Bourdaloue había hecho un comentario profundo y magnífico de estas palabras que se publicaron en* 1692: *«Cristo crucificado, poder de Dios y sabiduría de Dios». Fácilmente pudo leer esas espléndidas palabras Montfort mientras se preparaba al sacerdocio y después de ser sacerdote. Pero no había necesidad de que las leyera en Bourdaloue. La lectura de San Pablo y, más todavía que esa lectura, la meditación de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, nuestro Redentor, le habían enseñado que, en efecto, Jesucristo crucificado es el gran milagro del poder y de la Sabiduría de Dios, la única verdadera Sabiduría. El amor de esa Sabiduría es el que quiere encender en las almas con la composición de su libro.*

* * *

Tal vez, como indicábamos, es en París en los últimos meses de 1703 y primeros de 1704, sumergido en la mayor pobreza, desamparó y humillación, cuando se pone a redactar la obra, pensando, como puede creerse en las Hijas de la Sabiduría, a quienes se la ofrecerá en vísperas de su muerte, como hecha para ellas.

Puesto a escribir, Montfort no se preocupa de ser original en la redacción. No tiene inconveniente en tomar algunos materiales, y aun muchas expresiones, de Saint Jure y acaso de otros autores. Lo peculiar en él será la armazón que dé a esos materiales. Lo característico, su amor abrasado a Jesucristo crucificado, y en él y por él, a la cruz con todo lo que la cruz encierra de dolores, humillaciones y desprecios. Y al señalar los medios para alcanzar y conservar ese amor a la Sabiduría eterna crucificada, lo característico en él, su gran secreto, será la consagración total a la Santísima Virgen.

Aunque a primera vista el estudio pudiera parecer menos ordenado, no es así ni mucho menos, sin negar que se le pudiera haber dado una distribución más regular y más armónica.

Como preliminares han de considerarse la «Oración para pedir la Sabiduría», que es al mismo tiempo dedicatoria del libro, y los «Avisos que la divina Sabiduría da a los príncipes y potentados del mundo», y en general a todos los hombres, para que la busquen.

En el estudio mismo se distinguen claramente dos partes:

I. *Motivos que tenemos para amar la Sabiduría.*

II. *Medios para adquirirla y conservarla.*

Véase un esquema rápido de cada una de estas partes:

I. MOTIVOS QUE TENEMOS PARA AMAR LA SABIDURÍA: se toman, principalmente, de sus excelencias.

Todavía un capítulo preliminar sobre la necesidad de conocer la Sabiduría para amarla (c. 1).

Luego se considera:

A. La Sabiduría en la eternidad. Excelencias de la Sabiduría en sí misma (c. 2).

B. Sabiduría en el tiempo.

1º. Antes de la encarnación:

a) En la creación del mundo y del hombre (c. 3).

b) En la preparación de la encarnación (c. 4).

c) Su excelencia respecto de nuestras almas (c. 5).

d) Deseos de darse a los hombres (c. 6).
(Sigue un capítulo intercalar.)

e) Elección de la verdadera Sabiduría (c. 7).

f) Efectos maravillosos de la Sabiduría en las almas que la poseen (c. 8).

2°. En la encarnación y después de la encarnación:

a) Encarnación, vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, la Sabiduría encarnada (c. 9).

b) Hermosura de la Sabiduría en su nombre, en su semblante, en sus palabras (c. 10).

c) Dulzura en sus acciones (c. 11).

Principales oráculos de la Sabiduría encarnada (c. 12).

Sufrimientos de la Sabiduría encarnada (c. 13).

Triunfo de la Sabiduría encarnada en la cruz y por la cruz (c. 14).

II. MEDIOS PARA ADQUIRIR Y CONSERVAR LA SABIDURÍA:

1º. Deseo ardiente de ella.

2º. Oración continua.

3º. Mortificación universal.

4º. Y principalísimo: tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen.

* * *

Como puede verse, hay en el libro digresiones que rompen un tanto la armonía del plan. Pero en conjunto el plan es nítido y consistente, y, desde, luego, hay un fin bien preciso al que se enderezan todos los razonamientos: el de hacer amar la Sabiduría eterna, y hacerla amar en sus oráculos, en su doctrina y en su vida; sobre todo en sus humillaciones, en su cruz.

Con razón se ha dicho que el tratado es «una síntesis poderosa de espiritualidad», en que se presenta netamente el fin a que el alma ha de aspirar -el amor, la unión, la imitación de Jesucristo crucificado- y los medios prácticos que ha de emplear para conseguir ese fin. Sin duda, lo más característico en el libro, como lo será en la vida toda de Montfort, es el haber señalado como medio principalísimo, necesario para llegar a Jesús, la verdadera devoción a la Santísima Virgen.

Todos los demás escritos de Montfort están penetrados de estos dos grandes amores: el de la cruz de Jesucristo (Carta a los Amigos de la Cruz) *y el de Nuestra Señora* (El secreto de María, El secreto admirable del rosario, La verdadera devoción a la Santísima Virgen). *Todos ellos tienen sus raíces en el tratado del* Amor de la Sabiduría eterna.

* * *

La versión castellana que de él damos hoy está hecha sobre la edición «tipo», enteramente conforme al original, publicada en 1929, *con una larga y erudita introducción histórica sobre la «Idea de la Sabiduría en la espiritualidad cristiana y la consagración mariana que va unida a ella». Fírmala H. H. Es una edición primorosa y sumamente práctica.*

De ella tomamos los números marginales, con el fin de facilitar y unificar las referencias en cualquier estudio que del tratado se quiera hacer. En las notas, a las referencias de pasajes escriturarios hemos añadido algunas otras relativas a citas de Santos Padres y de alusiones históricas.

No hemos creído necesario indicar minuciosamente los diferentes desarrollos de las ideas que va haciendo el Santo, buenas para un manual, que eso viene a ser la edición francesa, pero casi distractivas en una lectura seguida a que se destina nuestra edición.

C. Mª. Abad, S. I.

EL AMOR DE LA SABIDURÍA ETERNA

ORACIÓN A LA SABIDURÍA ETERNA

1. ¡Sabiduría eterna! ¡Soberana del cielo y de la tierra! Postrado humildemente ante Vos, os pido perdón por mi atrevimiento de hablar de vuestras grandezas, siendo como soy tan ignorante y tan criminal. Os ruego que no miréis las tinieblas de mi espíritu ni la imperfección de mis labios; y si las miráis, que sea únicamente para destruirlas con una mirada de vuestros ojos y con un soplo de vuestra boca.

¡Son tantas vuestras bellezas y vuestras dulzuras; me habéis preservado de tantos males y colmado de tantos bienes y, por otra parte, sois tan desconocida y tan despreciada! ¿Cómo queréis que guarde silencio? No sólo la justicia y el agradecimiento, sino mi propio interés, me obligan a hablar de Vos, aunque lo haga balbuciendo como un niño. Es cierto: no hago sino balbucir; pero es porque soy aún niño, y balbuciendo deseo llegar a hablar bien cuando haya llegado a la plenitud de vuestra edad.

2. No parece que haya orden ni concierto en lo que escribo, lo confieso; pero es que tengo tal ansia de poseeros, que, a ejemplo de Salomón, os busco por todas partes dando vueltas sin método. Si trato de daros a conocer en este mundo, es porque Vos misma habéis prometido que quienes os esclarecieren y manifestaren poseerán la vida eterna.

Aceptad, pues, amable Princesa mía, mis humildes balbuceos cual si fueran discursos elevados; recibid los rasgos de mi pluma como tantos pasos que doy para hallaros; derramad desde vuestro elevado solio tantas bendiciones y tantas luces sobre cuanto quiero hacer y decir de Vos, que todos aquellos que lo oigan se sientan inflamados de un nuevo deseo de poseeros en el tiempo y en la eternidad.

* * *

«La sabiduría que preconiza Montfort se inspira, por una parte, en la segunda carta de San Pablo a los Corintios: la cruz escándalo y locura para tantos sabios, pero sabiduría de Dios, misteriosa y escondida... Montfort se refiere también -en otro plano muy distinto- a la Sabiduría divina, que descubre en los Libros Sapienciales: la Sabiduría, rostro femenino de Dios, tan cariñosa con el hombre. Para describir esta Sabiduría, Montfort utiliza un vocabulario esponsal: en "El Amor de la Sabiduría eterna" describe a Dios, que persigue al hombre, que "necesita del hombre para ser feliz" (ver número 65) (Louis Pérouas, montfortiano).»

* * *

A V I S O S

QUE LA DIVINA SIBIDURÍA DA A LOS PRÍNCIPES Y POTENTADOS DEL MUNDO EN EL CAPÍTULO 6 DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA

(El Santo da la traducción según la Vulgata, y según la Vulgata la damos nosotros, tomándola de la versión castellana de Torres Amat, que muchos creen ser del P. Petisco, S. I. Aunque el autor de la Sabiduría habla directamente con los príncipes y potentados, en su tanto todos podemos y debemos aprovecharnos de estos avisos. A ejemplo del Santo, escribimos siempre Sabiduría con mayúscula.)

3. 1) *Más vale la sabiduría que las fuerzas, y el varón prudente, más que el valeroso.*

2) *Escuchad, pues, ¡oh reyes!, y estad atentos; aprended vosotros, ¡oh jueces todos de la tierra!*

3) *Dad oídos a mis palabras vosotros que tenéis el gobierno de los pueblos y os gloriáis del vasallaje de muchas naciones.*

4) *Porque la potestad os la ha dado el Señor: del Altísimo tenéis esa fuerza, el cual examinará vuestras obras y escudriñará hasta los pensamientos.*

5) *Porque, siendo vosotros ministros de su reino, no juzgasteis con rectitud, ni observasteis la ley de la justicia, ni procedisteis conforme a la voluntad de Dios.*

6) *El se dejará ver o caerá sobre vosotros espantosa y repentinamente, pues aquellos que ejercen potestad sobre otros serán juzgados con extremo rigor.*

7) *Porque con los pequeños se usará de compasión, mas los grandes sufrirán grandes tormentos.*

8) *Que no exceptuará Dios persona alguna ni respetará la grandeza de nadie, pues al pequeño y al grande El mismo los hizo y de todos cuida igualmente.*

9) *Si bien a los más grandes amenaza mayor suplicio.*

10) *Por tanto, a vosotros, ¡oh reyes!, se dirigen estas mis palabras, a fin de que aprendáis la sabiduría y no vengáis a resbalar.*

11) *Porque los que habrán hecho reciamente obras justas serán justificados, y los que habrán aprendido estas cosas* que enseño *hallarán con qué defenderse.*

12) *Por consiguiente, codiciad mis documentos, amadlos y seréis instruidos.*

4. 13) *Porque luminosa es e inmarcesible la Sabiduría, y se deja ver fácilmente de los que la aman y hallar de los que la buscan.*

14) *Se anticipa a aquellos que la codician, poniéndoseles delante ella misma.*

15) *Quien madruga en busca de ella no tendrá que fatigarse, pues la hallará sentada a su misma puerta.*

16) *El tener, pues, el pensamiento ocupado en la Sabiduría es prudencia consumada; y el que por amor de ella velare, bien pronto estará en reposo.*

17) *Porque ella misma va por todas partes buscando a los que son dignos de poseerla, y por los caminos se les persenta con agrado, y en todas ocasiones y asuntos la tienen al lado.*

18) *El principio de la Sabiduría es un deseo sincerísimo de la instrucción.*

19) *Procurar instruirse es amar la Sabiduría; amarla es guardar sus leyes, y la guarda de estas leyes es la perfecta pureza del alma.*

20) *La perfecta pureza une con Dios.*

21) *Luego el deseo de la Sabiduría conduce al reino eterno.*

22) Ahora bien, ¡oh reyes de los pueblos!: si os complacéis en los tronos y cetros, amad la Sabiduría, a fin de reinar perpetuamente.

23) *Amad la luz de la Sabiduría todos los que estáis al frente de los pueblos.*

24) *Que yo os declararé qué cosa es la Sabiduría y cómo fue engendrada: ni os ocultaré los misterios de Dios, sino que subiré investigando hasta su primer origen y pondré en claro su conocimiento sin ocultar un ápice de la verdad.*

25) *No me acompañaré, por cierto, con el que se repudre de envidia, pues el envidioso no será jamás participante de la Sabiduría.*

26) *La muchedumbre de varones sabios es la felicidad del mundo, y un rey sabio es firme sostén del pueblo.*

27) *Recibid, pues, la instrucción por medio de mis palabras, porque os será provechosa.*

* * *

REFLEXIONES DEL AUTOR

5. No he querido, amado lector, mezclar en este capítulo la pobreza de mi lenguaje con la autoridad de las palabras del Espíritu Santo; pero séame permitido advertir contigo:

1°. ¡Cuán suave, fácil y atrayente es de por sí la Sabiduría eterna, aunque por otra parte sea tan espléndida, tan excelente y tan sublime! Convoca a los hombres para enseñarles los medios de ser felices: los busca, les sonríe, los colma de beneficios sin cuento, los previene de mil diferentes maneras, hasta sentarse a la misma puerta de su casa para esperarlos y darles pruebas de su amistad. ¿Es posible tener corazón y negárselo a esta dulce conquistadora?

6. 2°. ¡Qué grande es la desgracia de los ricos y potentados si no aman la Sabiduría! ¡Qué aterradoras son las palabras que les dirige! Imposible traducirlas a nuestro idioma: *Repentino y estremecedor vendrá el Señor contra ustedes, porque a los encumbrados se les juzga implacablemente… Los fuertes sufrirán una fuerte pena… A los poderosos les aguarda un control riguroso* (Sb 6, 5-8).

Añadamos a estas palabras algunas de las que les ha dicho o hecho decir después de su encarnación: ¡Ay de vosotros, ricos! (Lc 6, 24). ¡Más fácil es entrar un camello por un ojo de aguja que entrar un rico en el reino de Dios (Mt 19, 24; Mc 10, 35; Lc 18, 25).

Estas últimas palabras han sido repetidas tantas veces por la divina Sabiduría durante su vida terrestre, que tres evangelistas las han referido de [idéntica] manera, sin cambiar un ápice, lo cual debiera mover a los ricos a deshacerse en llanto, a gritar y aullar: Ahora, pues, vosotros, los ricos, llorad dando alaridos por las desventuras que están para sobrevenir (St 5, 1).

Mas, ¡ay!, tienen su consuelo en este mundo: se encuentran como hechizados por sus placeres y por sus riquezas y no advierten los males que penden sobre su cabeza.

7. 3°. Salomón empeña su palabra de que hará una descripción fiel y exacta de la Sabiduría, y que ni la envidia ni el orgullo, que son contrarios a la caridad, le impedirán comunicarnos una ciencia que le fue dada de lo alto, de suerte que no teme que otros le igualen o le superen en [este] conocimiento.

A ejemplo de este gran hombre, trataré de explicar sencillamente *lo que es* la Sabiduría *antes* de su encarnación, *en* su encarnación *y después* de su encarnación, y los *medios* de lograrla y de conservarla

(Tal es el plan general del Santo en este libro. Dos partes: I. *Excelencias de la Sabiduría: a)* antes de la encarnación; *b)* en la encarnación c) después de la encarnación. - II. *Medios de conseguir* y *conservar la Sabiduría.)*

Pero no teniendo yo la abundancia de ciencia y de luces que él poseía, no he de temer tanto la envidia y el orgullo cuanto mi cortedad y mi ignorancia, que, por vuestra caridad, ruego soportéis y disculpéis

(Parece que el autor se dirigiera a lectores determinados a quien dedicara el libro. ¿Tal vez a las *Hijas de la Sabiduría?)*

PARTE I

Es necesario conocer, amar, buscar a la Sabiduría eterna y encarnada: Jesucristo

CAPÍTULO I

Para amar y buscar la divina Sabiduría es menester conocerla

1. Necesidad de conocer a la divina sabiduría

8. ¿Puédese amar lo que no se conoce? ¿Es posible amar ardientemente lo que sólo se conoce imperfectamente? ¿Por qué se ama tan poco a la Sabiduría eterna y encarnada, al adorable Jesús, sino porque o no se tiene conocimiento alguno de él o se tiene un conocimiento muy escaso?

Apenas hay nadie que estudie como es debido, con el apóstol, esta sobreeminente ciencia de Jesús, que es la más noble, la más dulce, la más útil y la más necesaria de todas las ciencias y conocimientos del cielo y de la tierra.

9. En primer lugar, es *la más noble* de todas las ciencias porque tiene por objeto lo que existe de más noble y sublime, la Sabiduría increada y encarnada, que encierra en sí toda la plenitud de la divinidad y de la humanidad, todo lo grande que hay en el cielo y en la tierra, las criaturas todas, visibles e invisibles, espirituales y corporales. San Juan Crisóstomo dice que Nuestro Señor Jesucristo es un compendio de las obras divinas, un cuadro abreviado de todas las perfecciones de Dios y de las criaturas:

(Saint Jure, que cita más extensamente dos cláusulas del mismo pasaje, remite las dos veces a Bern., *De Pass. Dom.*, C, 24. Entre las obras genuinas de San Bernardo no hay ninguna *De Passione Domini*, y en *la Vitis Mystica seu tractatus de passione Domini* (ML 184, 635 ss.) no se hallan tales cláusulas. - Montfort remite a San Juan Crisóstomo. Tampoco en él se hallan las palabras formales citadas, pero sí la idea en la homilía 66 *in Matth.* (MG 58, 700). Dice Jesucristo: *Ego pater, ego trater, ego sponsus...* Y poco después: *Omnia mihi tu es, trater, coheres, amicus, membrum. Quid amplius desideras?* - También en San Ambrosio, *De virginitate*, c. 16, n. 99 (ML 16, 291, en otros ejemplares 305).)

Jesucristo, la Sabiduría encarnada: he aquí cuanto podéis y debéis desear. Deseadlo, buscadlo, porque El es la única y preciosa perla por cuya adquisición debierais vender todo cuanto poseéis». No se alabe de su ciencia el sabio, ni de su fuerza el fuerte, ni el rico de sus riquezas; antes bien «gloríese de conocerme a Mí», y no de conocer cosa alguna fuera de Mí. (Jr 9, 24).

10. Nada hay *tan dulce* como el conocimiento de la Sabiduría divina.

a) Felices los que la escuchan.

b) Más felices aún los que la desean y la buscan.

c) Pero más felices aún los que guardan sus caminos y saborean en su corazón esa dulzura infinita que es el gozo y la felicidad del Eterno Padre y la gloria de los ángeles.

Si conociéramos el placer del alma que gusta la hermosura de la Sabiduría, que toma esta leche a los pechos del Padre, *Mamilla Patris*

(*Mamilla Patris:* el término, rarísimo ciertamente, es de Clemente Alejandrino en su tratado *Paedagogus*, I. 1, c. 6 (MG 8, 302). Permítasenos transcribir aquí el pasaje, por su singular rareza: «Verbum est omnia infanti, et pater, et mater, et paedagogus, et altor ... Alimentum est lac patris, quo solo aluntur infantuli. Ipse itaque, qui est dilectus et altor noster, Verbum, effudit pro nobis suum sanguinem, salutem humanae naturae afferens, per quem, qui in Deuro credidimus. *ad mamillam patris*, nempe Verbum, confugimus. IlIe autem solus, ut est consentaneum, nobis lac dilectionis infantibus suppeditat. Itaque sunt vere beati, qui hanc lactant *mamillam*». - Creemos que Montfort toma la referencia de A. LÁPIDE, *In Canticum*, c. 1, donde al comentar las palabras *quia meliora sunt ubera tua vino*, escribe: «Denique CLEMENS ALEXANDRINUs., in *Paedagogo*, c. 6, congruenter ostendit Christum Dominum esse *quasi mamillam Dei Patris...»* (Edit. Vivès, 1875, VII, p. 473).),

exclamaríamos con la Esposa: La leche de tus pechos es más dulce que el vino delicioso (Canto 1, 1.), y más que todas las dulzuras de las cosas criadas, so-

bre todo cuando hace oír a las almas que la contemplan estas palabras: «gustad y ved» (Sal 39, 9).; «comed y bebed»; «Y embriagaos con mis eternas dulzuras» (Ct 5, 1), «pues mi conversación no tiene rastro de amargura ni mi trato causa tedio; antes más bien consuelo y alegría» (Sb 8, 16.).

11. Este conocimiento de la Sabiduría eterna es no solamente el más noble y el más dulce, sino además *el más útil* y *el más necesario,* porque la *vida eterna consiste en conocer a Dios y a Jesucristo, su Hijo* (Jn 17, 3). *Conocerte,* exclama el Sabio en el libro de la Sabiduría, *es la perfección de la justicia y comprender tu justicia y poder es la raíz de la inmortalidad* (Sb 15, 3).

Si queremos de veras poseer la vida eterna, tengamos el conocimiento de la Eterna Sabiduría; si queremos llegar a la perfección de la santidad en este mundo, conozcamos la Sabiduría; si queremos tener en nuestro corazón la raíz de la inmortalidad, tengamos en nuestro espíritu el conocimiento de la Sabiduría.

Saber a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saberlo todo; saberlo todo y no saber a Cristo es no saber nada

(*Qui Christum noscit, sat scit,, si cetera nescit:* Esto mismo viene a decir San Agustín en el libro 5 de sus *Confesiones,* c. 4: «Infelix enim horno qui scit illa omnia, te autem nescit: beatus autem qui te scit, etiam si illa nesciat. Qui vero te et illa novit, non propter illa beatior, sed propter tesolum beatus est, si cognoscens te sicut Deum glorificet et gratias agat, et non evanescat in cogitationibus suis» (ML 32, 708).).

12. ¿De qué sirve al arquero saber tirar flechas a los lados del blanco a que apunta si no sabe tirar derecho al centro?

¿Para qué nos servirán las demás ciencias no necesarias a la salvación si ignoramos la ciencia de Cristo, única necesaria, centro y fin de todas ellas?

Muchas cosas sabía el Apóstol de las Gentes y muy versado fue en las humanas letras; sin embargo, decía «que sólo quería saber a Cristo crucificado» (1 Co 2, 2.). Digamos, pues, con él: «Desprecio todos los conocimientos de los que hasta ahora hice estima en comparación del de Jesucristo, mi Señor» (Plp 3, 7-8). Veo y experimento ahora que esta ciencia es tan excelente, tan deliciosa, tan provechosa y tan admirable, que ya ningún caso hago de todas las demás que en otro tiempo tanto me habían gustado, pero que hoy me parecen tan vacías y tan ridículas, que entretenerse en ellas es perder el tiempo. «Os digo que Cristo es el abismo de toda ciencia, a fin de que no os dejéis engañar por los agradables y magníficos discursos de los oradores ni por los engañosos sofismas de los filósofos» (Col 2, 4 y 8).

Pues bien: a fin de que todos «crezcamos en la gracia y conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P 3, 18), la Sabiduría encarnada, trataremos de ella en los capítulos siguientes, una vez hecha la distinción entre las diversas clases de sabiduría

(Estas líneas preparan la transición a la *Segunda parte: Qué es la Sabiduría.* Pero antes, en el número 13, da la noticia y la división de la «sabiduría» en general y de las varias clases de sabiduría. - En el número 14 propone más en particular la división de toda la obra. Va a tratar de la Sabiduría sustancial y eterna: 1.°, en la eternidad; 2.°, en el tiempo: *a)* en la creación; *b)* en la encarnación; c*)* en la vida mortal y en la vida gloriosa. Después tratará de los medios de adquirirla y conservarla.).

2. Definición y división del argumento

13. La sabiduría en general, y según la significación de su nombre, es una ciencia sabrosa, o sea el gusto de Dios y de su verdad.

Hay varias clases de sabiduría. En primer lugar distínguense la verdadera y la falsa: la *verdadera* es el gusto de la verdad sin embuste ni disfraz alguno; la *falsa* es el gusto de la mentira con apariencia de verdad.

Esta *falsa* sabiduría es la sabiduría o prudencia humana que el Espíritu Santo llama «sabiduría terrena, animal y diabólica».

La *verdadera* sabiduría se subdivide en *natural* y *sobrenatural.* La *natural* es el conocimiento de las cosas naturales en sus principios últimos, y la *sobrenatural* es el conocimiento de las cosas sobrenaturales y divinas en su origen.

La Sabiduría *sobrenatural* se subdivide en *sustancial e increada* y en *accidental y creada.* Sabiduría *accidental y creada* es la comunicación que hace de sí misma a los hombres la Sabiduría increada, o, dicho en otras palabras, es el don de Sabiduría. La Sabiduría *sustancial e increada* es el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad; es decir, la Sabiduría eterna en la eternidad o Jesucristo en el tiempo.

De esta Sabiduría eterna es propiamente de la que vamos a hablar.

14. La contemplaremos en su origen, en la *eternidad,* en el seno del Padre, como objeto de sus complacencias. La veremos radiante en el *tiempo* creando el universo. Luego la contemplaremos anonadada en su *encarnación* y en su *vida mortal* y, por último, la encontraremos gloriosa y triunfante en los cielos.

Finalmente veremos de qué *medios* hay que valerse para adquirirla y conservarla.

Dejemos, pues, a los filósofos, por inútiles, los argumentos de su filosofía; dejemos a los alquimistas los secretos de su sabiduría mundana.

Hablemos, pues, de la verdadera Sabiduría, de la Sabiduría eterna, increada y encarnada, *a las almas perfectas*

(Las palabras «almas perfectas» vienen a ser traducción de la expresión «inter perfectos» de San Pablo, que no significa precisamente los que han llegado ya a la perfección de la vida espiritual, pero sí los cristianos, algo más preparados para conocer el misterio de Jesucristo que lo estaban los corintios cuando San Pablo les predicó la primera vez. En Montfort pudiera entenderse por almas que al menos aspiran a la perfección, lo cual ya puede ser una señal de predestinación, y en ese sentido pueden ser llamadas almas «predestinadas». - Sobre el texto *Sapientiam loquimur inter perfectos* (1 Co 2, 9) puede verse CORNELY. 1 Co 2, 6 ss. - De los alquimistas habla más despacio el Santo en el capítulo 7)

y predestinadas.

PARTE II

Lo que la Sabiduría eterna es en sí misma y con relación a nuestras almas

CAPÍTULO II

Origen y excelencia de la Sabiduría eterna [en sí misma]

15. Aquí hay que exclamar con San Pablo: «¡Oh profundidad e inmensidad, oh incomprensibilidad de la Sabiduría de Dios!» (Rm 11, 33). ¿Qué ángel habrá tan iluminado y quién será el hombre tan temerario, que intente explicamos debidamente el origen de la Sabiduría? (Is 53, 8) Han de cerrarse todos los ojos para no quedar deslumbrados por luz tan viva y resplandeciente; ha de enmudecer toda lengua para no empañar hermosura tan acabada al tratar de dada a conocer; ha de anonadarse y ha de adorar todo espíritu, temeroso de verse aplastado por el inmenso peso de gloria de la divina Sabiduría, al intentar sondearla.

1. La Sabiduría Divina en relación con el Padre

16. He aquí la idea que, adaptándose a nuestra flaqueza, nos da de ella el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, que para nosotros compuso:

La Sabiduría eterna es *una exhalación de la virtud de Dios y una emanación purísima de la claridad del Omnipotente. Por lo que no tiene lugar en ella ninguna cosa manchada.*

Es el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios e imagen de su bondad (Sb 7, 25 y 26).

17. Es la idea sustancial y eterna de la divina hermosura que fue mostrada a San Juan Evangelista en el admirable arrobamiento que le sobrevino en la isla de Patmos, cuando exclamó: (Supone con razón Montfort que el evangelio lo compuso San Juan después de su destierro en Patmos. Jn 1. 1). «En el principio era el Verbo -o él Hijo de Dios, o la Sabiduría eterna-, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios»

18. De ella es de quien se dice en diversos pasajes de los libros de Salomón que la Sabiduría fue creada, es decir, engendrada desde el principio, antes que todas las cosas y que los siglos todos.

Ella dice de sí misma: *Desde la eternidad tengo yo el principado y desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Aun no existían los abismos, y yo ya estaba concebida* (Pr 8, 23 y 24).

19. En esta soberana belleza, que es la Sabiduría, es donde puso el Padre sus complacencias en la eternidad y donde las pone en el tiempo, como Dios mismo aseguró expresamente en el día de su bautismo y en el de su transfiguración: «He aquí mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias» (Mt 3, 17; 17, 5).

Ella es aquella luminosa e incomprensible claridad de la cual los apóstoles gozaron un tanto en la transfiguración, quedando penetrados de suavidad y como arrebatados en éxtasis: «(Ella) es una realidad noble, sublime, inmensa, infinita y más antigua que el universo» (Expresión tomada del antiguo oficio de la Transfiguración (himno de las primeras vísperas, estrofa 2).)

Esta Sabiduría eterna es un ser resplandeciente, sublime, inmenso, infinito y más antiguo que el universo. Si no hallo palabras con que expresar la ínfima idea que me he formado de esta belleza y dulzura soberanas, aun cuando esta idea esté infinitamente por bajo de su excelencia, ¿quién podrá hacerse de ella una idea justa y explicarla debidamente? Vos solamente, ¡oh Dios inmenso!, la conocéis, y sólo Vos podéis revelarla a quien os pluguiere.

2. Acción de la Sabiduría en las almas

20. He aquí de qué manera nos explica la misma Sabiduría lo que es respecto a sus efectos y operaciones en las almas. No quiero mezclar mis mezquinas palabras con las suyas para no aminorar su brillo y sublimidad. Léanse en el capítulo 24 del Eclesiástico:

1) *La Sabiduría* se *hará ella misma su elogio, y* se *honrará en Dios, y* se *gloriará en medio de su pueblo.*

2) *Ella abrirá su boca en medio de las reuniones del Altísimo y* se *glorificará a la vista de los escuadrones de Dios.*

3) *Será ensalzada en medio de su pueblo y admirada en la plena congregación de los santos.*

4) *Y recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos, y será bendita entre los benditos, y dirá:*

21. 5) *Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura.*

6) Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y como una niebla cubrí toda la tierra.

7) En los altísimos cielos puse yo mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes.

8) *Yo sola hice todo el giro del cielo,* y *penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar.*

9) Y *puse mis pies en todas las partes de la tierra y en todos los pueblos.*

22. 10) Y *en todas las naciones tuve el supremo dominio.*

11) *Sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos ésos busqué dónde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada.*

23. 12) *Entonces el Criador de todas las cosas dio sus órdenes y me habló, y el que a mí me dio el ser reposó en mi tabernáculo.*

13) y *me dijo: Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arráigate en medio de mis escogidos.*

24. 14) *Desde el principio y antes de los siglos fui creada y no dejaré de existir en todos los siglos venideros; y en el Tabernáculo santo ejercité el ministerio mío ante su acatamiento.*

15) Y *así fijé mi estancia en Sión, y fue lugar de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalén está el trono mío.*

25. 16) Y *me arraigué en un pueblo glorioso y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitación fue en plena reunión de los santos.*

17) *Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano y cual ciprés sobre el monte de Sión.*

18) *Extendí mis ramas como una palma de Cadés y como el rosal plantado en Jericó.*

19) *Me alcé como un hermoso olivo en los campos y como el plátano en las plazas junto al agua.*

20) *Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia. Como mirra escogida exhalé suave olor.*

21) Y *llené mi habitación de oloríferos perfumes, como de estoraque, de gálbano, de onique y de lágrimas de mirra y de incienso virgen, y mi fragancia es como la del bálsamo sin mezcla.*

22) Yo *extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas están llenas de majestad y hermosura.*

23) Como la vid broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza.

26. 24) Yo *soy la madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza.*

25) En mí está toda la gracia y el camino de la verdad, en mí, toda la esperanza de vida y de virtud.

27. 26) *Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor y saciaos de mis frutos;*

27) *porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel, mi herencia.*

28) *Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos.*

28. 29) *Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mi beben.*

30) El que me escucha, jamás tendrá de que avergonzarse, y aquellos que se guían por mí, no pecarán.

31) *Los que me esclarecen tendrán la vida cierna.*

32) *Todas estas cosas contiene el libro de la vida, que es el testamento del Altísimo, y la doctrina de la verdad.*

* * *

29. Todos estos árboles y plantas a que se compara la Sabiduría, de frutos y cualidades tan diversos, simbolizan la gran variedad de estados, funciones y virtudes de las almas, las cuales se asemejan a los *cedros* por la elevación de sus corazones hacia el cielo; a los *cipreses*, por la continua meditación de la muerte; a las *palmeras*, por la humildad en soportar sus trabajos; a los *rosales*, por el martirio y efusión de su sangre; a los *plátanos*, que se levantan junto a las aguas, o a los *terebintos*, que extienden sus ramas muy lejos, por la extensión de su caridad para con sus hermanos. En cuanto a las demás plantas olorosas, como el *bálsamo*, la *mirra*, menos expuestas a la vista, simbolizan a las almas retiradas que desean ser conocidas más de Dios que de los hombres.

30. Después de haberse dado a conocer como madre y manantial de todo bien, la Sabiduría exhorta a todos los hombres a que lo dejen todo para fijar en ella el único fin de sus deseos, ya que no se da, dice San Agustín

(SAN AGUSTÍN, *De moribus Ecclesiae catholicae, c.* 17, n. 31: «Nam si sapientia et veritas non totis animi viribus concupiscatur, inveniri nullo pacto potest» (ML 32, 1324)), sino a quienes la desean y la buscan con el ardor con que merece ser buscada cosa tan grande.).

La divina Sabiduría indica en las palabras de los versículos 30 y 31 tres grados en la piedad, de la cual el tercero constituye la perfección:

1°. Escuchar al Señor con humilde acatamiento.

2°. Obrar en El y por El con fidelidad constante.

3°. En fin, adquirir la luz y la unción necesarias para inspirar a los demás el amor de la Sabiduría, con el fin de conducirlos a la vida eterna.

C A P I T U L O III

Prodigios del poder de la divina Sabiduría en la creación del mundo y del hombre

1. En la creación del mundo

31. La Sabiduría eterna comenzó a brillar fuera del seno de Dios, cuando, después de toda la eternidad, creó la luz, el cielo y la tierra. Dice San Juan que «todo fue hecho por el Verbo» (Jn 1, 3), es decir, por la Sabiduría eterna: Salomón, por su parte, la llama «madre y artífice de todas las cosas» (Sb 7, 12 y 21).

Es de notar que no la llama solamente artífice del universo, sino madre del mismo, porque el artífice no ama ni cuida su obra como lo hace una madre con su hijo.

32. Una vez creado todo, la Sabiduría eterna permanece en «todas las cosas para contenerlas, sostenerlas y renovarlas» (Sb 1. 7; 7, 27). Es esta hermosura, soberanamente recta, la que, después de crear el mundo, estableció el orden que en él reina. Ella escogió, compuso, pesó, añadió y contó todo cuanto hay en él. Ella extendió los cielos; ella colocó ordenadamente en sus lugares el sol, la luna, las estrellas y los planetas; estableció los fundamentos de la tierra; fijó límites y leyes al mar y a los abismos; formó las montañas, todo lo pesó y lo midió, hasta las mismas fuentes. En fin, prosigue ella misma, yo estaba con Dios disponiéndolo todo con una precisión tan perfecta y con variedad tan agradable, que era como un juego con el cual me divertía y divertía también a mi Padre (Pr 8, 30 y 31).

33. Y, efectivamente, este inefable juego de la divina Sabiduría puede verse en las diferentes criaturas con que pobló el universo. Pues sin hablar de las distintas especies de ángeles, que son, por decirlo así, infinitas en número; sin hablar del diverso tamaño de las estrellas ni de la desigualdad de temperamentos de los hombres, ¡qué

admirables cambios vemos en las estaciones y en los tiempos, qué variedad de instintos en los animales, qué diversidad de especies en las plantas, de hermosura en las flores y de sabor en los frutos! «¿A quién se ha manifestado la Sabiduría?» (Sal 106, 43) Solamente él comprenderá estos misterios de la naturaleza.

34. La Sabiduría los ha revelado a los santos, como leemos en sus vidas; y tanto se maravillaban a veces viendo la *hermosura*, la *dulzura* y el *orden* de la divina Sabiduría, aun en las cosas más diminutas, como una abeja, una hormiga, una espiga de trigo, una flor, un gusanillo de la tierra, que quedaban arrobados y extasiados.

2. En la creación del ser humano

1º. El ser humano vivo retrato de la divinidad

35. Si el poder y la dulzura de la Sabiduría eterna ha brillado tanto en la creación, belleza y orden del universo, todavía resalta más en la creación del hombre, ya que es su estupenda obra maestra, imagen viva de su belleza y perfecciones, el gran vaso de sus gracias, el admirable tesoro de sus riquezas y su único vicario sobre la tierra: (Sb 9, 2. El texto original dice «Sapientia tua *fecisti* hominem ut dominaretur *omni* creaturae quae a te facta est». - Montfort parece citar de memoria.)

36. Para honra y gloria de esta bella y poderosa obrera y sería menester explicar aquí la hermosura y excelencia original que de ella recibió el hombre cuando le creó; pero el pecado infinito que cometió (Todo pecado tiene cierta infinitud en cuanto es ofensa de Dios infinito.), cuyas tinieblas y salpicaduras recayeron también sobre mí, desgraciado hijo de Eva, de tal manera ha entenebrecido mi entendimiento, que no puedo hablar de ella sino muy imperfectamente.

37. Hizo, por decirlo así, copias y trasuntos resplandecientes de su entendimiento, de su memoria y de su voluntad, y las infundió en el alma del hombre para que fuera el vivo retrato de la divinidad; encendió en su corazón una hoguera de puro amor de Dios; formó para él un cuerpo del todo luminoso y encerró en él, como en compendio, toda la diversidad de perfecciones de los ángeles, de los animales y de las demás criaturas.

38. En el hombre, todo era luminoso, sin tinieblas; hermoso, sin fealdad; puro, sin mancha ni imperfección alguna. Tenía como patrimonio la luz de la Sabiduría en su inteligencia, por medio de la cual conocía perfectamente a su Criador y a las criaturas; poseía la gracia de Dios en su alma, por la cual era inocente y agradable a los ojos del Altísimo. Su cuerpo estaba dotado de inmortalidad. Ardía en su corazón el puro amor de Dios sin temor a la muerte, que le movía a amarle de continuo, sin interrupción y desinteresadamente, sólo por amor de Dios mismo. En fin: era tan divino, que vivía habitualmente fuera de sí, transportado en Dios, sin pasión alguna que vencer ni enemigo alguno contra quien luchar. ¡Oh liberalidad de la Sabiduría eterna para con el hombre! ¡Oh feliz estado del hombre en la inocencia!

2º. Desgracia suprema del pecado

39. Pero ¡oh desgracia sin igual! Ese vaso del todo divino se quiebra en mil pedazos; esta hermosa estrella cae; este hermoso sol se cubre de lodo; el hombre peca, y pecando pierde su sabiduría, la inocencia, la hermosura y la inmortalidad. En fin, pierde todos los bienes recibidos y se ve asaltado por una infinidad de males. Su espíritu, embotado y ofuscado, ya nada ve (En el orden sobrenatural ha de entenderse; y en proporción, lo que sigue.); su corazón es de hielo para con Dios: ya no le ama; su alma está negra de pecados: se asemeja al demonio; sus pasiones están completamente desordenadas: ya no es dueño de ellas. No tiene otra compañía que la del diablo, en cuya morada y esclavo se ha convertido; las criaturas le acometen, le hacen la guerra. ¡He aquí al hombre convertido en un instante en esclavo de los demonios, objeto de la cólera de Dios y víctima de los infiernos!

Se encuentra tan repugnante a sí mismo, que, avergonzado; se esconde. Se ve maldecido y condenado a muerte; se le arroja del paraíso terrenal y pierde sus derechos al cielo; se ve obligado a llevar, sin esperanza alguna de felicidad, una vida desgraciada sobre la tierra maldita. Debe morir como criminal, y después de su muerte, lo mismo que el demonio, ser condenado en cuerpo y alma, él y todos sus descendientes.

Esa fue la espantosa desgracia en que el hombre cayó pecando; ésa fue la sentencia equitativa que la justicia de Dios pronunció contra él.

40. Hallándose en este estado, la situación de Adán parecía desesperada; ni los ángeles ni las demás criaturas podían remediarle. Nada era capaz de restaurarle, porque había sido demasiado hermoso y perfecto en su creación, y quedó, a consecuencia del pecado, asqueroso y repugnante en demasía. Vióse arrojado del paraíso y de la presencia de Dios. Contempló a la justicia de Dios persiguiéndole a él y a toda su posteridad; entrevió el cielo cerrado y abierto el infierno, sin que nadie pudiese abrirle el uno y cerrarle el otro.

CAPITULO IV

Prodigios de bondad y de misericordia de la Sabiduría eterna antes de su encarnación

41. La Sabiduría eterna conmuévese vivamente ante la desgracia del pobre Adán y de toda su posteridad. Contempla con suma pena el vaso de honor hecho pedazos, rasgado su retrato, aniquilada su obra maestra, derribado su vicario en la tierra. Da tiernamente oído a sus gemidos y a sus clamores. Ve complacida los sudores de, su frente, las lágrimas de sus ojos, la fatiga de sus brazos, el dolor de su corazón y la aflicción de su alma.

1º. El Decreto de la Encarnación

42. Me parece ver a esta amable Soberana convocar y reunir por segunda vez, digámoslo así, a la Santísima Trinidad para restaurar al hombre, al igual que hiciera cuando lo formó. Me figuro que en ese magno consejo tiene lugar una especie de combate entre la justicia de Dios y la Sabiduría eterna.

43. Me parece oír a esta Sabiduría que, en la causa del hombre, reconoce que realmente éste, con su desobediencia, merece por su pecado ser incluido para siempre en la condenación de los ángeles rebeldes; pero añade que hay que tener compasión de él, por cuanto su pecado es más bien fruto de flaqueza y de ignorancia que no de malicia. Hace observar, por una parte, que es gran lástima que una obra maestra tan lograda permanezca por siempre esclava de su enemigo y que millones y millones de hombres se vean para siempre condenados por el pecado de uno solo. Y muestra, por otra, los puestos vacantes en el cielo por la caída de los ángeles apóstatas, la oportunidad que se ofrece para llenarlos y la crecida gloria que Dios recibirá en el tiempo y en la eternidad si el hombre es salvado.

44. Paréceme oír a la justicia contestando que la sentencia de muerte y de condenación eterna ha sido dictada contra el hombre y sus descendientes y que ha de ser ejecutada sin demora y sin misericordia, como lo fue la dictada contra Lucifer y sus secuaces; que el hombre es un ingrato a los beneficios recibidos y que, así como ha seguido al demonio en su desobediencia y en su orgullo, debe también seguirle en el castigo, porque es indispensable que el pecado sea castigado.

45. Viendo la Sabiduría eterna que no había nada en el universo que fuera capaz de expiar el pecado del hombre, de satisfacer a la justicia y de aplacar la cólera divina, y queriendo, sin embargo, salvar al hombre desventurado, a quien se sentía inclinada a amar, halló un medio admirable. ¡Proceder asombroso, amor incomprensible llevado hasta el exceso! Esta amable y soberana princesa se ofrece ella misma en holocausto a su Padre para satisfacer a su justicia, para aplacar su cólera y para arrancarnos de la esclavitud del demonio y de las llamas del infierno y merecernos una eternidad de dicha.

46. Su ofrecimiento es aceptado; su consejo, tomado y decretado; la Sabiduría eterna -o el Hijo de Dios- se hará hombre en el momento conveniente y en las circunstancias de antemano señaladas. Durante cerca de cuatro mil años, que transcurrieron desde la creación del mundo y el pecado de Adán hasta la encarnación de la divina Sabiduría, Adán y sus descendientes permanecieron muertos conforme a la ley que Dios dictó [contra ellos]; pero, en previsión de la encarnación, del Hijo de Dios, recibieron gracias para cumplir sus mandamientos y hacer digna penitencia en caso de haberlos transgredido; y si murieron en gracia y amistad de Dios, sus almas descendieron al limbo a esperar a su Salvador y Libertador, que debía abrirles las puertas del cielo.

2. Durante el tiempo anterior a la Encarnación

47. La Sabiduría eterna, durante todo el tiempo que transcurrió antes de su encarnación, testimonió de mil maneras a los hombres el amor que les profesaba y el gran deseo que tenía de comunicarles sus beneficios y de conversar con ellos: «Mis delicias -dijo- son estar con los hijos de los hombres» (Pr 8. 31). «Ella misma fue por todas partes buscando a los que eran dignos de poseerla» (Sb 6. 17); esto es, personas dignas de su amistad, dignas de sus tesoros, dignas de su propia persona. Ella misma se ha difundido por las diversas naciones en las almas santas, para formar en ellas amigos de Dios y profetas, y ella sola ha sido quien ha formado a todos los santos patriarcas, los amigos de Dios, los profetas y los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento (Sb 7, 27).

Esta Sabiduría eterna fue la que inspiró a los hombres de Dios, la que habló por boca de los profetas, la que los dirigió en sus caminos, los iluminó en sus dudas, los sostuvo en sus debilidades y los libró de todo mal.

48. He aquí cómo lo refiere el mismo Espíritu Santo en el capítulo 10 de la Sabiduría:

De Adán a Moisés

1) *La Sabiduría fue la que guardó al que fue por Dios formado para ser el padre de los hombres, habiendo sido creado él solo,* esto, es Adán.

2) *Y ella le sacó de su pecado y dióle potestad para gobernar todas las cosas.*

3) *Cuando el injusto* -Caín- *apostató de ella, arrebatado de la ira, se halló perdido por la furia del homicidio fraterno.*

4) *Y cuando, por causa de él, el diluvio anegó la tierra, la Sabiduría puso nuevamente remedio conduciendo al justo* -Noé- *en un leño despreciable.*

5) *Ella igualmente, cuando las gentes conspiraron a una para obrar mal, distinguió al justo* -Abrahán-, *y conservóle irreprensible delante de Dios, y le mantuvo firme, a pesar de su natural compasión por el hijo,* Isaac.

6) *La Sabiduría es la que libró al justo* -Lot-, *que huía de entre los impíos que perecieron cuando cayó fuego sobre Pentápolis.*

7) *Cuya tierra, en testimonio de las maldades de ella, persevera desierta, humeando, y los árboles dan frutos sin sazón, y está fija la estatua de sal, por padrón de un alma incrédula.*

8) *Así es que aquellos que dieron de mano a la Sabiduría no solamente vinieron a desconocer la virtud, sino que dejaron a los hombres memoria de su necedad, por manera que no pudieron encubrir los pecados que cometieron.*

49. 9) *Al contrario, la Sabiduría libró de los dolores a los que la respetaban.*

10) *Ella condujo por caminos seguros al justo* -Jacob- *cuando huía de la ira de su hermano* -Esaú-, *y le mostró el reino de Dios, y dióle la ciencia de los santos; enriqueciόle en medio de las fatigas y recompensó abundantemente sus trabajos.*

11) *Cuando querían sorprenderle con sus fraudes, ella le asistió e hízole rico.*

12) *Guardóle de los enemigos y defendióle de los se-*

ductores e hízole salir vencedor en la gran lucha, a fin de que conociese que de todas las cosas la más poderosa es la Sabiduría.

13) *Esta misma no desamparó al justo* -José- *cuando fue vendido; antes le libró de los pecadores y descendió con él al hoyo* o mazmorra.

14) *Ni le desamparó en las prisiones, sino que le dio el cetro del reino y el poder contra aquellos que le habían deprimido; convenció de metirosos a los que le habían infamado y procuróle una gloria eterna.*

Éxodo

15) *Esta libró al pueblo justo* -los israelitas-, *al linaje irreprensible, de las naciones que le opri-mían.*

16) *Entró ella en el alma del siervo* de *Dios* -Moisés- y mantúvole contra reyes terribles con prodigios y señales.

17) *Esta les dio a los justos el galardón de sus trabajos, y los condujo por sendas maravillosas, y sirvióles de toldo durante el día, y suplió de noche la luz de las estrellas.*

18) *Los pasó por el mar Rojo a la otra orilla y los fue guiando entre montañas de aguas.*

19) *A sus enemigos los sumergió en* el *mar e hizo salir a los suyos del profundo abismo. Así es que los justos se llevaron los despojos de los impíos.*

20) Y *celebraron con cánticos. ¡oh Señor!, tu nombre santo, alabando todos a una tu diestra vencedora.*

21) *Porque la Sabiduría abrió la boca de los mudos e hizo elocuentes las lenguas de los infantes* (Traducción de la Biblia de Torres Amat).

50. En el capítulo siguiente de la Sabiduría nos señala el Espíritu Santo los diversos males de los cuales la Sabiduría libró a Moisés y a los israelitas mientras vivieron en el desierto. A todo lo cual podemos añadir que todos aquellos que se vieron libres de grandes peligros en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, como Daniel en la fosa de los leones; Susana, del falso crimen de que se la acusaba; los tres jóvenes, del horno de Babilonia; San Pedro, de la cárcel; San Juan, de la tinaja de aceite hirviendo, y una infinidad de mártires y de confesores, de los suplicios con que atormentaban sus cuerpos y de las calumnias con que se pretendía empañar su reputación, se puede añadir, repito, que todos ellos se vieron libres y sanos merced a la Sabiduría eterna (Sb 9, 19).

3. Conclusión

51. Exclamemos, pues: ¡Dichosa mil veces el alma en quien la Sabiduría eterna ha penetrado para establecer allí su morada! Saldrá siempre victoriosa de los combates a que se vea sometida; se verá libre de cuantos peligros la asalten; será consolada y regocijada en cuantas tristezas la afligieren y cualesquiera que sean las humillaciones en que haya caído, será exaltada y glorificada en el tiempo y en la eternidad.

CAPÍTULO V

Maravillosa excelencia de la Sabiduría eterna [en relación a nuestras almas]

52. Habiéndose tomado el Espíritu Santo el cuidado de mostrarnos la excelencia de la Sabiduría en el capítulo 8 del libro de la Sabiduría en términos tan sublimes y tan inteligibles, bastará que los reproduzcamos acompañados de ligeras consideraciones.

53. 1º. *La Sabiduría «abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad»* (Sb 8, 1. Los versículos que siguen son por su orden, todos los del capítulo 8 hasta el 18 inclusive). Nada tan dulce como la Sabiduría, Es dulce en sí misma, sin amargor; dulce para quienes la aman, sin dejarles desazón alguna; dulce en su modo de obrar, sin causar violencia alguna. Diríais muchas veces que no tiene intervención ninguna en los accidentes y trastornos que acontecen: tan secreta y suave es su acción; pero, como está dotada de fuerza invencible, todo lo encamina, insensible pero enérgicamente, a su fin por caminos ignorados de los hombres. Es menester que el sabio sea, a ejemplo suyo, «suavemente enérgico y enérgicamente suave».

54. 2º. *La amé y la busqué desde mi juventud, y procuré tomarla por esposa mía.* -Quien desee adquirir el gran tesoro de la Sabiduría, debe, a ejemplo de Salomón, buscarla:

1) *temprano* y aun desde la infancia, si es posible;
2) *espiritual y puramente,* como un casto esposo a su esposa;
3) *constantemente,* hasta el fin, hasta lograrla.

Es cierto que la Sabiduría eterna tiene tanto amor a las almas, que llega al extremo de desposarse con ellas y de contraer con ellas un espiritual pero verdadero matrimonio, que el mundo desconoce, pero del cual la historia nos cita ejemplos (Santa Teresa, muy particularmente, ha descrito en sus *Moradas* este místico matrimonio.).

55. 3º. *Realza su nobleza la estrecha unión que tiene con Dios, y, además, el mismo Señor de todas las cosas la ama.* - La Sabiduría es Dios mismo; he aquí la gloria de su origen. Dios Padre se complace en ella, como El mismo lo dio a entender. ¡He ahí cómo es amada!

56. 4º. *Ella es la soberana dueña de la ciencia de Dios y la directora de sus obras.* - Es la sabiduría sola la que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; ella sola es la que bajó del cielo para revelarnos los secretos de Dios, y no tenemos ningún otro maestro verdadero más que esta Sabiduría encarnada, que se llama Jesucristo; ella es la única que encamina a su fin todas las obras de Dios y de un modo especial a los santos, dándoles a conocer lo que deben hacer y haciéndoles saborear y poner por obra lo que antes les hizo conocer.

57. 5º. *Y si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa más rica que la Sabiduría, criadora de todas las cosas?*

6º. *Y si la industria es la que produce las obras, quién mejor artífice que ella de estas cosas que existen?*

7º. *Si alguno ama la justicia, las grandes virtudes son fruto de sus trabajos, por ser ella la que enseña la templanza, la prudencia, y la justicia, y la fortaleza, que son las cosas más útiles a los hombres en esta vida.* - Salomón nos muestra que, como no hemos de amar más que la Sabiduría, de ella sola es de quien hemos de esperarlo todo: los bienes de fortuna, el discernimiento de los secretos de la naturaleza, los bienes del alma, las virtudes teologales y cardinales:

58. 8º. *Si alguno desea el mucho saber, ella es la que sabe lo pasado y forma juicio de lo futuro. Conoce los artificios de los discursos y las soluciones de los argumentos: adivina los prodigios y maravillas antes de que sucedan y los acontecimientos de los tiempos y de los siglos.* - Quien desee poseer una ciencia de las cosas de la gracia y de la naturaleza que no sea común, seca y superficial, sino extraordinaria, santa y profunda, debe poner todo su empeño en adquirir la Sabiduría, sin la cual el hombre, aunque sabio delante de los demás hombres, es reputado por nada a los ojos de Dios: *in nihilum computabitur* (Sb 3, 17).

59. 9º. *Propuse, pues, traérmela para que viviera en compañía mía, sabiendo que comunicará conmigo sus bienes y será el consuelo mío en mis cuidados y penas.* - ¿Quién se considerará pobre teniendo a la Sabiduría, que es tan rica y liberal? ¿Quién podrá estar triste teniendo a la Sabiduría, que es tan dulce, tan hermosa y tan tierna? Pero ¿quién es, de cuantos buscan la Sabiduría, el que dice sinceramente con Salomón: «Propuse, pues». La mayoría no toman esta resolución sinceramente; no vemos en ellos sino veleidades o, todo lo más, propósitos vacilantes e indiferentes, por lo cual jamás hallarán la Sabiduría.

60. 10º. *Por ella seré ilustre entre las gentes y, aunque joven, seré honrado de los ancianos.*

11º. *Me reconocerán por agudo en el juzgar y seré admirable a los ojos de los grandes, y los príncipes manifestarán en sus semblantes la admiración que les causo.*

12º. *Si callo; estarán en expectación, y si hablo, me escucharán atentos; y cuando me extendiere en mi discurso, pondrán el dedo en sus labios.*

13º. *Además de esto, por ella adquiriré yo la inmortalidad y dejaré memoria de mí a los venideros.*

14º. Go*bernaré los pueblos y se sujetarán a mí las naciones.* -Sobre estas palabras del Sabio, que él dice en alabanza propia, San Gregorio hace esta reflexión: «Aquellos que Dios escoge para escribir sus palabras sagradas, como se hallan repletos de su santo Espíritu, salen, en cierto modo, de sí mismos, para penetrar en aquel que los posee, y, transformados así en lengua de Dios, no consideran sino a Dios en lo que dicen y hablan de sí mismos como si hablaran de un tercero» (Cfr. Moralium c. 2, n. 3. ML 75, 517).

61. 15º. *Temblarán al oír mi nombre los reyes feroces; con el pueblo me mostraré benigno, y valiente en la guerra.*

16º. *Entrando en mi casa hallaré en ella mi reposo, porque ni en su conversación tiene rastro de amargura ni causa tedio su trato, sino, antes bien, consuelo y alegría.*

17º. *Considerando yo esto para conmigo y revolviendo en mi corazón cómo en la unión con la Sabiduría se halla la inmortalidad;*

18º. *un santo placer en su amistad e inagotables tesoros en las obras de sus manos, y la prudencia en el ejercicio de conversar con ella y grande gloria en participar de sus razonamientos, andaba por todas partes buscando como apropiármela.*

El Sabio, luego de haber encerrado en pocas palabras lo que ya de antemano había explicado, saca esta conclusión: *Daba vueltas buscándola por doquier.* Para adquirir la Sabiduría hay que buscarla con tesón; esto es, estar dispuestos a abandonarlo todo, a sufrirlo todo, a emprenderlo todo por llegar a poseerla. Pocos son los que la hallan, porque son pocos los que la buscan de una manera digna de ella.

62. En el capitulo 7 de la Sabiduría, el Espíritu Santo nos habla también de la excelencia de la Sabiduría en estos términos: *En la Sabiduría tiene su morada el espíritu de inteligencia, que es santo, único, multiforme, sutil, elocuente, ágil, inmaculado, infalible, suave, amante del bien, perspicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, el cual lo puede todo, todo lo prevé, y que abarca en sí todos los espíritus, inteligente, puro y sutil, pues la Sabiduría es más ágil que todas las cosas que se mueven y alcanza a todas partes, a causa de su pureza* (Sb. 7, 22-24). *En fin: la Sabiduría es un tesoro infinito para los hombres, que a cuantos se han valido de él los ha hecho partícipes de la amistad de Dios y recomendables por los dones de la doctrina:* (Sb 7. 14).

63. Después de unas palabras tan enérgicas y tan tiernas del Espíritu Santo para mostrarnos la hermosura, la excelencia y los tesoros de la Sabiduría, ¿quién será el hombre que no la ame y no la busque *con todas sus fuerzas?* Tanto más, que se trata de un tesoro infinito, *propio del hombre,* para el cual el hombre fue creado, y que la misma Sabiduría tiene infinitos deseos de darse al hombre.

CAPÍTULO VI

Apremiantes deseos que tiene la divina Sabiduría de comunicarse a los hombres

64. Existe un vínculo tan grande de amistad entre la Sabiduría eterna y el hombre, que resulta incomprensible. LA SABIDURÍA FUE HECHA PARA EL HOMBRE, Y EL HOMBRE, PARA LA SABIDURÍA. «Es un tesoro de valor infinito para el hombre», y no para los ángeles o para las demás criaturas.

Esta amistad de la Sabiduría para con el hombre proviene de que el hombre, en su creación, es el compendio de sus maravillas, su pequeño y su gran mundo, su imagen viviente y su lugarteniente en la tierra. Y desde que, por efecto del grande amor que tenía al hombre, se hizo semejante a él haciéndose carne y se entregó a la muerte por salvarle, le ama como a su hermano, a su amigo, a su compañero, a su discípulo, como al precio de su sangre y al coheredero de su reino, de suerte que se le hace *violencia infinita* cuando se le niega o se le arrebata el corazón de un hombre.

1. Carta de amor de la Sabiduría eterna

65. Es tanto el deseo que tiene del amor de los hombres esta belleza eterna y soberanamente amable, que escribió expresamente un libro con el fin de conquistarlo, mostrándole sus excelencias y los deseos que de él tiene: un libro que viene a ser como una carta de la amante al amado para ganar su afecto. Los deseos de poseer el corazón del hombre que en él manifiesta son tan ardientes, la solicitud que demuestra por ganarse su amistad es tan delicada, sus llamadas y deseos tan amorosos, que oyendo sus palabras se diría que no es la Soberana del cielo y de la tierra la que habla y que necesita del hombre para ser feliz.

66. Para encontrar al hombre, ora recorre los caminos frecuentados, ora sube a la cima de las más altas montañas, ora se llega a las puertas de las ciudades, ora penetra en las plazas públicas o en medio de las asambleas, llamando a voz en grito: (Pr 8, 4.) «¡Oh hombres!, es a vosotros a quienes llamo desde hace largo tiempo; es a vosotros a quienes me dirijo, a quienes deseo y busco, por cuya posesión suspiro. Oídme, acercaos a mí; ansío haceros dichosos».

Y para atraérselos más eficazmente les dice: *Es por mí* y por mi gracia *por la que gobiernan los reyes y mandan los príncipes,* y los potentados y los monarcas llevan el cetro y la corona. *Yo inspiro a los legisladores* el arte de promulgar *buenas leyes* para el buen -gobierno de los estados; yo doy valor a los magistrados para ejercer equitativamente y sin temor alguno la justicia (Pr 8, 15 y 16).

67. *Yo amo a los que me aman, y me hallarán los que madrugaren a buscarme; en mi mano están las riquezas y la gloria, la opulencia, la justicia;* los honores, las dignidades, los sólidos placeres y las verdaderas virtudes, en mí se encuentran; y es incomparablemente *mejor* al hombre el *poseerme que poseer todo el oro, la plata y las piedras preciosas del mundo* y los -bienes de todo el universo. Yo *guío* a las personas que vienen a mí por *los caminos de la justicia* y de la prudencia, y *las enriquez*co con la posesión de los verdaderos hijos *hasta colmar sus deseos* (Pr 8, 17-21), y estad bien persuadidos de que mi mayor contento y *mis mayores delicias son el conversar y habitar con los hijos de los hombres* (Pr 8, 31).

68. *Ahora, pues, ¡oh hijos!, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos, y sed sabios, y no queráis desecharlos. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente a las puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella.*

Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación. Mas quien pecare contra mí, dañará a su propia alma. Todos los que me aborrecen a mí, aman la muerte (Pr 8, 32-36).

69. Después de todo lo que ha dicho y hecho de más tierno y de más seductor para granjearse el amor de los hombres, teme aún que, a causa de su maravilloso esplendor y de su soberana majestad, no se atrevan, por respeto, a acercarse a ella. Y por esta razón les hace saber que es de fácil acceso: *que se deja ver fácilmente de los que la aman; que se anticipa a aquellos que la codician, poniéndoseles delante ella misma; que quien madrugare en busca de ella no tendrá que fatigarse para encontrarla, pues la hallará sentada en su misma puerta esperándole* (Sb 6, 13-15).

2. La Encarnación, la Muerte y la Eucaristía

70. En fin: para acercarse más al hombre y manifestarle más tiernamente su amor, la Sabiduría eterna llegó a *hacerse hombre,* haciéndose niño, viviendo en suma pobreza e incluso muriendo por el hombre en la cruz. Cuántas veces exclamó, mientras vivía en la tierra: Venid a mí venid todos a mí; yo soy, no tengáis miedo alguno; ¿por qué teméis? Soy semejante a vosotros; os amo. ¿Teméis porque sois pecadores? Precisamente a los pecadores busco; soy su amiga. ¿Por qué os habéis extraviado del redil por vuestra culpa? Yo soy el Buen Pastor. ¿Por qué estáis cargados de pecados, cubiertos de inmundicias, abrumados de tristeza? Precisamente por eso debéis venir a mí, pues os aliviaré y os consolaré.

71. Queriendo, por una parte, demostrar su amor al hombre hasta morir en su lugar para su salvación, y no pudiendo, por otra, decidirse a separarse de él, halló un secreto admirable para morir y al mismo tiempo seguir viviendo y permanecer con los hombres hasta el fin de los siglos: la amorosa institución de la Eucaristía; y para satisfacer cumplidamente su amor en este misterio no tuvo inconveniente alguno en cambiar y trastornar la naturaleza entera. Podía ocultarse bajo el brillo de un diamante o de una piedra preciosa; no lo hizo, porque su deseo no era únicamente el de morar exteriormente con el hombre; lo que hizo fue disfrazarse bajo las apariencias de un pedacito de pan, que es el alimento propio del hombre, a fin de que, siendo comida por el hombre, penetrando hasta su corazón, pudiera hallar allí sus delicias.

Ardenter amantium hoc est... (SAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem,* hom. 46, n. 3 (MG 59, 260). Se lee en el Breviario, Sabb. infr. oct. Ssmi. Corporis Christi, 3.º nocturno).

«¡Oh Sabiduría eterna -dice un santo-, oh Dios verdaderamente pródigo de sí mismo por el deseo que tiene del hombre!»

3. Ingratitud de quienes rechazan a la Sabiduría

72. Si los ardientes deseos, las recuestas amorosas y las pruebas de amistad de esta amable Sabiduría no nos conmueven, ¡qué insensibilidad y qué ingratitud la nues-

tra! Pero si, en vez de escucharla, nos hacemos los sordos; si, en vez de buscarla, huimos de ella; si, en lugar de honrarla y amarla, la despreciamos y la ofendemos, ¡cuán grande es nuestra crueldad y cuán grande será nuestro castigo ya en este mundo! *Aquellos* -dice el Espíritu Santo *que dieron de mano a la Sabiduría, no solamente vinieron a desconocer la virtud, sino que dejaron a los hombres memoria de su necedad, por manera que no pudieron encubrir los pecados que cometieron.* (Sb 10, 8.)

Quienes no ponen interés en adquirir la Sabiduría durante su vida, sufrirán una triple desgracia; caerán:

1º. en la ignorancia y ceguera;
2º. en la insensatez;
3º. en el escándalo y el pecado.

Pero ¡qué terrible es su desdicha en el momento de la muerte; cuando oyen, a pesar suyo, a la Sabiduría que les reprocha: «Estuve yo llamando, y vosotros *no respondisteis; os alargué mi mano, y ninguno se dio por entendido»* (Pr 1, 24); os esperé sentado a vuestra puerta, y ninguno vino a mí (Pr 1, 26). «Yo también, a mi vez, me mofaré de vosotros; seré sordo a vuestros gritos, ciego para no ver vuestras lágrimas; no tendré corazón para conmoverme con vuestros sollozos ni manos para socorrer vuestra indigencia».

Mas ¡cuál no será su desdicha en el infierno! Leed lo que el Espíritu Santo ha dicho sobre los males, llantos, lamentos y desesperación de los condenados, que en el infierno, aunque demasiado tarde, reconocerán su locura y su desventura por haber despreciado la Sabiduría de Dios: «Empezarán a hablar juiciosamente, pero será en el infierno» (Sb 5. 14. 59).

73. Deseemos y busquemos únicamente la Sabiduría divina. (Pr 3, 15.); y este otro pasaje: «No se puede desear nada mejor que la Sabiduría» (Pr 8, 11). Así, pues, cualesquiera que fueren los dones y tesoros celestiales que apetezcáis, si *no deseáis la Sabiduría, anheláis algo inferior a ella.* ¡Ah, si conociéramos el valor de este tesoro infinito de la Sabiduría hecho para el hombre -pues yo reconozco que es nada lo que he dicho de ella-, suspiraríamos por ella día y noche, volaríamos presurosos hasta el fin del mundo, pasaríamos gozosos por encima de las hogueras y caminaríamos sobre tajantes filos, si necesario fuera, para merecerla! Pero es preciso precaverse para no equivocarse al escoger, pues son varias las clases de Sabiduría.

C A P I T U L O VII

La elección de la verdadera Sabiduría

I. *Falsa sabiduría del mundo*

74. Dios tiene su Sabiduría, y es la única y verdadera que debe ser amada y buscada como un gran tesoro. Pero el mundo pervertido tiene también la suya, y ésta debe ser condenada y detestada como malvada y perniciosa.

Los filósofos también tienen su sabiduría, que debe ser rechazada como inútil y con frecuencia como peligrosa para la salvación

(Se refiere Montfort, sin duda, a la filosofía vana, a la ciencia que hincha; no a la filosofía verdadera, que ayuda al conocimiento y a la explicación de la ciencia sagrada, como él mismo dice en el n. 85).

Hasta aquí *hemos hablado de la Sabiduría de Dios a las almas perfectas* (1Co 2, 6), como dice el Apóstol; pero, por temor de que se dejen engañar por el falso brillo de la sabiduría mundana, mostremos la impostura y malignidad de esta última.

1. La sabiduría mundana

75. De la sabiduría mundana se ha dicho: «destruiré la sabiduría de los sabios» (1 Co 1, 19), según el mundo. «la sabiduría de la carne es enemiga de Dios» (Rm 8, 7), «esta sabiduría no proviene del cielo, sino que es una sabiduría rastrera, animal y diabólica» (St 3, 15).

La sabiduría mundana está completamente de acuerdo con las *máximas* y *modas* del mundo; es una propensión continua hacia la *grandeza* y estimación; es una busca continua y secreta de la propia *satisfacción e interés*, pero no de un modo grosero y provocador, cometiendo algún pecado escandaloso, sino de una manera solapada, astuta y política, pues de otro modo no sería sabiduría según el mundo, sino más bien libertinaje.

76. El mundo llama sabio al que sabe desenvolverse en sus negocios y sacar ventaja temporal de todo sin aparentar pretenderlo; al que conoce el arte de fingir y engañar con astucia, sin que los demás se den cuenta; al que dice o hace una cosa y piensa otra; al que nada ignora de los gustos y cumplimientos del mundo; al que sabe adaptarse a todos para conseguir sus propósitos, sin preocuparse poco ni mucho de la honra y gloria de Dios; al que trata de armonizar la verdad con la mentira, el Evangelio con el mundo, la virtud con el pecado y a Jesucristo con Belial; al que desea pasar por hombre honrado, pero no por hombre piadoso; al que desprecia, interpreta torcidamente o condena con facilidad las prácticas piadosas que no se acomodan a las suyas. En fin: sabio, según el mundo, es aquel que, guiándose sólo por las luces de la razón y de los sentidos, trata únicamente de salvar las apariencias de cristiano y de hombre de bien, sin preocuparse lo más mínimo de dar gusto a Dios y de expiar por la penitencia los pecados que ha cometido contra su divina Majestad.

77. La conducta de este sabio se apoya en el punto de honra, en el «qué dirán», en el vestir elegante, en la buena mesa, en el interés, en las comodidades y en las diversiones. Sobre esos siete móviles, que él considera inocentes, se apoya para llevar una vida tranquila.

Posee virtudes especiales por las cuales le canonizan los mundanos; tales son el valor, la finura, la buena crianza, la habilidad, la galantería, la urbanidad y la jovialidad, Mira como pecados considerables la insensibilidad, la necedad, la rusticidad, la santurronería.

78. El sabio según el mundo sigue con cuanta fidelidad puede los mandamientos que el mundo ha compuesto:

1º. Conoce bien al mundo.
2º. Vive como hombre honrado.
3º. Procura ganar dinero.
4º. Conserva lo que ya tienes.
5º. Aspira a grandes cosas.
6º. Procúrate amigos.
7º. Frecuenta la alta sociedad.
8º. Procura comer bien.
9º. Esquiva la melancolía.
10º. Evita la singularidad, la rusticidad, la grosería y la beatería.

79. Jamás ha estado el mundo tan corrompido como en la hora presente, porque jamás ha sido tan sagaz, tan prudente a su manera ni tan astuto. Utiliza tan finamente la verdad para inspirar el engaño, la virtud para autorizar el pecado, las máximas de Jesucristo para justificar las suyas, que incluso los más sabios según Dios son víctimas de sus engaños. *«El número de sabios* según el mundo, o de *esos locos* según Dios, *es infinito* (Si 1, 15).

2. Triple aspecto de la sabiduría mundana

80. La sabiduría *terrena* de que nos habla Santiago es el amor de los bienes de la tierra. De esta sabiduría es de la que *hacen profesión secreta* los sabios del mundo, cuando apegan su corazón a lo que poseen, cuando ambicionan riquezas, cuando emprenden pleitos o buscan sutilezas inútiles para tenerlos o mantenerlos, cuando no *piensan*, ni *hablan*, ni *obran* la mayor parte del día sino *con miras a lograr* o a conservar algún bien temporal; cuando, si se preocupan de su salvación o de los medios de alcanzarla, como la confesión, oración, etc., lo hacen *a la ligera*, por salir del paso, por intervalos y *para cubrir las apariencias.*

81. La sabiduría *carnal* es el afán de gozar. De esta sabiduría es de la que *hacen profesión* los mundanos cuando no buscan sino el *goce de los sentidos;* cuando gustan de banquetear; cuando alejan de sí cuanto puede mortificar o incomodar al cuerpo, como los ayunos, las austeridades, etc.; cuando solamente piensan cn comer, en beber, en gozar, en divertirse y en pasarlo lo mejor posible; cuando buscan la molicie en el dormir, los juegos divertidos, los festines deliciosos y las compañías alegres, y, tras de gozar *sin escrúpulo* alguno de *cuantos placeres* han podido conseguir sin disgustar al mundo y sin perjudicar su salud, buscan el confesor *menos escrupuloso* (con ese nombre designan a los confesores relajados que no cumplen con su deber), para obtener de él a bajo precio la paz en su vida muelle y afeminada y la indulgencia plenaria de todos sus pecados. He dicho *a bajo precio,* pues estos sabios según la carne no quieren por penitencia ordinariamente sino algunas oraciones o limosnas, porque odian cuanto pueda afligir al cuerpo.

82. La sabiduría *diabólica* es el amor a la estimación y a los honores. Los sabios del mundo *hacen profesión* de esta sabiduría cuando aspiran, aunque en lo más recóndito de su corazón, a las grandezas, a los honores, a las dignidades y a los altos cargos; cuando buscan el ser vistos, estimados, alabados y aplaudidos de los hombres; cuando en sus estudios, en sus trabajos, en sus luchas, en sus palabras y en sus actos no ambicionan sino la estimación y alabanza de los demás, el pasar por personas devotas, por grandes sabios, por militares famosos, por sabios jurisconsultos, por gentes de mérito infinito y excepcional o de gran consideración, cuando no pueden soportar que se les humille o se les reprenda, cuando ocultan lo que tienen de defectuoso y hacen ostentación de lo bueno que poseen.

83. A ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, la Sabiduría encarnada, debemos detestar y condenar estas tres formas de la falsa sabiduría para adquirir la verdadera: la que no busca el propio provecho, la que no se cría ni en la tierra ni en el corazón de quienes viven despreocupadamente y la que aborrece cuanto es grande y elevado en el concepto de los hombres.

II. *Sabiduría natural*

84. Además de la sabiduría mundana, que es reprobable y perniciosa, existe también una sabiduría *natural* entre los filósofos; esta sabiduría *natural* era la que los egipcios y los griegos buscaban con tanto afán (1 Co 1, 22). Quienes lograban esta sabiduría recibían el nombre de sabios o magos. Esta sabiduría consiste en un conocimiento eminente de la naturaleza en sus principios. Fue plenamente comunicada a Adán en su estado de inocencia y otorgada en abundancia a Salomón, y en el andar de los tiempos, algunos hombres célebres recibieron parte de ella, como nos lo enseña la historia.

85. Los *filósofos* ponderan sus argumentos de filosofía como medio de adquirir esta sabiduría. Los alquimistas encomian los secretos de su «cábala» para dar con la piedra filosofal, en la cual se imaginan que está encerrada esta sabiduría

(Filosofía y alquimia. - En tiempo de Montfort la verdadera química, es decir, la ciencia de los cuerpos no había nacido o se hallaba en mantillas. En cambio como lo prueba el testimonio del siervo de Dios, la alquimia que buscaba un modo artificial de fabricar oro y plata a poca costa, estaba en boga y, al decir del misionero, hacía no pequeños estragos en los espíritus y también en las haciendas. Montfort quiere prevenir a los incautos contra este peligro. Respecto de la filosofía, aquí puntualiza el Santo lo que entiende por este término y lo que la filosofía especulativa, como tal, no puede dar).

En verdad, la filosofía de la Escuela, estudiada cristianamente, abre el espíritu y le prepara para las ciencias superiores; pero jamás comunicará esta pretendida sabiduría natural, tan alabada en la antigüedad.

86. La *química o alquimia,* o sea la ciencia de disolver los cuerpos naturales y de reducirlos a sus principios, es aún más vana y peligrosa. Esta ciencia, aunque cierta en sí misma, ha embaucado y engañado a infinidad de gente *con relación al fin* que se proponían, y no dudo lo más mínimo, dada la experiencia que de ello tengo yo mismo, que el demonio se sirve hoy de ella para hacer perder el dinero, el tiempo, la gracia y hasta el alma con el pretexto de hallar la piedra filosofal.

No existe ciencia alguna que prometa la realización de mayores cosas y por medios más aparentes. Promete la

piedra filosofal o unos polvos que llaman de «proyección», los cuales, arrojados sobre un metal cualquiera en estado de fusión, le transforman en oro o en plata, o devuelven la salud o sanan las enfermedades e incluso prolongan la vida y realizan una serie de portentos que los iletrados consideran como divinos y milagrosos.

Existen agrupaciones de gentes que presumen de versadas en esta ciencia, conocidas por «cabalistas», quienes conservan tan secretos los misterios de la misma, que prefieren morir antes que revelar sus pretendidos secretos.

87. Autorizan las afirmaciones:

1º. Con la historia de Salomón, a quien, según ellos, fue revelado el secreto de la piedra filosofal y del cual elogian un libro secreto, pero falso y, pernicioso, titulado la *Llave de Salomón.* (En francés «Clavicule de Salomón»).

2º. Con la historia de Esdras, a quien Dios dio a beber un elixir celestial que le comunicó la sabiduría, tal como lo cuenta el séptimo libro de Esdras (Sabido es que este lihro no figura en el canon de los libros sagrados).

3º. En las historias de Raimundo Lulio y de algunos otros grandes filósofos que aseguran haher hallado esta piedra filosofal (Raimundo Lulio. - Abundan en las bibliotecas extranjeras los manuscritos de alquimia que llevan el nombre de Raimundo Lulio; pero la crítica moderna ha demostrado que todos o casi todos esos tratados son apócrifos).

4º. En fin: para mejor encubrir bajo el velo de piedad su engaño, dicen que es un don de Dios, que no otorga sino a quienes se lo han pedido con constancia y lo han merecido por sus esfuerzos y plegarias.

88. Os he recordado los desvaríos o ilusiones de esta ciencia vana *a fin de que no os dejéis engañar* como tantos otros, pues conozco a algunos que, después de gastos inútiles y grandes pérdidas de tiempo en buscar este secreto, bajo los más hermosos y piadosos pretextos y en la forma más devota, en fin de cuentas han tenido que arrepentirse de ello, reconociendo sus engaños e ilusiones.

Personalmente no admito la posibilidad de la piedra filosofal. El sabio Del Río afirma y prueba su posibilidad

(P. Del Río. En su obra *Disquisitionum magicarum libri sex,* el eruditísimo P. Martín del Río, nacido en Amberes, pero hijo de españoles, educado en España y profesor de Salamanca cuando escribía este libro, dedica a este asunto el capítulo 5 del libro 1. En la sección 2 establece este primer axioma: *Nullis idoneis argumentis contra sentientes convincunt aurum verum per alchimiam fieri non posse.* Y en la tercera, este· segundo: *Longe probabilius est posse alchimiam artem finem suum consequi te alia in aurum igne transmutare, quam non posse.* De hecho, creía el P. Del Río que se habían logrado varias pruebas en esta materia: entre otras, la de Arnaldo Villanueva, del cual dice que, impugnado con muchos argumentos por Raimundo Lulio, convenció a éste con hechos, y le hizo alquimista. (Tenemos a la vista las ediciones de Cardón 1608 y 1612- de este curioso libro del P. Del Río.);

otros la niegan. Sea de ello lo que fuere, no es prudente, e incluso es peligroso para el cristiano, trabajar en buscarla. Sería injuriar a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, *en quien están todos los secretos de la Sabiduría y de la ciencia de Dios* (Col. 2, 3), todos los secretos de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Sería desobedecer al Espíritu Santo, que nos dice: «No busquéis lo que está por encima de vuestras fuerzas» (Si 3. 22).

Conclusión

89. Permanezcamos, pues, en Jesucristo, la Sabiduría eterna y encarnada, fuera de la cual no hay sino extravío, mentira y muerte: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14. 6).

Veamos sus efectos en las almas.

CAPÍTULO VIII

Maravillosos efectos de la Sabiduría eterna en las almas que la poseen

90. Siendo esta soberana hermosura por naturaleza «amiga del bien», (Jn 14. 6), y en particular del bien del hombre, su mayor complacencia es el comunicarse, Por lo cual, dice de ella el Espíritu Santo que busca entre las naciones personas dignas de ella, y que «se derrama en las almas santas», (Sb 7, 27). Esta comunicación de la Sabiduría eterna es la que ha formado los amigos de Dios y los profetas.

Entró en otro tiempo en el alma del siervo de Dios Moisés, dándole luz abundante para ver cosas magníficas y una energía maravillosa para realizar portentos y alcanzar victorias. (Sb 10, 16).

Cuando la divina Sabiduría se adueña de un alma, introduce en ella toda clase de bienes y la comunica tesoros sin cuento. (Sb 7, 11). Tal es el testimonio que Salomón rinde a la verdad, después de haber recibido la sabiduría.

91. He aquí, entresacadas de una infinidad de ellas, algunas de las operaciones más corrientes que la divina Sabiduría lleva a cabo en el alma, por manera tan oculta, que ni el alma misma se da cuenta de ello.

1. Discernimiento y penetración

92. 1º. La Sabiduría eterna comunica al alma que la posee su espíritu, todo luz: «Deseé la inteligencia, y me fue concedida, e invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dio» (Sb 7, 7). A este espíritu sutil y penetrante se debe el que un hombre, a ejemplo de Salomón, juzgue todas las cosas con gran discernimiento y penetración: «y me reconocerán por agudo en el juzgar, y seré admirable a los ojos de los grandes» (Sb 8, 11).

93. Comunica al hombre la suprema ciencia de los santos y las demás ciencias naturales, incluso las más ocultas, si le han de ser de provecho. «Si alguno desea el mucho saber, ella es la que sabe lo pasado y forma juicio de lo futuro; conoce los artificios de los discursos y las soluciones de los argumentos» (Sb 8, 8). Ella dió a Jacob la ciencia de los santos (Sb 10, 10). Dio a Salomón la verdadera ciencia de toda la naturaleza (Sb 7, 17). En ella aprendí cuantas cosas hay ocultas y nunca vistas (Sb 7, 21).

2. Transmisión atrayente y eficaz de la Buena Noticia

94. De esa fuente infinita de luz bebieron los más grandes doctores de la Iglesia, entre ellos Santo Tomás de Aquino, como él mismo lo afirma, aquellos admirables conocimientos que los hicieron célebres; lo cual nos demuestra que las luces y conocimientos que comunica la Sabiduría no son secos, estériles e indevotos, sino, al contrario, son luminosos, están llenos de unción, son operantes y devotos, conmueven y alegran el corazón iluminando el entendimiento.

95. 2º. La Sabiduría no se contenta con derramar sus luces sobre el hombre para que conozca la verdad, sino que, además, le capacita de modo maravilloso para darla a conocer a otros (Sb 1, 7).

La Sabiduría tiene el conocimiento de lo que se dice y comunica la ciencia de decirlo bien, porque «es la Sabiduría la que abrió la boca de los mudos e hizo elocuentes las lenguas de los niños» (Sb 10, 21). Ella soltó la lengua de Moisés, que era tartamudo. Ella comunicó la palabra a los profetas para desarraigar y destruir, desbaratar y disipar, edificar y plantar: (Jr. 1, 9 y 10), a pesar de que reconocían que de sí mismos no sabían hablar mejor que los niños. La Sabiduría comunicó a los Apóstoles facilidad para predicar por todas partes el Evangelio y anunciar las maravillas de Dios (Hch 2, 11). (Del himno *Veni Creator*. - En la carta n. 10 (Poitiers, 4 de julio de 1702), dirigida al Sr. Leschassier, indica el Santo haber recibido de Dios algunos de estos dones de la Sabiduría). Como la divina Sabiduría es «palabra» en la eternidad y en el tiempo, ha hablado siempre, y por su palabra fue creado todo, y todo fue reparado (Es el «Verbo», la Palabra de Dios: «Lagos» le llama San Juan. Cf. Jn. 1, 1-3). Habló por los profetas, por los apóstoles, y hablará hasta el fin de los siglos por boca de quienes la posean.

96. Ahora bien, las palabras que comunica la divina Sabiduría no son comunes, naturales y humanas; son palabras divinas: (1 Ts 2, 13). Son palabras enérgicas, eficaces y penetrantes (Hb 4, 12); palabras que, partiendo del corazón de quien habla, penetran hasta el fondo del corazón de quien escucha. Este don de Sabiduría es el que había recibido Salomón cuando decía que Dios le había concedido el expresar con claridad lo que sentía en el corazón (Sb 7, 15).

97. He aquí la promesa que nuestro Señor .Jesucristo hizo a sus apóstoles: «Yo pondré palabras en vuestra boca y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos» (Lc 21, 15) ¡Oh, cuán pocos son hoy en día los predicadores que posean ese inefable don de palabra y que puedan decir con San Pablo «¡Predicamos la sabiduría de Dios!» (1 Co 2, 7). La mayor parte hablan guiados por las luces de su propio espíritu o que han sacado de los libros, pero no *ex sentencia* (Sb 7, 15), según la divina Sabiduría les hace sentir; o bien según la abundancia divina que reciben de la Sabiduría (Mt 12, 34). He aquí por qué son tan raras las conversiones logradas por la predicación. Si el predicador hubiese recibido de modo eficaz la Sabiduría, el don de palabra, el auditorio no podría resistirle, como sucedió antaño. «No podían los que oían (a San Esteban) contrarrestar la Sabiduría y el Espíritu que hablaba en él» (Hch 6, 10). Ese tal predicador hablaría con tanta suavidad y autoridad (Mt 7, 29), que su palabra *no volvería a él vacía ni quedaría* sin efecto (cf. Is. 15, 11).

3. Fuente de gozo y consuelo

98. 3.° Así como la Sabiduría eterna es el objeto de la felicidad y complacencia del Padre Eterno y la alegría de los ángeles, así para el hombre que la posee es el principio de los más suaves deleites y consuelos. Le comunica el gusto por las cosas de Dios y le hace perder el gusto de las criaturas. Alegra su espíritu con el resplandor de sus luces, derrama en su corazón una alegría, una mansedumbre y una paz indecibles, aun en medio de las mayores tribulaciones, como lo atestigua San Pablo cuando exclama: «Entrando en mi casa hallaré en ella mi reposo; porque ni en su conversación tiene rastro de amargura ni causa tedio su trato, sino, antes bien, consuelo y alegría» (2 Co 7, 4); y no solamente en mi casa y en su conversación disfrutaba de alegría, sino también en todas partes y en todo, porque iba delante de mí (Sb 8, 16). (Sb 7, 12). Existe un santo placer en su amistad (Sb 8, 18). En cambio, las alegrías y goces que pueden hallarse en las criaturas no son sino sombras de placer y aflicción de espíritu.

4. Dones y virtudes del Espíritu Santo

99. 4.° Cuando la Sabiduría eterna se comunica a un alma, le infunde todos los dones del Espíritu Santo y todas las grandes virtudes en grado eminente; es a saber, las virtudes teologales: fe viva, esperanza firme, caridad ardiente; las virtudes cardinales: templanza sobria, prudencia consumada, justicia perfecta y fortaleza invencible; las virtudes morales: religión perfecta, humildad profunda, mansedumbre atrayente, obediencia ciega, amor sin acepción de personas, mortificación continua, oración sublime, etc. Tales son las admirables virtudes y los celestiales dones a que se refiere el Espíritu Santo con estas breves palabras (Sb 8, 7).

5. Inspira grandes empresas… Da pesadas cruces

100. En fin, como nada hay más activo que la Sabiduría (Sb 7, 24), no consiente que quienes se honran con su amistad permanezcan en la tibieza o en la negligencia. Los inflama y los mueve a emprender grandes cosas por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y, con el fin de probarlos y hacerlas más dignos de ella, les procura grandes combates y les reserva contradicciones y obstáculos en casi todas sus empresas. Consiente unas veces que el demonio los tiente, o que el mundo los calumnie y desprecie, o bien que sus enemigos triunfen y los humillen, e incluso que los traicionen y desamparen sus propios parientes y amigos. Ya permite que los aflija la pérdida de sus bienes, ya una enfermedad; ora los hiere una injuria, ora son presa de la pena y el desaliento. En una palabra, los prueba de todas formas en el crisol de las tribulaciones. Pero si delante de los hombres han padecido tormentos; su esperanza está llena de inmortalidad. Su tribulación ha sido pequeña y su galardón será grande, porque Dios hizo prueba de ellos y los halló dignos de sí. Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como víctima de holocausto, ya su tiempo se les dará la recompen-

sa» (Sb 3, 4-6).

«La Sabiduría enriqueció al justo en sus fatigas y recompensó abundantemente sus trabajos; cuando querían sorprenderle con sus fraudes, ella le asistió e hízole rico. Guardóle de los enemigos y defendióle de los seductores e hízole salir vencedor en la gran lucha, a fin de que conociese que de todas las cosas la más poderosa es la Sabiduría» (Sb 10, 10-12).

101. Se lee en la vida del Beato Enrique Susón, dominico, que era tal su deseo de alcanzar la Sabiduría eterna, que se ofreció en varias ocasiones a padecer toda suerte de pruebas con tal de merecer sus favores. *¡Pues qué!* -se decía un día a sí mismo-, *¿no sabes que los amantes soportan miles y miles de sufrimientos por el objeto de su amor? Consideran dulces los desvelos, agradables las fatigas y el trabajo como un descanso, una vez seguros de que la persona amada* se *dará por obligada y satisfecha. Pues bien: si los hombres se obligan a tales cosas para dar gusto a una podredumbre hedionda, ¿no te dan vergüenza tus vacilaciones en la resolución de poseer la Sabiduría? ¡Oh Sabiduría eternal* -exclamaba-, *jamás retrocederé en vuestro amor, aun cuando para llegar a vuestra mansión haya de caminar entre zarzales y espinas que me cubran hasta la cabeza; aun cuando me viera expuesto a mil crueldades en el cuerpo y en el alma, preferiré vuestra amistad a todo lo creado, y reinaréis de modo absoluto sobre todos mis afectos.*

102. Pocos días después, yendo de viaje, cayó en manos de unos ladrones, los cuales le dejaron en tan lastimoso estado, que ellos mismos se sintieron movidos a compasión. Al verse Enrique Susón en situación tan deplorable y privado de todo socorro, cayó en profunda melancolía y olvidando su firme propósito de ser valeroso en las pruebas, se puso a llorar, preguntándose por qué razón Dios le afligía de aquella manera. Así pensando se durmió, y al alborear el siguiente día, oyó una voz que la reñía diciendo: «He aquí al soldado que hiende las montañas, trepa por las rocas, expugna las ciudades, mata y desbarata a todos sus enemigos cuando se halla en la prosperidad; y en tiempo de adversidad, no tiene ni valor, ni brazos, ni piernas. Es un león mientras dura la consolación, pero en la tribulación es un ciervo pusilánime; la Sabiduría no honra con su amistad a tales poltrones e indolentes». Ante tal reprimenda, el Beato Enrique confesó la falta que había cometido afligiéndose excesivamente, y suplicó a la Sabiduría le permitiera desahogar su corazón con el llanto de sus ojos. «De ninguna manera -exclamó la misma voz-; nadie en el cielo hará aprecio de ti, si, a semejanza de un niño o de una mujer, te entregas al llanto; enjuga tus ojos y serénate»

(Enrique de Berg, llamado ordinariamente Susón o Suss, de su madre Saüssen (1295-1365), dominico. Su obra principal se titula *Horologium Sapientiae aeternae.* Esta edición moderna del P. Carlos Richstater, S, I. Turín, Marietti, 1929). - Por las varias veces que Montfort le cita se ve que le profesaba especial devoción - Algo de lo que aquí se dice históricamente, se halla también en *Horologium,* 1. 1, c. 9, p. 97 de la ed. Cit., y en el 13, sobre todo en la p. 135.)

103. Así, pues, la cruz es el patrimonio y la recompensa de aquellos que desean o poseen la Sabiduría eterna. Pero esta amable Soberana, que todo lo hizo con número, peso y medida, no envía cruces a sus amigos sino proporcionadas a sus fuerzas, y es tal la suave unción con que las dulcifica, que en ella encuentran sus delicias.

PARTE III

La Sabiduría encarnada. Su vida, su mansedumbre, sus oráculos, su muerte

CAPÍTULO IX

La encarnación y la vida de la Sabiduría eterna

1. Encarnación de la Sabiduría eterna

104. Habiendo determinado el Verbo eterno, la Sabiduría eterna, en el gran consejo de la Santísima Trinidad, hacerse hombre para salvar al hombre caído, dio a conocer a Adán, como es creíble, y prometió a los primeros patriarcas, como lo atestigua la Sagrada Escritura, que se haría hombre para redimir el mundo. Por lo cual, durante los cuatro mil años que siguieron a la creación, todos los santos del Antiguo Testamento insistían en sus oraciones, solicitando la venida del Mesías prometido. Suspiraban, lloraban y exclamaban: «¡Oh nubes, lloved al justo! ¡Oh tierra, germina al Salvador!» (Is 45, 8). Oh Sabiduría, que saliste de la boca del Altísimo: ven a librarnos (Antífonas de Adviento). Pero sus gritos, sus oraciones y sus sacrificios no tenían la fuerza necesaria para hacer bajar del seno de su Padre a la Sabiduría eterna, o sea al Hijo de Dios. Levantaban sus brazos al cielo, pero no eran suficientemente largos para llegar hasta el trono del Altísimo. Ofrecían continuos sacrificios a Dios, incluso el de sus corazones; pero el precio de estos sacrificios no bastaba para merecer esta gracia de las gracias.

105. Cuando hubo llegado el tiempo de llevar a cabo la redención del hombre, la Sabiduría divina edificóse una habitación, una morada digna de ella (Pr 9, 1). Creó y formó en el seno de Santa Ana a la divina María, con mayor complacencia que la que había puesto en la creación del universo. Imposible es, por una parte, enumerar las liberalidades con que la Santísima Trinidad adornó a tan hermosa criatura, y por otra, la fidelidad con que ella correspondió a los grandes dones de su Creador.

106. El impetuoso torrente de la infinita bondad de Dios, violentamente contenido por los pecados de los hombres desde el comienzo del mundo, se precipita con toda su fuerza y plenitud en el corazón de María. Le comunica cuantas gracias hubieran recibido de su liberalidad Adán y su descendencia si hubiesen permanecido en el estado de inocencia. En fin: como dice un santo, toda la plenitud de la Divinidad, en cuanto de ello es capaz una criatura, fue prodigada a María

(Plenitud de la Divinidad (San Jerónimo). Creemos que se refiere Montfort al conocido texto atribuido a San Jerónimo: «Et bene plena, quia ceteris per partes praestatur; Mariae vero simul se tota infudit plenitudo gratiae» (Offic. de Immaculata Conceptione, lectio 4). Ideas parecidas a las de Montfort, en el comienzo de la bula *Ineffabilis*).

¡Oh María, obra maestra del Altísimo, milagro de la

Sabiduría eterna, prodigio del Todopoderoso, abismo de la gracia! Confieso con todos los santos que nadie es capaz, sino Aquel que te creó, de comprender la altura, la anchura y la profundidad de las gracias que te ha dispensado.

107. Fueron tan grandes los progresos que en catorce años de vida realizó la divina María en la gracia y sabiduría de Dios, y la fidelidad a su amor fue tan perfecta, que cautivó la admiración no sólo de toda la corte celestial, sino del mismo Dios. Su humildad, profunda hasta anonadarse, le encantó; su pureza, del todo divina, le atrajo; su viva fe y sus frecuentes y tiernas oraciones le hicieron violencia; la Sabiduría se vio amorosamente vencida por tan amorosas insistencias: -exclama San Agustín- «¡Oh cuán grande fue el amor de María, que venció al Omnipotente!»

(«O quantus amor ... !» La idea de la eficacia del amor y, en general, de las virtudes y oraciones de María en acelerar la encarnación es corriente. No hallamos en San Agustín la expresión que Montfort le atribuye).

¡Cosa admirable! Esta Sabiduría, deseando descender desde el seno de su Padre al seno de una Virgen para descansar entre los lirios de su pureza y darse totalmente a ella haciéndose hombre en ella, envía al arcángel Gabriel para saludarla de su parte y manifestarle que ha conquistado su corazón y que desea hacerse hombre en su seno, con tal que ella otorgue su consentimiento. El arcángel cumplió su misión, aseguró a María que permanecería virgen siendo madre y logró de su corazón, no obstante la oposición de su profunda humildad, el consentimiento sublime que la Santísima Trinidad, junto con todos los ángeles y el universo entero, esperaba desde hacía tantos siglos, cuando, humillándose en presencia de su Creador, dijo: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra*

(Lc 1, 38. - Toda esta exposición indica el grandioso concepto que Montfort se había formado de la Santísima Virgen.).

108. Observad cómo al punto que otorgó María su consentimiento para ser madre de Dios, se obraron muchos prodigios. El Espíritu Santo formó de la purísima sangre de María un cuerpecito; le organizó perfectamente; creó Dios el alma más perfecta que jamás creara. La Sabiduría eterna, o sea el Hijo de Dios, se unió en verdad de persona (Es decir, «en unidad de Persona») a este cuerpo y a esta alma. He ahí el gran milagro del cielo y de la tierra, el exceso prodigioso del amor de *Dios:* «El Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14). La Sabiduría eterna se ha encarnado, Dios se ha hecho hombre sin dejar de ser Dios; este *hombre-Dios* se llama *Jesucristo*, es decir, *Salvador*.

Véase el compendio de su vida divina.

2. Vida de la Sabiduría encarnada

1. Nace de una madre virgen

109. Quiso nacer de una mujer casada, aunque en realidad era virgen, a fin de que no pudiera reprochársele el haber nacido de unión adúltera y por otras importantísimas razones que los Santos Padres nos enseñan: acabamos de decir que su concepción fue anunciada a la Santísima Virgen por el arcángel San Gabriel. Quiso ser hijo de Adán, pero no heredar su pecado. Tuvo lugar la encarnación un viernes 25 de marzo

(En Occidente se celebra desde antiguo la fiesta de la Encarnación el 25 de marzo; pero, como el año del nacimiento de Jesucristo no se fija con certeza, tampoco se puede fijar el de la Encarnación, y menos el día de la semana. La precisión con que le señala Montfort sólo indica su gran devoción).

2. Nace en Belén de Judá

110. El Salvador del mundo nació el 25 de diciembre en la ciudad de Belén, en un establo destartalado, donde tuvo por cuna un pobre pesebre. Un ángel anunció a los pastores que estaban guardando sus rebaños el nacimiento del Salvador, recomendándoles que fuesen a adorarle; y en aquel instante oyeron un coro de ángeles que cantaba: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14).

3. Se somete a la circuncisión. Los magos lo adoran.

111. A los ocho días de su nacimiento y para conformarse con la ley de Moisés, aunque no estaba sujeto a ella, fue circuncidado y se le impuso el nombre de Jesús, nombre venido del cielo. Tres magos de Oriente vinieron para adorarle, avisados por una estrella extraordinaria que los condujo hasta Belén. Llámase a esta fiesta *Epifanía*, es decir, manifestación de Dios, y se celebra el 6 de enero.

4. Es presentado en el templo y huye a Egipto.

112. Quiso ofrecerse El mismo en el templo cuarenta días después de su nacimiento y observar cuanto la ley de Moisés ordenaba para el rescate de los primogénitos. Algún tiempo después, el ángel del Señor ordenó a San José, esposo de la Santísima Virgen, que tomara al Niño Jesús y a la Madre y huyese a Egipto, como lo hizo, para evitar el furor de Herodes.

Opinan algunos autores que Nuestro Señor permaneció dos años en Egipto; otros, tres, y otros, como Baronio, hasta ocho

(Estancia en Egipto. Hoy no se da probabilidad ninguna a esta última opinión. Según Prat *Iesus Christ*, 1. 1, c. 3. § 2), la estancia del Señor en Egipto no pasaría de un año, y probablemente sería aún más corta).

Su presencia santificó todo el país, haciéndole digno de verse más tarde poblado por santos anacoretas. Eusebio dice que, al entrar el Señor en aquel país, los demonios huyeron, y San Atanasio añade que los ídolos cayeron hechos añicos

(Eusebio-San Atanasio. No logramos verificar estas citas).

5. Se manifiesta como sabio, es bautizado

113. A la edad de doce años, el Hijo de Dios, hallándose en medio de los doctores, disputó con ellos con tanta sabiduría, que se atrajo la admiración de todo el audito-

rio. Después de este hecho, el Evangelio nada nos dice de él hasta su bautismo, que tuvo lugar a los treinta años

(Nada resonante: sólo que estaba sujeto á José y a María y crecía en estatura, sabiduría y gracia),

retiróse inmediatamente al desierto, donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches. Fue tentado por el demonio, pero salió victorioso de sus ataques.

6. Realiza su misión: vida pública

114. Comenzó luego su predicación en la Judea, eligió a sus apóstoles y obró todo el sinfín de maravillas que mencionan los textos sagrados. Sólo quiero hacer notar que, el año tercero de su vida pública, trigésimo tercero de su edad, Jesús resucitó a Lázaro; que entró triunfante en Jerusalén el 29 de marzo y que al segundo día del inmediato abril, que era un jueves, día décimocuarto del mes de Nisán

(El 29 de marzo. Que el Señor hizo su entrada en Jerusalén un domingo, es probabilísimo; que ese domingo fuera el 29 de marzo, no es fácil probarlo por la razón indicada en el nº. 109. Que celebró la Pascua con sus discípulos un jueves e instituyó en ella la Eucaristía es seguro, como también que murió en viernes),

celebró la Pascua con sus discípulos, lavó los pies a sus apóstoles e instituyó el sacramento de la Eucaristía bajo las especies de pan y vino.

7. Se somete a la pasión y a la muerte

115. En la noche de este mismo día sus enemigos, guiados por Judas el traidor, le apresaron. A la mañana siguiente, 3 de abril, a pesar, de ser fiesta, le condenaron a muerte después de haberle azotado, coronado de espinas y tratado con refinada ignominia; el mismo día, fue conducido al Calvario y allí crucificado entre dos ladrones: de esta manera quiso el Dios de toda inocencia morir con la muerte más vergonzosa, la que merecía un ladrón como Barrabás, a quien los judíos le pospusieron. Los Santos Padres opinan que Jesucristo fue fijado en la cruz con cuatro clavos y que, en medio de ella, sobresalía un tosco madero en forma de asiento, sobre el cual el cuerpo podía apoyarse

(El *sedile.* La opción de los cuatro clavos es más general que la del *sedile.* Pero nada hay seguro en la materia. Si la santa sábana de Turín es auténtica, los dos pies habrían sido atravesados por un solo clavo, cosa nada difícil, a juicio de expertos cirujanos.).

8. Es sepultado, resucita y sube al cielo

116. El Salvador del mundo, después de tres horas de cruel agonía, murió a la edad de treinta y tres años

(Treinta y tres años (5 de abril-14 de mayo).Tampoco es segura la edad de treinta y tres años. Las fechas que siguen (5 de abril pará la Resurrección y jueves 14 de mayo para la Ascensión) dependen de las anteriores.).

José de Arimatea atrevióse a pedir a Pilatos el cuerpo del Salvador y lo enterró en un sepulcro nuevo que había hecho cavar en la roca. No hay que olvidar que la naturaleza, mediante una serie de prodigios acaecidos en el momento de expirar su Autor, manifestó a su manera el sentimiento que tenía por su muerte. -Resucitó Jesucristo el 5 de abril y se apareció varias veces a su Madre y a sus discípulos durante cuarenta días, hasta el jueves 14 de mayo, en que condujo a sus discípulos al monte de los Olivos, y allí, en presencia de todos, subió por su propia virtud a los cielos, a la diestra de su Padre, dejando sobre la roca las huellas de sus pies

(Sobre las rocas las plantas. Se trata de una piadosa leyenda. San Ignacio, como es sabido, tuvo especial devoción en venerar dichas señales.).

C A P Í T U L O X

Encantadora hermosura y dulzura inefable de la Sabiduría encarnada

117. Como la Sabiduría no se hizo hombre sino para atraer a su amor e imitación los corazones de los hombres, plúgole vestirse con todas las gracias y amabilidades humanas, las más atrayentes y delicadas, sin ningún defecto ni fealdad alguna.

1. La Sabiduría es dulce en su origen

118. Si la consideramos en su origen, no es sino bondad y dulzura. Es un don de amor del Eterno Padre y un fruto del amor del Espíritu Santo. El amor la da y el amor la forma (Jn 3, 16). Por lo tanto, es todo amor o más bien el amor mismo del Padre y del Espíritu Santo (El Hijo, el Amor mismo... El amor del Padre y del Espíritu Santo en el sentido antes dicho.).

Nació de la más dulce, la más tierna y la más hermosa de todas las madres, la divina María. ¿Queréis saber cuál es la dulzura de Jesús? Procurad conocer antes la dulzura de María, su Madre, a quien se parece en la dulzura del carácter. Jesús es Hijo de María y, por consiguiente, no hay en él arrogancia, ni severidad, ni fealdad; menos aún, infinitamente menos que en su Madre, por cuanto El es la Sabiduría eterna, la misma mansedumbre, la misma hermosura.

2. La Sabiduría es dulce según los profetas

119. Los profetas, a quienes de antemano fue mostrada esta Sabiduría encarnada, la llaman oveja y «manso cordero» (Jr 11, 19); predicen que por razón de la dulzura no acabará de romper la caña cascada ni apagará el pábilo que aun humea (Is 42, 3). Esto significa que será tanta su mansedumbre, que, cuando un desdichado pecador se halle medio quebrantado, cegado y perdido por sus pecados y como con un pie en el infierno, no consumará su perdición, a menos que él no le fuerce. San Juan Bautista, que vivió cerca de treinta años en el desierto para merecer con sus austeridades el amor y el conocimiento de esta Sabiduría encarnada, apenas la divisó, exclamó mostrándola con el dedo a sus discípulos: «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Jn 1, 29). Parece que debiera haber dicho: «He aquí el Altísimo, he aquí el Rey de la gloria, he aquí el Omnipotente»; pero, como él le conocía mejor que nadie le ha conocido ni le conocerá jamás, dice: «He aquí el Cordero de Dios he aquí la Sabiduría eterna, que para conquistar nuestros corazones y borrar nuestros pecados ha compendiado en sí las dulzuras todas de Dios y del hombre, del cielo y de la tierra.»

3. La Sabiduría es dulce en su Nombre

120. Y ¿qué indica el nombre de *Jesús,* que es el nombre propio de la Sabiduría encarnada, sino una caridad ardiente, un amor infinito y una dulzura encantadora? *Jesús, Salvador,* el que salva al hombre, de quien lo propio es amar al hombre y salvarlo.

"Nada se canta más suave,
nada se oye con más gozo,
nada se piensa más dulce
que Jesús, Hijo de Dios."

(*Nil canitur suavius.* Atribuido a San Bernardo sin fundamento. Véase ML 184, 1307. El texto, ibid. 1317-1320)

¡Oh cuán dulce es al oído y al corazón de un alma predestinada el nombre de Jesús: «Para la boca es miel dulcísima, melodía agradable al oído y perfecto júbilo para el corazón».

(BERNARDUS, *In Cantica,* serm. 15: ML 183, 847).

4. La Sabiduría es dulce en su semblante

121. «Jesús es dulce [en su semblante, dulce] en sus palabras y [dulce] en sus obras»

(«Dulcis in facie». También esta división sabe a San Bernardo, pero de momento no hallamos dónde la pone).

Es tan dulce y benévolo *el semblante* de este amabilísimo Salvador, que cautivaba la mirada y el corazón de quienes le veían. Tan encantados quedaron de la dulzura y hermosura de su rostro los pastores que vinieron a verle al establo, que hubieran permanecido días enteros como fuera de sí contemplándole. Los reyes, aun los más encumbrados, apenas divisaron los rasgos de este hermoso Niño, deponiendo su altivez se postraron sin dificultad a los pies de su cuna. ¡Cuántas veces se dirían unos a otros: Amigos, cuán bien se está aquí! En nuestros palacios no se encuentra placer semejante al que se goza en este establo contemplando a este querido Niño-Dios.

Siendo Jesús muy joven, aun las personas afligidas y los niños de todos los contornos venían a verle para alegrarse y se decían unos a otros: Vamos a ver al pequeño Jesús, al precioso hijo de María. La hermosura y la majestad de su rostro, dice San Crisóstomo

(Cf. *Hom.* 27 *in Matth.,* n. 2 (MG 57, 346): *Ipsius solum conspectus gratia multa plenus erat.*),

era tan dulce e imponente a la vez, que quienes le conocían no podían menos de amarle; y reyes hubo de países muy remotos que, al tener noticias de su hermosura, quisieron poseer su retrato. Se dice que el mismo Nuestro Señor, por especial favor, lo hizo enviar al rey Abogaro.

(Se trata de una leyenda; el Santo se limita a consignarla).

Aseguran algunos autores que, si los soldados romanos y los judíos velaron el rostro de Jesús, no fue sino para abofetearle y maltratarle más a sus anchas, porque sus ojos y su rostro despedían resplandor tan suave y encantador que aun los más fieros quedaban desarmados.

5. La Sabiduría es dulce en sus palabras

122. Jesús es *dulce en sus palabras.* Mientras vivía en la tierra atraía a todos a sí por la dulzura de sus palabras, y jamás se le oyó gritar ni disputar acaloradamente, como ya lo predijeron los profetas (Is 42, 2; Mt 12, 19). Cuantos le escuchaban de buena fe se sentían tan vivamente atraídos por las palabras de vida que salían de sus labios, que exclamaban: *Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre* (Jn 7. 46); y aquellos mismos que le odiaban, sorprendidos de la elocuencia y sabiduría de sus palabras, preguntaban: *¿De donde le viene a éste esa sabiduría?* (Mt 13, 54). Jamás hombre alguno habló con tanta dulzura y unción. ¿De dónde le viene a éste tanta sabiduría en sus palabras? Eran a millares las personas sencillas que dejaban sus hogares por ir a escucharle hasta en los desiertos, descuidando durante varios días el comer y el beber, saciándose únicamente con la dulzura de sus palabras. Esta dulzura fue la que, cual poderoso aliciente, atrajo a los apóstoles en pos de El; ella la que curaba las mayores enfermedades y la que consolaba en las mayores aflicciones. Bastó que dijera Jesús una sola palabra: «María», para que la afligida Magdalena quedara plenamente consolada y llena de júbilo (Jn 20, 16).

CAPÍTULO XI

Dulzura de la Sabiduría encarnada en su conducta

6. La Sabiduría es dulce en toda su conducta

123. En fin, Jesús *es dulce en sus obras* y en su modo de proceder; «hizo bien todas las cosas» (Mc 7, 37); es decir, todo lo que obró Jesús hízolo con tanta rectitud, sabiduría, santidad y dulzura, que en ninguna de sus acciones puede encontrarse el menor defecto ni deformidad.

Examinemos cuál fue la dulzura de esta amable Sabiduría encarnada en toda su conducta.

124. Los pobres y los niños le seguían por doquiera como si fuera uno de ellos; descubrían en este amable Salvador tanta sencillez, benignidad, condescendencia v caridad, que se atropellaban para acercársele. Predicando un día al aire libre, los niños, que acostumbraban a colocarse cerca de él, querían abrirse paso empujando por detrás, y los apóstoles que se hallaban más cercanos al Señor los rechazaban; mas notándolo, Jesús reprendiólos diciendo: «Dejad que los niños se acerquen a mí»

(Mc 10, 14. - Junta aquí el Santo varios pasajes distintos).

Y cuando estuvieron junto a El, los abrazó y los bendijo. ¡Oh qué dulzura y qué benignidad! Los pobres, reparando que vestía pobremente y se portaba sin altivez ni arrogancia, complacíanse en su compañía; defendíanle contra los ricos y orgullosos, que le calumniaban y perseguían y El, por su parte, les prodigaba mil alabanzas y bendiciones en cuantas ocasiones se le presentaban.

125. Pero ¿quién podrá explicar las dulzuras de Jesús para con los pobres pecadores? ¡Con cuánta afabilidad trató a Magdalena la pecadora! ¡Con qué dulce condescendencia convirtió a la Samaritana! ¡Con cuánta misericordia perdonó a la mujer adúltera! ¡Con qué caridad se sentaba a la mesa de los publicanos para convertirlos! Sus enemigos tomaron de cllo pretexto para perseguirle, acu-

sándole de que, por su dulzura, daba ocasión de quebrantar la ley de Moisés, y para insultarle, llamándole amigo de los pecadores y publicanos. ¡Con qué bondad, con qué humildad procuró conquistar el corazón del mismo Judas aun después de concertada la traición, lavándole los pies y llamándole amigo. Y, finalmente, ¡con qué caridad pidió a su Padre celestial perdón para sus verdugos, disculpándolos con su ignorancia! (Lc 23, 24).

126. ¡Oh cuán bella, dulce y cariñosa es la Sabiduría encarnada, Jesús! ¡Cuán bella en la eternidad, puesto que es el esplendor de su Padre, el espejo sin mancha y la imagen de su hondad, más radiante que el sol v más resplandeciente que la misma luz! ¡Cuán bella en el tiempo, puesto que ha sido formada por el Espíritu Santo pura, libre de pecado, y hermosa, sin la menor mancilla, puesto que durante su vida enamoró la mirada y el corazón de los hombres y es actualmente la gloria de los ángeles! ¡Cuán tierna y dulce es para con los hombres y especialmente para con los pobres pecadores, a los cuales vino a buscar visiblemente en el mundo y a los que sigue todavía buscando invisiblemente!

7. La Sabiduría es dulce en la Gloria

127. Nadie se vaya a imaginar que, por hallarse ahora triunfante y glorioso, sea Jesús menos dulce y condescendiente; al contrario: su gloria perfecciona en cierto modo su dulzura; más que brillar, desea perdonar; más que ostentar las riquezas de su gloria, desea mostrar la abundancia de su misericordia.

128. Leyendo las historias, veremos que, cuando esta Sabiduría encarnada y gloriosa se ha aparecido a sus amigos, no ha sido entre truenos o relámpagos, sino benigna y dulcemente; no con la majestad propia de una soberana o del Dios de los ejércitos, sino con la ternura de una esposa y la dulzura de un amigo. Se ha mostrado algunas veces en la Eucaristía; pero no recuerdo haber leído jamás que se presentara bajo otra forma que la de un gracioso niño.

129. No ha mucho tiempo, un desdichado, lleno de ira por haber dilapidado todo su dinero en el juego, levantó su espada contra el cielo, culpando a Dios de la pérdida de su fortuna. ¡Cosa extraña! En vez de los rayos y truenos a que se había hecho acreedor, vio descender de lo alto un papelito que, revoloteando, vino a caer cerca de él. Sorprendido el blasfemo, tomólo, lo desplegó y leyó: «Dios mío, tened misericordia de mí». Cayósele la espada de la mano, se sintió conmovido hasta el profundo del corazón y, arrojándose en tierra, pidió misericordia.

130. San Dionisio Areopagita refiere que un obispo llamado Carpo, que había convertido tras duras penas a un idólatra, enterado de que otro idólatra en un instante, le había hecho renunciar a su fe, se dirigió al Señor, rogándole con insistencia durante toda la noche que castigara a los culpables de la injuria hecha a su divina Majestad. Cuando he aquí que, estando en el mayor fervor de su oración y ardor de su celo, se abrió la tierra y vio que los demonios trataban de arrojar al infierno al idólatra y al apóstata. Levantó entonces la vista y vio abrirse los cielos y que Jesucristo, viniendo a él con inmensa multitud de ángeles le decía: «Carpo, me pides venganza; no me conoces. ¿Sabes tú lo que pides y lo mucho que me han costado los pecadores? ¿Por qué deseas que los condene? Los amo tanto, que estaría dispuesto, si fuera necesario, a morir de nuevo por cada uno de ellos». A continuación, acercándose más a Carpo y mostrándole sus espaldas desnudas, le dijo: «Carpo, si quieres venganza, véngate sobre mí y no sobre estos pobres pecadores»

(Cf. S. DIONYSII AREOPAGITAE, Opera, epist. 8, § 6 (MG 3, 1097-1903).

131. Considerando todo esto, ¡cómo no amar a esta Sabiduría eterna, que nos ha amado y nos sigue amando más que a su propia vida, y cuya hermosura y bondad sobrepasan a cuanto hay de más dulce en el cielo y en la tierra!

132. Refiérese en la *Vida* del Beato Enrique Susón que un día la Sabiduría eterna, por él ardientemente deseada, se le apareció de la siguiente manera: Había tomado una forma corporal rodeada de una nube clara y transparente, sentada en un trono de marfil y despidiendo de su rostro y de sus ojos un fulgor semejante al del sol en su cenit; su corona era la eternidad; su vestido, su felicidad; su palabra, la suavidad; y sus abrazos causaban la dicha de todos los bienaventurados. Enrique la contempló con toda esta pompa, y lo que más le maravilló fue que tan pronto parecía una hermosa joven, portento de hermosura del cielo y de la tierra, como un gallardo mancebo que hubiese agotado todas las bellezas creadas para hermosear su rostro; unas veces la veía levantar la cabeza por encima de los Cielos y al mismo tiempo hollar con sus pies los abismos de la tierra; ora la veía cerca y ora lejos de sí; unas veces majestuosa y otras condescendiente, benigna, dulce y llena de ternura para cuantos se le acercaban. Contemplábala de esta suerte, cuando, dirigiéndose a él, le sonrió afablemente y le dijo: «Hijo mío, dame tu corazón». Arrojóse Enrique al instante a sus pies y le hizo ofrenda irrevocable de su corazón

(El mismo B. Enrique cuenta esta visión en el *Horologium Sapientiae,* 1. 1, c. 1, p. 16-17 (ed. Richsüiter, Marietti, 1929)).

A ejemplo de este santo, hagamos nosotros también a la Sabiduría eterna la oblación irrevocable del nuestro.

¡No ansía otra cosa de nosotros!

C A P I T U L O XII

Los principales oráculos de la Sabiduría encarnada que es preciso creer y practicar para salvarnos

(Este capítulo constituye la parte culminante de esta obra montfortiana. En la voz de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, oímos resonar las directivas básicas que debe llevar a la práctica el discípulo de la Sabiduría que quiere caminar en seguimiento del Señor. La Sabiduría nos habla ahora directamente… Invita al banquete del diálogo de la amistad… La Sabiduría ha llegado hasta nosotros en su movimiento de amor... Por amor se hace presencia y nos regala el don de sus oráculos, para orientar nuestra vida y darle sentido… Así se prepara el camino para la consagración total a Jesús

por María. El P. de Montfort no es un especulativo. Es un misionero. Mucho más felices los que aceptan, creen, ponen en práctica y enseñan a los demás el mensaje de la Sabiduría encarnada (Ver ASE 153). Sea ésta nuestra consigna: nuestra vida, el mejor comentario de la Palabra de la Sabiduría.)

133. 1. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, lleve su cruz cada día y sígame» (Lc 9, 23).

2. «Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará y vendremos a él» (Jn 14, 23).

3. «Si al tiempo de presentar tu ofrenda ante el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5, 23-24).

134. 4. «Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26).

5. «Y cualquiera que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o esposa, o hijos, o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y después poseerá la vida eterna» (Mt 19, 29).

6. «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo» (Mt 19, 21).

135. 7. «No todos los que me dicen: ¡Señor, Señor!; entrarán en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos» (Mt 7, 21).

8. «Todo el que oye estas mis instrucciones y las practica será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra» (Mt 7, 24).

9. «En verdad os digo que, si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18, 3).

10. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 29).

136. 11. «Cuando oréis, no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres» (Mt 6, 5).

12. «En la oración no afectéis hablar mucho, que bien sabe vuestro Padre celestial lo que habéis menester antes que lo pidáis» (Mt 6, 7-8).

13. «Cuando os pongáis a orar, si tenéis algo en contra de alguno; perdonadle el agravio, a fin de que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados» (Mc 11, 25).

14. «Todas cuantas cosas pidiereis en la oración, tened fe de conseguidas y se os concederán» (Mt 11, 24).

137. 15. «Cuando ayunéis no os pongáis caritristes, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su galardón» (Mt 6, 16).

138. 16. «Habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia» (Lc 15, 7).

17. «No son los justos, sino los pecadores, a los que he venido yo a llamar a penitencia» (Lc 5, 32).

139. 18. «Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 10).

19. «Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y os separen de su compañía, y os afrenten a causa del Hijo del hombre; alegraos y saltad de gozo, porque os está reservada en el cielo una gran recompensa» (Lc 6, 22-23).

20. «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como yo os entresaqué del mundo, os aborrece» (Jn. 15, 18-19).

140. 21. «Venid a mí todos los que estáis cargados y afligidos, y yo os aliviaré» (Mt 11, 28).

22. «Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo; quien comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi propia carne» (Jn 6, 51-52).

23. «Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre, verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él» (Jn 6, 56-57).

141. 24. «Seréis odiados de todo el mundo a causa de mí; no obstante, ni un cabello de vuestra cabeza se perderá» (Lc 21, 17-18).

142. 25. «Ninguno puede servir a dos señores: porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o, si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo» (Mt 6, 24).

143. 26. «Del corazón es de donde salen los malos pensamientos: estas cosas sí que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha» (Mt 15, 19-20).

27. «El hombre de bien, del tesoro de su corazón saca las buenas cosas, y el hombre malo, de su mal corazón saca cosas malas» (Mt 11, 35).

144. 28. «Ninguno que, después de haber puesto su mano en el arado, vuelve los ojos atrás, es apto para el rei-no de los cielos» (Lc 9, 22).

29. «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. Por tanto, no tenéis que temer; más valéis vosotros que muchos pajarillos» (Lc 12,7).

30. «No envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve» (Jn 3, 17).

145. 31. «Quien obra el mal, aborrece la luz y no se arrima a ella para que no sean reprendidas sus obras» (Jn 3, 20).

32. «Dios es espíritu, y, por lo mismo, los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle» (Jn 4, 24).

33. «El espíritu es quien da la vida; la carne, de nada sirve. Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son» (Jn 6, 64).

34. «En verdad os digo que todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado, y el esclavo no mora para siempre en la casa» (Jn 8, 34-35).

35. «Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho» (Lc 16, 10).

36. «Más fácil es que perezcan el cielo y la tierra que el que deje de cumplirse un solo ápice de la ley» (Lc 16, 17).

37. «Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5, 16).

146. 38. «Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5, 20).

39. «Si tu ojo derecho es ocasión para ti de pecar, sácale y arrójalo fuera de ti, pues mejor te está perder uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno» (Mt 5,20).

40. «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que le arrebatan» (Mt 11, 12).

41. «No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen y donde los ladrones los desentierran y roban; atesorad más bien para vosotros en el cielo, donde no hay ladrones que los desentierren y roben» (Mt 6, 19-20).

42. «No juzguéis a los demás si no queréis ser juzgados, porque con el mismo juicio que juzgareis habéis de ser juzgados» (Mt 7, 12).

147. 43. «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces; por sus frutos los conoceréis» (Mt 7, 15-16).

44. «Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial» (Mt 18, 10).

45. «Velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora en que vendrá el Señor» (Mt 25, 13).

148. 46. «No tengáis miedo de los que matan al cuerpo y, hecho esto, ya no pueden hacer más; pero temed más bien al que, después de quitar la vida, puede arrojar al infierno» (Lc 12, 4 y 5).

47. «No andéis inquietos, en orden a vuestra vida, sobre lo que comeréis, ni en orden a vuestro cuerpo, sobre lo que vestiréis; bien sabe vuestro Padre celestial que de ello necesitáis» (Lc 12, 22. 30).

48. «No hay nada oculto que no deba ser descubierto, ni escondido que no haya de ser conocido y publicado» (Lc 7, 17).

149. 49. «Quien aspirare a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado, y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo» (Mt 20, 26-27).

50. «¡Cuán difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos!» (Mc 10, 23).

51. «Más fácil es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios» (Lc 18, 25).

52. «Y yo digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian» (Mt 5, 44).

53. «Mas ¡ay de vosotros los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo» (Lc 6, 24).

150. 54. «Entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso conducen a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¡Oh qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida!» (Mt 7, 13-14).

55. «Los postreros serán los primeros, y los primeros serán los últimos, pues muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mt 20, 16).

56. «Mucho mayor dicha es dar que recibir» (Mt 20, 35).

«Si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa» (Mt 5, 39-40).

57. «Es preciso orar siempre y no desfallecer» (Lc 18, 1).

«Vigilad y orad para que no caigáis en tentación» (Mt 27, 41).

58. «Dad limosna de lo vuestro que os sobra, y con esto todas las cosas estarán limpias en orden a vosotros» (Lc 11, 41).

59. «Los que se ensalzan serán humillados, y los que se humillan, ensalzados» (Lc 14, 11).

60. «Si tu mano o tu pie es ocasión de escándalo, arrójalos lejos de ti. Si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácatelo y tíralo lejos de ti, pues mejor te es entrar en la vida eterna manco, cojo o con un solo ojo, que no ir al infierno con dos manos, dos pies y dos ojos (Mt 18, 8, 9).

151. 61. Las ocho bienaventuranzas:

1ª. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

2ª. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

3ª. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

4ª. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

5ª. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

6ª. Bienaventurados los limpios de corazón, porque

ellos verán a Dios.

7ª. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

8ª. Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 3, 10).

152. 62. «Yo te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes del siglo y las has revelado a los pequeñuelos; sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así» (Mt 11, 25-26).

153. He aquí el compendio de las *grandes e importantes verdades que la Sabiduría eterna vino a enseñarnos* después de habernos dado ejemplo, a fin de arrancarnos de la ceguera en que nos habían sumido nuestros pecados.

a) Dichosos los que llegan a entender estas verdades eternas.

b) Más dichosos los que las creen.

c) Pero mucho más aún los que las *creen*, las *practican* y *enseñan* a practicadas a los demás, pues esos tales brillarán como estrellas en el cielo por toda la eternidad.

C A P Í T U L O XIII

Breve resumen de los inexplicables dolores que la Sabiduría Encarnada quiso padecer por nuestro amor

1. El motivo más poderoso para amar la Sabiduría

154. Entre las múltiples razones que debieran movernos a amar a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, la más poderosa debiera ser, a mi juicio, la consideración de los dolores que quiso padecer para mostrarnos su amor. Existe, dice San Bernardo, un motivo que sobrepuja a todos, que me aguijonea más sensiblemente y me apremia para que ame a Jesucristo, y es, ¡oh buen Jesús!, el cáliz de amargura que hubisteis de beber por nosotros y la obra de nuestra redención, que os hace amable a nuestros corazones, pues ese gran beneficio y esa gran prueba de amor por parte vuestra conquista fácilmente el nuestro: nos atrae más dulcemente, nos obliga más justamente, nos liga más estrechamente y nos conmueve más fuertemente. Y en pocas palabras explica el porqué: porque este amantísimo Salvador ha trabajado y sufrido muchísimo para redimirnos

(*Sermo 20 in Cantica* (ML 183, 867). Citado por Saint Jure, 1, p. 177).

¡Oh cuántas penas y amarguras hubo de soportar!

2. Las circunstancias de la Pasión de la Sabiduría

155. Pero donde más claramente veremos el amor infinito que la Sabiduría nos tiene será al considerar las circunstancias que acompañan sus dolores.

1. Excelencia de su persona

Sea la primera la *excelencia de su persona*, que, siendo infinita, eleva hasta el infinito cuanto sufrió en su Pasión. Si el Señor hubiera enviado a un serafín o a un ángel del último orden para que, haciéndose hombre, muriese por nosotros, habría sido ciertamente cosa de admirar y digna de nuestro eterno agradecimiento; pero que el mismo Creador del cielo y de la tierra, el Hijo único de Dios, la Sabiduría eterna, se hiciera hombre y diera su vida, a cuyo lado las vidas de todos los ángeles, de todos los hombres y de todas las criaturas juntas se-rían infinitamente menos de lo que serían las vidas de todos los monarcas juntos comparadas con la un pobre mosquito, ¡qué exceso de caridad no nos hace ver en este misterio y cuán grande no ha de ser nuestra admiración y reconocimiento!

2. Padecimientos, incluso por sus enemigos

156. La segunda circunstancia es la *condición de las personas por las cuales sufre*. Son hombres, viles criaturas y enemigos suyos, de quienes nada podía temer ni nada podía esperar. Se han dado casos de amigos que murieron por sus amigos; pero ¿se dará jamás el caso, fuera del del Hijo de Dios, de que alguien muera por su enemigo? Jesucristo nos demostró el amor que nos tiene muriendo por nosotros cuando éramos aún pecadores y, de consiguiente, enemigos suyos

(Rm 5, 8 y 9. Saint Jure, 1, p. 177.).

3. Enormidad y duración de sus múltiples padecimientos

157. La tercera circunstancia es la *multitud*, la *enormidad* y la *duración de sus padecimientos*. Fue tal el torrente de sus dolores, que con razón se le llama «Varón de dolores» (Is 53, 3). «Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él parte sana» (Is 1, 6). Este gran amante de nuestras almas padeció en todo: en su exterior y en su interior, en su cuerpo y en su alma.

158. Padeció en sus *bienes*. Dejando aparte la pobreza de su nacimiento, de la huida y permanencia en Egipto y de toda su vida, recordemos que en su Pasión fue despojado de sus vestidos por los soldados, que se los distribuyeron entre sí, y clavado después desnudo en la cruz, sin que le dejaran ni un pobre harapo para cubrirse.

159. *En su honor* y reputación, pues fue colmado de oprobios; tratado de blasfemo, de sedicioso, de bebedor, de glotón y de endemoniado.

En su sabiduría, pues fue considerado como ignorante y como impostor y tratado de loco y de insensato.

En su poder, pues fue calificado de mago y de hechicero y de hacer falsos milagros en connivencia con el diablo.

160. *En sus discípulos:* uno le vendió y le traicionó; el primero de entre ellos le negó y los restantes le abandonaron.

Sufrió por *parte de toda clase de personas:* de go-

bernadores, jueces, cortesanos, soldados, pontífices, sacerdotes, eclesiásticos y seglares, judíos y gentiles, hombres y mujeres, de todos sin excepción. Incluso su misma Madre santísima aumentó de manera terrible sus aflicciones cuando la vio junto a la cruz y anegada en un mar de tristeza.

161. Además, nuestro amantísimo Salvador padeció en *todos los miembros de su cuerpo:* su cabeza fue coronada de espinas; sus cabellos y su barba, mesados; abofeteadas sus mejillas; su rostro, cubierto de salivas; su cuello y sus brazos, torturados con sogas; sus espaldas, cargadas y desolladas por el peso de la cruz; sus manos y sus pies, taladrados por los clavos; su costado y su corazón, atravesados por la lanza, y todo su cuerpo desgarrado por más de cinco mil azotes, de forma que se veían los huesos medio descarnados. Todos sus sentidos se vieron también sumergidos en este mar de dolor: sus ojos, al contemplar las mofas y las burlas de sus enemigos y las lágrimas de angustia de sus amigos; sus oídos, al oír las injurias, los falsos testimonios, las calumnias y las horribles blasfemias que aquellas bocas malditas vomitaban contra él; su olfato, al percibir lo nauseabundo de los salivazos lanzados contra su rostro; su gusto, al sentir aquella sed abrasadora que en son de burla pretendieron mitigar dándole a beber hiel y vinagre, y su tacto al experimentar el exceso de dolor que le causaron los azotes, las espinas y los clavos.

162. *Su alma santísima* vióse cruelmente atormentada por los pecados de todos los hombres, como por otros tantos ultrajes hechos a su Padre, a quien amaba infinitamente, y como la fuente de condenación de tantas almas que, a pesar de su muerte y de su pasión, se condenarían; y sentía compasión no sólo de todos los hombres en general, sino de cada uno en particular, pues conocía a cada uno distintamente.

Contribuyó también a aumentar sus dolores *la duración* de los mismos, que comenzó desde el momento de su concepción y continuó hasta su muerte, puesto que, por la luz infinita de su sabiduría, distinguía y tenía siempre presentes todos los males que había de soportar.

Añadamos a todos estos tormentos el que para El fue más cruel y pavoroso de todos, *Su desamparo en la cruz,* cuando exclamó: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27, 46)

3. Amor supremo de la Sabiduría en sus dolores

163. De cuanto antecede debemos inferir, con Santo Tomás y los Santos Padres, que el buen Jesús padeció más que todos los mártires juntos, los pasados y los que vendrán hasta el fin del mundo.

Si, pues, el menor de los dolores del Hijo de Dios es más estimable y debe movernos más que si todos los ángeles y los santos hubiesen sido muertos y aniquilados por nosotros, ¡cuál no ha de ser nuestro dolor, nuestro agradecimiento y amor para con él, pues padeció por nosotros cuanto es dable padecer, y con tales extremos de amor, y sin estar obligado a ello! «Pudiendo escoger el gozo, sufrió la cruz» (Hb 12, 2); o sea, según el decir de los Santos Padres: Jesucristo, la Sabiduría eterna, habiendo podido permanecer en la gloria de su cielo, infinitamente alejado de nuestra indigencia, prefirió, por nuestro amor, bajar a la tierra, hacerse hombre y ser crucificado. Una vez hecho hombre, podía comunicar a su cuerpo la inmortalidad y felicidad que disfruta ahora; pero no lo quiso, para poder padecer.

164. Añade Ruperto que el Padre Eterno, en el momento de la encarnación, ofreció a su Hijo la posibilidad de salvar al mundo mediante los goces o los dolores, los honores o los desprecios, la riqueza o la pobreza, la vida o la muerte (Traduce el Santo lo que escribe A. Lápide en el comentario a la epístola a los Hebreos, c. 12, v. 2); de manera que si hubiera querido, hubiese podido redimir a los hombres y llevarlos al paraíso por medio de goces, delicias, placeres, honores y riquezas, glorioso y triunfante; pero El escogió contrariedades y cruz para dar a su Padre celestial más gloria, y a los hombres, mayor prueba de su inmenso amor.

165. Más aún: nos amó tanto, que, en vez de abreviar sus penas, deseaba una mayor duración y aumento de ellas; por lo cual, estando sobre la cruz colmado de oprobios y abismado en dolores, como si los que padecía no fueran bastantes, exclamó: «Tengo sed» (Jn 19, 28). ¿De qué tenía sed? -dice San Lorenzo Justianiano- (San Lorenzo Justiniano (De *triumphali Christi agone,* c. 19: «Opera omnia» (Lugduni 1628), p. 330. Citado por Saint Jure, 1, p. 191). «Del fuego de su amor le provenía la sed, de la fuente y de la abundancia de su caridad. Tenía sed de nosotros, de entregarse a nosotros y de padecer por nosotros».

4. Conclusión

166. Considerando todo lo dicho, hallaremos sobrados motivos para exclamar con San Francisco de Paula: «¡Oh caridad, oh Dios de caridad! ¡Cuán excesivo es el amor que nos habéis mostrado padeciendo y muriendo!» (San Francisco de Paula. Cita de Saint Jure, 1, p. 194) O con Santa Magdalena de Pazzis, abrazada a un crucifijo: «¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Cuán poco conocido eres!» (Santa Magdalena de Pazzis. Cita de Saint Jure, Ibíd.) O con San Francisco de Asís, arrastrándose por el barro en medio de las calles: «¡Oh! ¡Jesús, mi amor crucifícado, no es conocido! ¡Jesús, mi amor, no es amado!» (Algunos refieren este grito al olvido en que era tenido Jesucristo en el Santísimo Sacramento. (V. Russotti, *San Francisco de Asís,* versión castellana. Ediciones Pía Sociedad San Pablo, p. 93.) La Iglesia manda decir cada día con toda verdad estas palabras: «El mundo no conoció a Jesucristo, la Sabiduría encarnada» (Jn 1, 10); y, hablando razonablemente, conocer lo que Nuestro Señor ha padecido por nosotros y no amarle entrañablemente, como hace el mundo, es cosa moralmente imposible.

CAPÍTULO XIV

El triunfo de la Sabiduría eterna en la cruz y por la cruz

167. He aquí, a mi modo de ver, el mayor secreto del rey: el misterio más sublime de la Sabiduría eterna: la *cruz*.

1. La Sabiduría y la Cruz

¡Oh cuán diferentes y opuestos son los pensamientos y los caminos de la Sabiduría eterna de los de los hombres, incluso los más instruidos! Este soberano Dios quiere redimir al mundo, ahuyentar y encadenar a los demonios, cerrar a los hombres el infierno y abrirles los cielos y tributar al Padre Eterno una gloria infinita. ¡Proyecto grandioso, obra difícil y ardua empresa! ¿Qué modo empleará esta Sabiduría, cuyo conocimiento abarca del uno al otro extremo del universo, disponiéndolo todo con suavidad y con fortaleza? Su brazo es omnipotente; sin esfuerzo alguno puede destruir cuanto se le enfrenta y hacer cuanto le place; con una sola palabra puede aniquilar y crear; mejor dicho, le basta con querer para hacerla todo.

168. Mas su amor dictó leyes a su omnipotencia. Para manifestar al hombre su amistad, quiso encarnarse; y dignó se bajar a la tierra para elevarle hasta los cielos. ¡Sea así! Pero, desde luego, ¿esta Sabiduría encarnada se presentará gloriosa, triunfante, acompañada de millones y millones de ángeles, o al menos de millones de hombres escogidos; y con estos ejércitos, con ese esplendor y esa majestad, sin pobreza, sin oprobio, sin humillaciones, sin flaqueza alguna, arrollará a todos sus enemigos. Y conquistará los corazones de todos los hombres con sus encantos, con sus placeres, con sus grandezas y con sus riquezas? ¡Nada de eso! ¡Cosa estupenda! Ve en lontananza algo que para los judíos es motivo de escándalo y de horror, y para los paganos, objeto de locura; ve un trozo de madera vil e infame, destinado a la confusión y al suplicio de los mayores criminales y que tiene por nombre patíbulo, horca o cruz. En esta cruz es donde pone su mirada y sus complacencias; la prefiere a cuanto existe de más grande y brillante en el cielo y en la tierra, para hacer de ella el arma de sus conquistas, el atavío de su majestad, la riqueza y las delicias de su imperio, la amiga y la esposa de su corazón: «¡Oh profundidad de la Sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Rm 11, 33) ¡Cuán sorprendente es su elección y cuán sublimes e incomprensibles sus designios! ¡Cuán inefable su amor por esta cruz!

169. La Sabiduría encarnada amó la cruz desde su infancia: Apenas entrado en el mundo, la recibió ya en el seno de su Madre (Sb 8, 2), de manos de su Padre Eterno, y la colocó en mitad de su corazón como una reina, diciendo: (Sal 39, 9) ¡Dios mío y Padre mío!, estando en vuestro seno, escogí esta cruz, y la misma elijo hoy en el seno de mi Madre; la amo con toda mi alma y la coloco en medio de mi corazón para que sea mi esposa y señora.

170. La buscó fervientemente toda la vida. Si cual ciervo sediento corría de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad; si con pasos de gigante caminaba hacia el Calvario; si con tanta frecuencia hablaba de sus padecimientos y de su muerte a sus apóstoles y discípulos y hasta a sus mismos profetas en la Transfiguración; si tan a menudo exhalaba su corazón el «con gran deseo he deseado» (Lc 22, 15), todos sus caminos, todos sus afanes, todas sus pesquisas y todos sus anhelos tendían a la cruz, y consideraba como el colmo de su gloria y su mayor felicidad el morir abrazado a ella.

Se desposó con ella con amor inefable en su Encarnación; la buscó y la llevó con alegría indecible toda su vida, que no fue sino una cruz continuada, y, después de numerosas fatigas, se abrazó a ella y sobre ella murió en el Calvario (Lc 12, 50): Y ¿quién me lo impide? ¿Qué es lo que me detiene? ¿Por qué no estoy abrazado ya a ti, amada cruz del Calvario?

171. Al fin logró lo que tanto anhelaba: se vio cubierta de oprobios, fue cosida y como pegada a la cruz y murió con alegría en los brazos de su idolatrada amiga, cual si fuera un lecho de honor y de triunfo.

172. Y no vayamos a pensar que, después de su muerte, la Sabiduría se haya desprendido de la cruz, la haya rechazado para triunfar mejor. Muy al contrario, se halla de tal manera unida a ella, que ni ángel, ni hombre, ni criatura del cielo o de la tierra es capaz de separarle de ella. Es un enlace indisoluble y una alianza eterna.

JAMÁS LA CRUZ SIN JESÚS
NI JESÚS SIN LA CRUZ.

La Sabiduría ha hecho, merced a su muerte, las ignominias de la cruz tan gloriosas, la pobreza y la indigencia tan ricas, los dolores tan agradables, su austeridad tan atrayente, que la ha dejado como divinizada y transformada en objeto adorable para los ángeles y para los hombres, y ordena que con él la adoren todos sus súbditos. No quiere que los honores de la adoración, aunque relativa, sean tributados a las demás criaturas, por muy encumbradas que se encuentren, como su santísima Madre; semejante distinción sólo está reservada, sólo es debida a su amada cruz. En el supremo día del juicio final hará desaparecer las reliquias de todos los santos, incluso las de los más eminentes; pero, en cambio, ordenará a los primeros serafines y querubines que vayan por todo el mundo y recojan los trozos de la verdadera cruz, los cuales, por su omnipotencia amorosa, quedarán tan bien unidos entre sí, que no formarán sino una cruz, la misma cruz sobre la cual murió. Hará que los ángeles transporten esta cruz y entonen en su honor cánticos de ale-gría. Se hará preceder por esta cruz, la cual descansará sobre la nube más refulgente que jamás se haya visto, y sólo con ella y por ella juzgará al mundo. ¡Qué alegría experimentarán a su vista los amigos de la Cruz! Mientras que sus enemigos, no pudiendo soportar la vista de aquella cruz tan brillante y aterradora, llenos de desesperación pedirán a gritos a las montañas que caigan sobre ellos y al infierno que se los trague.

2. La Cruz en relación con nosotros

173. Y en espera de que amanezca el día de su triunfo en el juicio final, la Sabiduría eterna quiere que la cruz sea la señal, el carácter y el arma de sus elegidos. No recibe como hijo sino a quien posee ese carácter, ni acepta por discípulo suyo sino a quien la lleve en su frente sin

avergonzarse, en su corazón sin protestar o en sus hombros sin arrastrarla o tirarla. Oigamos sus palabras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24). No admite a nadie como soldado si no está dispuesto a tomarla como arma para defenderse, para atacar, derribar y aplastar a sus enemigos, y les dice: «Soldados míos, confiad en mí», soy vuestro capitán; por la cruz vencí a mis enemigos (Jn 16, 33) y con esta misma señal los venceréis también vosotros

(El lábaro. Palabras bordadas en el estandarte del ejército romano (lábaro) por orden de Constantino, que las habría visto escritas en el cielo rodeando una cruz de fuego).

174. Son tantos los tesoros de gracia, de vida y de alegría que ha encerrado en la cruz, que sólo da conocimiento de ellos a sus favoritos. Con frecuencia, como en otro tiempo a sus apóstoles, descubre a sus amigos todos sus secretos (Jn 15, 15); pero no los de la cruz, a menos de que lo hayan merecido por sus grandes trabajos y su gran fidelidad. ¡Oh cuán humilde, pequeño, mortificado, interior y desechado del mundo hay que ser para conocer el misterio de la cruz, el cual sigue siendo aún hoy día, y no sólo entre judíos, paganos, turcos y herejes, sino entre las personas que se dicen devotas y muy devotas, sigue siendo, digo, objeto de escándalo, señal de locura y motivo de desprecio y deserción, no en teoría, pues nunca como actualmente se ha escrito tanto de la hermosura y excelencia de la cruz, sino en la práctica, ya que tanto se teme, se lamenta, se evita todo aquello que puede hacer sufrir.

Contemplando un día la hermosura de la cruz, la Sabiduría encarnada, transportada de alegría, exclamó: «Yo te alabo, Padre mío, Señor del cielo y. de la tierra, porque has encubierto a los sabios y prudentes del siglo *los tesoros y maravillas de mi cruz* y las has revelado a los humildes y pequeñuelos» (Lc 10, 21).

175. Si el conocimiento del misterio de la cruz es gracia tan singular, ¿qué ha de ser su goce y su posesión real? Es un favor que la Sabiduría eterna concede exclusivamente a sus amigos más íntimos y como premio a sus constantes oraciones, deseos y súplicas. Por muy excelente que sea el don de la fe, mediante la cual agradecemos a Dios, nos acercamos a El y vencemos a nuestros enemigos, y sin la cual nos condenaríamos, mayor don es la cruz. Según San Juan Crisóstomo, San Pedro era más feliz en la cárcel que lo fue en el Tabor, en medio de la gloria; más glorioso era llevando las cadenas en sus pies que las llaves del paraíso en sus manos

(No logramos precisar este pasaje en San Crisóstomo).

San Pablo se gloriaba más de haber sido encadenado por su Salvador que de haberse visto elevado al tercer cielo (Ga 6, 14). El Señor favorecía más a los apóstoles y a los mártires haciéndoles partícipes de su cruz en las humillaciones, en la pobreza y en los más crueles tormentos, que otorgándoles el don de hacer milagros y de convertir al mundo entero, Todos aquellos a quienes fue comunicada la Sabiduría eterna se mostraron ansiosos de la cruz, la buscaron, la acariciaron, la abrazaron, y si tenían ocasión de padecer algo, exclamaban desde el fondo de su corazón, como San Andrés: «¡Oh buena cruz, tanto tiempo deseada!».

176. La cruz es buena y preciosa por infinidad de razones:

1º. Porque nos asemeja a Jesucristo.

2º. Porque nos hace dignos hijos del Padre Eterno, dignos miembros de Jesucristo y dignos templos del Espíritu Santo. Dios Padre aflige a cuantos recibe por hijos; lo dice El mismo: Jesucristo no considera como suyos sino a los que llevan su cruz. El Espíritu Santo talla y pule todas las piedras vivas de la Jerusalén celeste, esto es, los predestinados.

3º. Porque ilumina el entendimiento y le comunica más sabiduría que todos los libros del universo: Quien no ha sido probado, sabe bien poco (Si 34, 10)

4º. Porque si se lleva dignamente es la causa, el alimento y la prueba del amor. Enciende el fuego del amor divino en los corazones, desprendiéndolos de las criaturas. Mantiene y aumenta este amor; y así como la leña es el cebo del fuego, así la cruz lo es del amor. Es el testimonio más cierto de que se ama a Dios. De esa prueba se sirvió El para mostrarnos su amor, *y ésa es también la prueba que Dios exige de nosotros para demostrarle que le amamos.*

5º. La cruz es buena porque es fuente abundante de toda suerte de dulzuras y consuelos y porque engendra en el alma la alegría, la paz y la gracia.

6º. Es buena, en fin, porque *produce* para quien la lleva *un peso inmenso de gloria en el cielo:* (2 Co 4, 17.

(El Santo escribió «immensum» en vez de *aeternum*).

177. Si fuese conocido el valor de la cruz, se encargarían novenas, como hacía San Pedro de Alcántara, para lograr ese delicado trocito del paraíso

(No conocemos este detalle, muy propio del penitentísimo San Pedro de Alcántara).

Se diría con Santa Teresa: «O padecer o morir»; o con Santa María Magdalena de Pazzis: «Padecer y no morir». Con San Juan de la Cruz no se pediría otra gracia que la de padecer por Cristo:

(*Vida y obras de San Juan de la Cruz* (BAC, Madrid 1950), p. 404 Y 432-433. «Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco»).

De las cosas de la tierra, la única que se aprecia en el cielo es la cruz, decía este santo, después de su muerte, a una sierva de Dios. *Tengo cruces* -decía Nuestro Señor a uno de sus servidores- *de un valor tal, que es todo cuanto mi queridísima Madre, tan poderosa como es, puede alcanzar de mí en favor de sus fieles servidores.*

178. Sabios del mundo, hombres poderosos del siglo, sois incapaces de comprender este misterioso lenguaje. Amáis demasiado los placeres, buscáis demasiado vuestras comodidades, estáis demasiado apegados a los bienes de este mundo, teméis demasiado los desprecios y humillaciones; en una palabra: sois demasiado enemigos de la cruz de Jesús. Respetáis e incluso alabáis la cruz en general; pero no la vuestra, de la cual huís cuanto podéis o la arrastráis contra vuestra voluntad, murmurando, impacientándoos y lamentándoos. Me hacéis recordar a aquellas vacas que mugiendo, y muy a pesar suyo, arrastraban el arca de la alianza, en la cual se encerraba cuanto había de más precioso en el mundo (1 R 6, 12).

179. El número de los necios es infinito, dice la Sabiduría (Si 1, 15), por ser incontables los que desconocen el valor de la cruz y la llevan a regañadientes. Pero vosotros, verdaderos discípulos de la Sabiduría eterna, que habéis pasado por muchas tentaciones y aflicciones, que sufrís persecución por la justicia, que sois considerados como el desecho del mundo, consolaos, regocijaos, saltad de gozo, porque la cruz que lleváis es don precioso que envidian los bienaventurados, pero no pueden participar de él. *Cuanto hay de honra, de gloria y de virtud en Dios y en su Santo Espíritu, habita en vosotros* (1 P 4, 14), porque vuestra recompensa es grande en el cielo y aun en la tierra, por las gracias espirituales que la cruz os alcanza.

3. Conclusión práctica

180. Bebed, amigos de Jesucristo; bebed en su cáliz de amargura, y seréis cada día más sus privilegiados; padeced por él, y con él seréis glorificados; sufrid no sólo con paciencia, sino con alegría; un poco de tiempo todavía, y luego se os dará una eternidad de dicha por un instante de pena. Desde que la Sabiduría encarnada tuvo que entrar en el cielo por el camino de la cruz, por él han de entrar quienes la siguen.

«A cualquier parte donde fueres -dice la *Imitación de Cristo*-, siempre encontrarás la cruz (L. 2. c. 12, 4): o la del predestinado, si la tomas como debes, con paciencia y gozosamente, por amor de Dios; o la del réprobo, si la llevas con impaciencia y a pesar tuyo, como tantos desgraciados que se verán obligados a decir en el infierno durante toda la eternidad: «Trabajamos y padecimos mucho en el mundo, y después, y en fin de cuentas, estamos condenados» (Sb 5, 7).

No se halla la verdadera Sabiduría ni en la tierra ni en el corazón de quienes viven a sus anchas. Reside de tal manera en la cruz, que fuera de ella es imposible hallarla en parte alguna; se halla de tal suerte incorporada y unida con la cruz, que con toda verdad puede decirse que la

SABIDURÍA ES LA CRUZ
Y QUE LA CRUZ ES LA SABIDURÍA.

PARTE IV

Medios de adquirir la Sabiduría eterna *y* encarnada. María es el medio más eficaz

CAPÍTULO XV

Primero y segundo medios para adquirir la divina Sabiduría

Primer medio: Un deseo ardiente

1. Te es necesario desear la Sabiduría

181. ¿Hasta cuándo, ¡oh hijos de los hombres!, tendréis el corazón pesado, vuelto hacia la tierra? ¿Hasta cuándo os complaceréis en la vanidad y buscaréis la mentira? ¿Qué esperáis para volver vuestros ojos y vuestros corazones hacia la divina Sabiduría, que es la más codiciable de cuantas cosas se pueden codiciar; que, para ganarse el amor de los hombres, descubre ella misma su origen, muestra su beldad, manifiesta su bondad, ostenta sus tesoros y les da a conocer de mil maneras los deseos que tiene de que la deseen y la busquen?

«Codiciad, pues -dice ella-, oíd mis palabras» (Sb 6, 12). Se adelanta a los que la desean (Sb 6. 14). El deseo de la Sabiduría conduce al reino eterno (Sb 6, 21).

2. Cómo desear la Sabiduría

182. Desear la Sabiduría ha de ser gran don de Dios, puesto que es la recompensa de la fiel observancia de sus mandamientos (Si 1, 26). «Hijo, si deseas la Sabiduría, guarda los mandamientos y Dios te la concederá» (Si 6, 37). «Fija tu atención en los preceptos de Dios y medita continuamente sus mandamientos, y él te dará un corazón firme en el bien y te cumplirá el deseo de la Sabiduría».

Porque la Sabiduría no entrará en el alma maligna, no habitará en el cuerpo sometido al pecado (Sb 1, 4). Conviene que el deseo de la Sabiduría sea santo y sincero, acompañado de la fiel observancia de los mandamientos de Dios, pues existe una infinidad de insensatos y de perezosos que manifiestan multitud de deseos o, mejor dicho, de veleidades por el bien, que no los mueven a apartarse del pecado ni a hacerse violencia; son deseos falsos, engañosos, que los matan y los condenan (Pr 21, 26). El Espíritu Santo, maestro en la ciencia, huye de las ficciones y se aparta de los pensamientos faltos de sensatez, y al llegar la iniquidad le arroja del alma. (Sb 1, 5).

3. Ejemplos convincentes

183. Salomón, al que el Espíritu Santo nos propone como modelo para adquirir la Sabiduría, no la alcanzó sino después de desearla, buscarla y pedirla durante largo tiempo: «Deseé yo la inteligencia y me fue concedida, e invoqué (del Señor) el espíritu de Sabiduría, y se me dio» (Sb 7, 7). «A ésta amé yo, y busqué desde mi juventud, y procuré tomarla por esposa mía, y quedé enamorado de su hermosura (Sap. 8, 2): andaba por todas partes buscando cómo apropiármela» (Sb 8, 18).

Para obtener este gran tesoro de la Sabiduría, debemos ser *hombres de deseos.* (Dn 9, 23), como lo fueron Salomón y Daniel.

Segundo medio: Oración continua

(En el manuscrito «En prière continuelle»)

1. Te es necesaria la oración continua

184. Cuanto mayor es un don de Dios, tanto más difícil es alcanzarlo. ¡Qué de trabajos y de oraciones no implicará, pues, la adquisición de la Sabiduría, que es el don de Dios por excelencia! Escuchemos lo que dice la misma Sabiduría: *Buscad y hallaréis, llamad y se* os *abrirá, pedid y se* os *dará* (Mt 7, 7; Lc 11, 9; Mc 11, 24); que vale tanto como si dijera: Si queréis hallarme, menester es que me busquéis: si queréis entrar en mi palacio, menester es que llaméis a mi puerta; si queréis recibirme, menester es que me pidáis; nadie me halla si antes no me busca; nadie entra en mi casa si antes no llama a mi puerta; nadie me alcanza si antes no me pide; y todo se consigue con la oración.

La oración es el canal ordinario por el que Dios comunica sus gracias, particularmente su Sabiduría. Por espacio de cuatro mil años estuvo el mundo pidiendo la encarnación de la divina Sabiduría. Por espacio de catorce años se preparó María por medio de la oración para recibirla en su seno. Salomón no la recibió sino después de haberla pedido durante largo tiempo con ardientes deseos: «Acudí al Señor y se lo pedí de todo corazón: Dame aquella Sabiduría que está sentada en tu trono» (Sb 8, 21 y 9, 4).

Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, que a todos da copiosamente y no zahiere a nadie, y le será concedida» (St 1, 5). Notad, de paso, que no dice el Espíritu Santo: «Si alguno se halla necesitado de caridad, de humildad, de paciencia, etcétera, que son virtudes tan excelentes», sino: «Si alguno tiene necesidad de sabiduría...» Porque, pidiéndola, se piden al mismo tiempo todas las virtudes en ella encerradas.

Para obtenerla, pues; es preciso pedirla; pero ¿cómo hay que pedirla?

2. Cómo pedir la Sabiduría

185. En primer lugar se debe pedir con *fe viva y firme,* exenta de toda vacilación (St 1, 6); pues quien tiene una fe vacilante, que no espere alcanzarla (St 1, 7).

186. En segundo lugar se ha de pedir con *fe pura,* sin apoyar la oración en consolaciones sensibles, visiones o revelaciones particulares. Aunque todo esto pueda ser muy bueno y provechoso, como lo fue para muchos santos, sin embargo no deja de ser peligroso el estribar en ello, y a veces la fe es tanto menos perfecta y menos meritoria cuanto más estriba en esta clase de gracias extraordinarias y sensibles. Cuanto nos ha revelado el Espíritu Santo acerca de la grandeza, de la excelencia de la Sabiduría; de los deseos que Dios tiene de comunicárnosla y de la necesidad que tenemos de ella, son razones suficientes para movernos a pedirla al Señor con toda fe y ardor.

187. La fe pura es el principio y el efecto (de la Sabiduría en nuestra alma; a mayor fe corresponde mayor sabiduría, y a mayor sabiduría, mayor fe.

El *justo* o el sabio sólo *vive de la fe* (Rm 1, 17), sin ver, sin sentir, sin gustar y sin vacilar. *Es palabra de Dios* o *es promesa de Dios;* he ahí la piedra fundamental en que se apoyan todas sus plegarias y todos sus actos, aunque, naturalmente, le parezca que Dios no tiene ojos para ver sus miserias, ni oídos para escuchar sus peticiones, ni brazos para aplastar a sus enemigos, ni manos para prestarle ayuda; aunque se vea inundado de distracciones, de dudas y de tinieblas en su espíritu, de ilusiones en la imaginación, de hastío y de tedio en el corazón, de tristeza y de agonía en el alma.

Ni pide el sabio ver las cosas extraordinarias que vieron los santos, ni saborear dulzuras sensibles en sus oraciones y prácticas de piedad; pide con *fe,* la divina Sabiduría; y debe estar más seguro de que se le dará que si un ángel bajara del cielo y se lo asegurara, porque el mismo Dios ha dicho: «Todo aquel que pide en debida, forma, recibe lo que pide» (Lc 11. 10). «Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno *de la Sabiduría a* quienes se lo piden!» (Lc 11, 10-13).

3. Debes pedirla con perseverancia

188. En tercer lugar, debemos pedir la Sabiduría con *perseverancia.* Para lograr esta perla preciosa y este tesoro infinito, hemos de valernos de una santa importunidad cerca de Dios; de lo contrario, no la alcanzaremos jamás.

No hay que hacer como la mayoría de las personas que piden a Dios alguna gracia. Cuando llevan ya un cierto tiempo, por ejemplo, años enteros, pidiendo una gracia, y no ven el resultado de sus oraciones, se desalientan y cesan de orar, pensando que el Señor no quiere atenderlas, y con eso pierden el fruto de sus oraciones e injurian a Dios, el cual sólo se complace en dar y despacha siempre favorablemente, ya sea de un modo, ya de otro, las oraciones bien hechas.

Quien desee, pues, alcanzar la Sabiduría, debe solicitarla día y noche, sin cansarse ni desalentarse. Podrá considerarse mil veces dichoso si la obtiene después de diez, veinte o treinta años de oraciones, aunque sólo sea una hora antes de su muerte; y si la obtuviere después de haber pasado toda su vida buscándola, pidiéndola y mereciéndola por toda suerte de cruces y de trabajos, tenga por muy cierto que no se le ha otorgado por justicia, como una recompensa, sino por pura misericordia, como una limosna.

189. No, no serán las almas negligentes e inconstantes en sus oraciones y en la busca de la Sabiduría quienes la lograrán, sino las que imitan a aquel hombre que de noche llama a la puerta de uno de sus amigos para pedirle prestados tres panes. Notad que es la Sabiduría misma quien, mediante esta parábola o historia, os enseña el camino que debemos seguir si queremos llegar a conseguida. Este amigo llama y redobla los golpes y pide reiteradamente, no una sola, sino cuatro o cinco veces, con fuerza e insistencia cada vez mayor, a pesar de lo intempestivo de la hora -cerca de la media noche-, a pesar de estar ya su amigo acostado, a pesar de haber recibido ya una doble o triple repulsa como imprudente e importuno. Hasta que, al fin, importunado por tantas súplicas, el

amigo se levanta, abre la puerta y le da cuanto pedía.

190. He aquí el modo como debemos orar para lograr la Sabiduría, e infaliblemente, más tarde o más temprano, Dios, que quiere ser importunado, se levantará, abrirá la puerta de su misericordia y nos dará los tres panes de la Sabiduría: el pan de vida, el pan del entendimiento y el pan de los ángeles.

He aquí algunas oraciones compuestas por el Espíritu Santo para pedir la Sabiduría (En realidad, el Santo no da aquí sino la oración de Salomón, capítulo 9 de la Sabiduría).

ORACIÓN DE SALOMÓN
PARA OBTENER LA DIVINA SABIDURÍA

191. *¡Oh Dios de mis padres y Señor de misericordia, que hiciste todas las cosas por medio de tu palabra y con tu Sabiduría formaste al hombre para que fuese señor de las criaturas que tú hiciste, a fin de que gobernase la redondez de la tierra con equidad y justicia y ejerciese el juicio con rectitud de corazón! Dame aquella Sabiduría que asiste a tu trono y no quieras excluirme del número de tus hijos, ya que yo soy siervo tuyo e hijo de tu esclava, hombre flaco y de corta edad y poco idóneo aún para entender el derecho y las leyes. Porque, aun cuando alguno de entre los hijos de los hombres fuese un varón consumado, si se ausentare de él tu Sabiduría, no valdría nada* (Sb 9, 1-6).

192. ... *Tu Sabiduría, que conoce tus obras, se hallaba también contigo entonces, cuando criabas el mundo, y sabía lo que era acepto a tus ojos y qué cosa era conforme a tus decretos. Envíala de tus santos cielos y del solio de tu grandeza, para que esté conmigo y conmigo trabaje, a fin de que sepa yo lo que te place, puesto que sabe ella todas las cosas, y todo lo entiende, y me guiará con acierto en mis empresas, y me protegerá con su poder, con lo cual mis obras serán aceptas, y gobernaré con justicia a tu pueblo, y seré digno del trono de mi padre. Porque, ¿quién de los hombres podrá saber los consejos de Dios?, o ¿quién podrá averiguar qué es lo que Dios quiere? Porque tímidos son los pensamientos de los mortales e inciertas o falaces nuestras providencias, pues el cuerpo corruptible apesga al alma y este vaso de barro deprime la mente, ocupada en muchas cosas. Difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la tierra, y a duras penas entendemos las que tenemos delante de los ojos. ¿Quién podrá, pues, investigar aquellas que están en los cielos? Y sobre todo, ¿quién podrá conocer tus designios* o *tu voluntad, si tú no le das Sabiduría y no envías desde lo más alto de los cielos tu Santo Espíritu, con que sean enderezados los caminos de los moradores de la tierra y aprendan los hombres las cosas que a ti placen? Visto que por la Sabiduría fueron salvados, ¡oh Señor!, cuantos desde el principio del mundo te fueron aceptos* (Sb 9, 9-19).

193. A la oración vocal hay que añadir la *oración mental*, que ilumina el espíritu, inflama los corazones y dispone el alma para oír la voz de la Sabiduría, saborear sus dulzuras y poseer sus tesoros.

Personalmente, yo nada encuentro tan eficaz para atraer el reino de Dios, la Sabiduría eterna, a nuestras almas, como el juntar la oración vocal con la mental, recitando el *santo Rosario* y meditando los quince (veinte) misterios que encierra.

CAPÍTULO XVI

Medios de adquirir la divina Sabiduría
(continuación)

Tercer medio la mortificación

1. TE ES NECESARIA LA MORTIFICACIÓN

194. La Sabiduría, dice el Espíritu Santo, no mora en quienes viven a sus anchas (Jb 28, 13) y dan a sus apetitos y a sus sentidos cuanto apetecen, pues quienes viven según la carne no pueden agradar a Dios (Rm 8, 8), ya que la sabiduría de la carne es enemiga de Dios (Rm 8, 7). «Mi espíritu no permanecerá en el hombre porque es carne»: (Gn. 6, 3).

Todos los que pertenecen a Jesucristo, Sabiduría encarnada, tienen crucificada su carne con sus vicios y sus concupiscencias; llevan ahora y siempre en su cuerpo la mortificación de Jesús; se hacen continua violencia, llevan cotidianamente su cruz y, finalmente, están muertos y aun sepultados en Jesucristo. Son palabras del Espíritu Santo que hacen ver con luz meridiana que para poseer la Sabiduría encarnada, Jesucristo, es necesario practicar la mortificación y la renuncia a sí propio y al mundo

(Junta aquí el Santo varios pasajes de la Escritura: Lc 9, 23; Rm 6, 4 y 8; 2 Co 4, 10; Ga 5, 24).

195. No vayáis a pensar que esta Sabiduría, más pura que los rayos del sol, haga su morada en un alma y en un cuerpo mancillados por los placeres de los sentidos. No vayáis a creer que otorga su sosiego, su paz inefable, a quienes aman las compañías y las vanidades del mundo. «Al que venciere, daréle yo mi maná escondido». (Ap 2, 17). Aunque, por su luz infinita, esta amable soberana conoce y distingue en un instante todas las cosas, no obstante busca personas dignas de ella (Sb 6, 17). Busca, porque su número es tan reducido, que apenas si halla algunos suficientemente desprendidos del mundo, suficientemente interiores y mortificados, que sean dignos de ella, dignos de su persona, de sus tesoros y de su amistad.

2. COMO MORTIFICARSE

196. Para comunicarse, la Sabiduría exige no una mortificación a medias, una mortificación de algunos días, sino una mortificación universal y continua, valerosa y discreta.

197. Para poseer la Sabiduría es necesario:

1. Vivir en auténtica pobreza interior y exterior

O renunciar de hecho a los bienes temporales, como hicieron los apóstoles, los discípulos, los primeros cristianos y los religiosos, y éste es el medio más rápido, el mejor y el más seguro para poseer la Sabiduría, o bien, por lo menos, desprender el corazón de esos bienes y poseerlos como si en realidad no se poseyeran, sin afanarse por adquirirlos, sin inquietarse por conservarlos, sin im-

pacientarse ni lamentarse al perderlos, lo cual, ciertamente, es muy difícil de practicar.

2. Romper con lo mundano

198. No hay que adoptar las modas de los mundanos en los vestidos o en los muebles, en las casas, en las comidas y en los demás usos y actividades de la vida (Rm 12, 2). Poner esto en práctica es más necesario de lo que se cree.

3. Romper con las falsas máximas del mundo

199. No deben creerse ni seguirse las falsas máximas del mundo; no se ha de pensar, hablar y obrar como los mundanos. Tienen una doctrina más opuesta a la Sabiduría encarnada que las tinieblas a la luz, que la muerte a la vida. Examinad detenidamente su modo de pensar y sus dichos: piensan y hablan mal de las más sublimes verdades. Cierto es que no mienten abiertamente, pero disfrazan sus mentiras con apariencias de verdad; creen no mentir, pero, sin embargo, mienten. Por lo general no aconsejan abiertamente el pecado; pero le conceptúan como acto de virtud, o de honestidad, o como cosa indiferente y sin consecuencias importantes.

En esta sutileza que el mundo ha copiado del demonio para disimular la fealdad del pecado y de la mentira consiste la malicia de que habla San Juan: «El mundo todo está penetrado del mal espíritu» (1 Jn 5, 19), y ahora más que nunca.

4. Vivir en contacto con la Sabiduría

200. En cuanto es posible, hay que evitar la compañía de los hombres, no sólo la de los mundanos, tan perniciosa o peligrosa, sino también la de las mismas personas devotas, siempre y cuando resulte inútil o sea causa de pérdida de tiempo. Quien desea ser sabio y perfecto debe poner en práctica estas tres palabras de oro que la Sabiduría eterna dijo a San Arsenio: «Huye, ocúltate, calla».

Huye cuanto te sea posible de la compañía de los hombres, como hacían los mayores santos (*De Imitatione Christi,* 1. 1, c. 20). «Que vuestra vida esté escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 3). En fin, guardad silencio con los hombres, para tratar y hablar con la Sabiduría. «Hay quien callando es conocido por sabio» (Si 20, 5).

5. Poner en juego una ascesis cuidadosa

201. Para llegar a poseer la Sabiduría es preciso mortificar el cuerpo, no sólo soportando pacientemente las enfermedades corporales, las inclemencias del tiempo y las molestias que nos causan en vida las criaturas, sino procurándose algunas penalidades y mortificaciones, como ayunos, vigilias y austeridades propias de santos penitentes.

Se necesita valor para ello, porque la carne, por natural inclinación, se idolatra a sí misma, y el mundo considera y desprecia como inútiles todas las mortificaciones corporales. En todo cuanto dice y en todo cuanto hace se propone apartar a los hombres de la práctica de las austeridades de los santos, de cada uno de los cuales se ha dicho en mayor o menor proporción: «El sabio o el santo redujo su cuerpo a servidumbre con vigilias, con ayunos, con disciplinas, por el frío, la desnudez y toda suerte de austeridades; y tenía hecho pacto consigo mismo de no darse reposo en este mundo»

(Lugar común o muy frecuente en las vidas de los santos).

El Espíritu Santo dice de todos los santos que eran «enemigos de la ropa contaminada de su carne» (Judas 23).

6. Unir mortificación interna y externa

202. Para que esta mortificación exterior y voluntaria sea buena es menester unirla con la mortificación del juicio y de la voluntad por medio de la santa obediencia, porque si falta ésta, toda mortificación queda mancillada por la propia voluntad, siendo con frecuencia más grata al demonio que a Dios. Por lo cual no debe hacerse mortificación alguna extraordinaria sin antes pedir consejo: «Yo, la Sabiduría, habito en los buenos consejos» (Pr 8, 12). «El que confía en su propio consejo es un necio» (Pr 28, 26). «El hombre cuerdo, todo lo hace con consejo» (Pr 13, 16). «Tú, hijo, no hagas cosa alguna sin consejo, y no tendrás que arrepentirte después de hecha» (Si 32, 24). Tal es el consejo que nos da el Espíritu Santo (Tb 4, 18).

Por medio de esta obediencia alejamos de nosotros el amor propio, que todo lo malogra; la cosa mas ínfima se convierte en meritoria; queda el alma a salvo de las ilusiones del demonio; alcanzará la victoria sobre todos sus enemigos y llegará de modo seguro, como en sueños, al puerto de salvación.

Cuanto acabo de decir se halla encerrado en este gran consejo: *Déjalo todo, y lo hallarás todo* hallando a Jesucristo, la Sabiduría encarnada

(*De imitatione Chisti,* 1, 2, c. 32).

C A P I T U L O XVII

Medios para adquirir la Divina Sabiduría (fin)

CUARTO MEDIO: UNA TIERNA Y VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

I. *Necesidad de María*

203. He aquí, finalmente, el gran medio y el secreto más maravilloso para adquirir y conservar la divina Sabiduría: una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen.

1. Te es necesaria una verdadera devoción a María

Únicamente de María se puede decir que encontró gracia delante de Dios no sólo para sí, sino para todo el género humano, y que tuvo el poder de encarnar y de dar a luz al mundo a la Sabiduría eterna; más aún: no existe más que ella que, por obra del Espíritu Santo, pueda encarnarla, por decirlo así, en los predestinados.

Los patriarcas, los profetas y los santos del Antiguo Testamento gimieron, suspiraron y pidieron la encarnación de la Sabiduría eterna, pero nadie pudo merecerla. No se halló más que María, que por sublimidad de su vir-

tud llegó hasta el trono de la Divinidad y mereció este bien infinito. Vino a ser la madre, la señora y el trono de la divina Sabiduría.

204. 1º. María es su dignísima Madre, porque la encarnó en su seno y la dio a luz al mundo como fruto de sus entrañas: *Y bendito es el fruto de tu vientre* (Lc 1, 42), *Jesús.* Así, en todo lugar donde esté Jesús, en el cielo, en la tierra, en nuestros sagrarios o en nuestros corazones, se puede afirmar con toda verdad que es el fruto y el producto de María, que sólo María es el árbol de vida y que Jesús es su único fruto.

Por consiguiente, quien desee poseer este fruto admirable en su corazón, debe poseer el árbol que lo produce: *Quien quiera tener a Jesús, debe tener a María.*

205. 2º. María es la Señora de la divina Sabiduría: no que sea superior a esta divina Sabiduría, verdadero Dios, ni que sea igual a Ella -fuera blasfemia el pensado y el decirlo-, sino porque Dios Hijo, la Sabiduría eterna, con haberse sometido en todo a María, como a su Madre, le ha otorgado sobre sí mismo un poder maternal y natural del todo incomprensible, no sólo durante su vida mortal, sino incluso en el cielo, ya que la gloria no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. En virtud de lo cual, Jesús en el cielo es, más que nunca, Hijo de María, y María, Madre de Jesús. En este sentido, María tiene autoridad sobre él, y él, en cierto modo, le está sumiso, porque así lo ha querido; es decir, que María, por su poderosa oración y gracias a su divina maternidad, obtiene de Jesús todo cuanto quiere, lo da a quien quiere y le engendra todos los días en las almas que ella quiere.

206. ¡Oh cuán dichosa es el alma que ha logrado el favor de María! Puede tener la seguridad de poseer muy pronto la Sabiduría, pues como ésta ama a los que la aman, les comunica a manos llenas sus dones, especialmente el bien infinito que encierra todos los demás, Jesús, fruto de su vientre.

207. Si con toda verdad podemos decir que María es, en cierto sentido, la señora de la Sabiduría, ¿qué debemos pensar de su poder sobre las gracias y dones de Dios y de la libertad que goza para distribuidas a quien le plazca? Al decir de los Santos Padres, María es el océano inmenso de las grandezas de Dios, el depósito de todos sus bienes, el tesoro inagotable del Señor y la tesorera y dispensadora de todos sus dones. Es voluntad de Dios que, después que le ha dado su propio Hijo, lo recibamos todo de su mano y *no descienda a la tierra don celestial alguno que no pase por ella como por un canal.* Todo lo hemos recibido de su plenitud, y si se halla en nosotros alguna gracia, alguna esperanza de salvación

(San Bernardo, *De aquaeductu: In nativitate V. Mariae* (ML 183, 441)),

es un don de Dios que viene *por ella.* Tan dueña es María de los bienes de Dios, que da a quien quiere, cuanto quiere, cuando quiere y como quiere todas las gracias de Dios, todas las virtudes de Jesucristo y todos los dones del Espíritu Santo, todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Así opinan y lo declaran los Santos Padres, cuyos textos latinos no transcribo para abreviar

(En *La verdadera devoción,* n. 26, remite Montfort a los testimonios recogidos por el P. Poiré en su *Triple Corona de la Santísima Virgen.* Hoy se hallarán más numerosos y más críticamente escogidos, v. gr., en el P. Pablo Villada, *Por la definición dogmática de la mediación universal...,* 2.ª ed. (Madrid 1917), y en cualquier *Mariología:* Alastruey, Bover, García Garcés...).

Pero, cualesquiera que sean los dones de esta soberana y amable Princesa, no se da por satisfecha hasta habernos dado la Sabiduría encarnada, su hijo Jesús, *y está siempre ocupada buscando almas dignas de la Sabiduría, a fin de comunicársela.*

208. 3º. María es también el trono real de la Sabiduría eterna. En ella muestra la Sabiduría sus grandezas, exhibe sus tesoros y pone sus delicias; y no existe otro lugar en el cielo ni en la tierra donde la Sabiduría eterna derroche tanta magnificencia y se complazca tanto como en la incomparable María. Por esta razón, los Santos Padres la llaman santuario de la Divinidad, descanso y satisfacción de la Trinidad Santísima, trono de Dios, ciudad de Dios, altar y templo de Dios, mundo y paraíso de Dios. Todos estos epítetos y alabanzas son muy verdaderos en relación con las grandes maravillas que el Altísimo ha obrado en María.

209. Sólo, pues, por María se puede obtener la sabiduría.

Pero si se nos otorga un don tan grande como este de la Sabiduría, ¿dónde lo colocaremos? ¿Qué casa, qué sitial, qué trono ofreceremos a esta Princesa tan pura y resplandeciente, ante la cual los rayos del sol no son sino fango y tinieblas? Tal vez se me responda que sólo pide nuestro corazón, que se lo hemos de dar y que en él conviene colocarla.

210. Mas ¿ignoramos acaso que nuestro corazón está manchado, es impuro, carnal y lleno de toda clase de pasiones, y que, por tanto, es indigno de albergar a una moradora tan santa y tan noble, y que aun cuando tuviéramos cien mil corazones como el nuestro y se los ofreciéramos para formar con ellos un trono, con toda justicia ella despreciaría nuestros ofrecimientos, se haría sorda a nuestra solicitud e incluso nos acusaría de temeridad e insolencia por pretender alojar a Su Majestad en lugar tan infecto e indigno?

211. ¿Qué hacer, pues, para transformar nuestro corazón en morada digna de la Sabiduría?

He aquí el gran consejo, he aquí el secreto admirable: *Introduzcamos, por decirlo así, a María en nuestra casa, consagrándonos a ella sin reserva alguna, en calidad de siervos y esclavos suyos.* Desprendámonos entre sus manos, y en honor suyo, de cuanto más amamos, *no reservándonos nada;* y esta buena Señora, que jamás se ha dejado vencer en generosidad, *se dará a nosotros,* de manera incomprensible, pero verdadera, y la Sabiduría eterna vendrá a morar en ella como en su resplandeciente trono.

212. 4º. María es imán sagrado que en cualquier lugar

atrae a la Sabiduría eterna con tanta fuerza, que no la puede resistir. Este imán la atrajo a la tierra para bien de todos los hombres, y cada día sigue atrayéndola a cada una de las almas en que ella está.

Si una vez tenemos a María en nuestra alma, fácilmente y en poco tiempo tendremos, mediante su intercesión, a la Sabiduría eterna.

Entre todos los medios para poseer a Jesucristo, María es el *más seguro,* el *más fácil,* el *más corto* y el *más santo.* Aun cuando hiciéramos las más espantosas penitencias y emprendiéramos los viajes más penosos y los mayores trabajos, y aun cuando derramásemos toda nuestra sangre por adquirir la divina Sabiduría, si nuestros esfuerzos no fueren acompañados de la intercesión y la devoción a María, serían incapaces e inútiles para conseguirla. Pero si María pronuncia una palabra en nuestro favor, si su amor mora en nosotros, si nos hallamos marcados con el sello de los fieles siervos suyos que observan sus leyes, pronto y sin fatiga tendremos la divina Sabiduría.

213. 5º. Notad que María no solamente es Madre de Jesús, cabeza de todos los elegidos, sino que también es [la Madre] de todos sus miembros, de forma que ella es quien los *engendra,* los *lleva* en su seno y los da a la *luz* de la gloria, mediante las gracias de Dios que ella les comunica. Esta es la doctrina de los Santos Padres, entre otros San Agustín, el cual dice que María lleva en su seno a los elegidos y que no les da a luz sino cuando entran en la gloria (No hallamos en San Agustín este pasaje). Además, es a María a quien Dios ha ordenado el habitar en Jacob, el tomar por herencia a Israel y el arraigar en medio de sus escogidos y de sus predestinados.

214. De estas verdades debemos concluir:

1º. que en vano se gloría de ser hijo de Dios y discípulo de la Sabiduría quien no es hijo de María;

2º. que para pertenecer al número de los elegidos es menester que María habite y eche sus raíces en nosotros mediante una tierna y sincera devoción hacia ella;

3º. que a ella le toca engendrarnos a nosotros en Jesucristo, y a Jesucristo en nosotros hasta su perfección y la plenitud de su edad, de manera que puede decir de sí misma con más verdad que San Pablo: «Hijitos míos, yo os engendro todos los días hasta que Jesucristo (mi Hijo) sea perfectamente formado en vosotros» (Gl 4, 19).

2. En que consiste la Verdadera Devoción a María

215. Tal vez alguno, deseoso de ser devoto de la Santísima Virgen, me pregunte en qué consiste la verdadera devoción a María Santísima. Respondo en pocas palabras que consiste en un gran *aprecio* de sus grandezas, en un gran *agradecimiento* a sus beneficios, en un gran *celo* por su gloria, en una *invocación* continua de su ayuda, en una *total dependencia* de su autoridad y en una firme y tierna *confianza* en su bondad maternal.

216. Hay que guardarse de las falsas devociones a la Santísima Virgen, de las cuales se sirve el demonio para engañar y condenar a muchas almas. No me detendré en describirlas minuciosamente; me basta decir que la verdadera devoción a la Santísima Virgen:

1º. es siempre *interior,* sin hipocresía ni superstición;
2º. *tierna,* sin indiferencia ni escrúpulo;
3º. *constante,* sin cambios ni infidelidad;
4º. *santa,* sin presunción ni desorden.

217. No hay que ser del número de

a) esos falsos devotos *hipócritas* que hacen consistir su devoción únicamente en las palabras y en el exterior.

b) Tampoco hay que pertenecer al número de los devotos *críticos* y escrupulosos, que temen tributar excesivo honor a la Santísima Virgen y deshonrar al Hijo honrando a la Madre.

c) No hay que ser tampoco de esos devotos *indiferentes e interesados,* que no tienen amor tierno y filial confianza hacia la Santísima Virgen y que sólo recurren a ella cuando se trata de la adquisición de bienes temporales y de su conservación.

d) Ni tampoco como esos devotos *inconstantes y superficiales,* que sólo son devotos de María por ímpetus y a intervalos y que abandonan su servicio en el momento de la tentación.

e) Finalmente, es preciso evitar el pertenecer al número de los devotos *presuntuosos,* que con el velo de algunas devociones exteriores que practican encubren un corazón corrompido por el pecado y que se imaginan que, gracias a estas prácticas de devoción a la Santísima Virgen, no morirán sin confesión y se salvarán, por numerosos que sean los pecados que cometan.

218. No hay que descuidar el alistarse en las cofradías de la Santísima Virgen, sobre todo en la del Santo Rosario, con el fin de cumplir las obligaciones que impone, las cuales son sumamente útiles para la santificación.

219. Pero la más *perfecta* y la *más útil* de todas, las devociones a la Santísima Virgen es la de *consagrarse enteramente a ella y a Jesús por ella en calidad de esclavo, haciéndole entera y perpetua entrega de su cuerpo, de Su alma, de sus bienes exteriores e interiores, de sus satisfacciones y de los méritos de sus buenas obras y del derecho de disponer de ellos; en fin, de todos los bienes recibidos en el pasado, de los que se poseen en el presente y de los que se poseerán en el futuro.* Como son muchos los libros que tratan de esta devoción, me basta afirmar que jamás he encontrado práctica de devoción a la Santísima Virgen:

a) *más sólida,* ya que se apoya en el ejemplo de Jesucristo:
b) *más gloriosa* para Dios,
c) *más provechosa para el alma,*
d) *más terrible* para los enemigos de la salvación y,
e) finalmente, *más dulce y más fácil.*

220. Esta devoción, fielmente practicada, no solamente atrae a Jesucristo, la Sabiduría eterna, al alma, sino que la *mantiene* y *conserva* en ella hasta la muerte. Porque decidme: ¿de qué nos servirá buscar mil secretos y emplear mil esfuerzos para poseer el tesoro de la Sabiduría, si después de haberlo obtenido tenemos la desgracia de perderlo por nuestra infidelidad, como le sucedió a Salomón? El, que fue tan sabio, como nosotros quizá no llegaremos jamás a serlo, y, por lo mismo, más fuerte y más advertido que nosotros, fue, no obstante, engañado, fue vencido y cayó en el pecado y en la locura, y cuantos le han sucedido han quedado doblemente asombrados de sus luces y de sus tinieblas, de su sabiduría y de la locura de sus pecados. Puede decirse que, si su ejemplo y sus libros animaron a todos sus descendientes a desear y a buscar la Sabiduría, su caída cierta o, al menos, la duda bien fundada que de ella ha quedado, ha retraído a infinidad de almas de buscar una cosa muy hermosa ciertamente, pero muy fácil de perder.

221. Para ser, pues, en cierto modo más sabios que Salomón es necesario poner en manos de María todo lo que poseemos, hasta el mismo *Jesucristo*, tesoro de los tesoros, a fin de que nos lo conserve. Somos vasos demasiado frágiles; no pongamos en ellos este precioso tesoro y este maná celestial. Son muchos los enemigos que nos rodean, demasiado astutos y experimentados; no confiemos, pues, en nuestra prudencia y fortaleza. Demasiada experiencia tenemos ya de nuestra inconstancia y de nuestra natural liviandad; desconfiemos de nuestra prudencia y de nuestro fervor.

222.

a) María es *prudente:* pongámoslo todo en sus manos; ella sabrá disponer de nosotros y de cuanto nos pertenece para mayor gloria de Dios.

b) María es *caritativa:* nos ama como a hijos y servidores suyos; ofrezcámosle todo; nada perderemos en ello, ya que todo lo hará redundar en provecho nuestro.

c) María es *generosa:* devuelve más de lo que se le confía; démosle cuanto poseemos, sin reserva alguna, y recibiremos el ciento por uno.

d) María es *poderosa:* nadie puede arrebatarle lo que se le ha confiado en custodia; pongámonos en sus manos, que ella nos defenderá y con su ayuda saldremos victoriosos de todos nuestros enemigos.

e) María es *fiel:* no se le extravía ni pierde nada del depósito que se le confía. Es por excelencia la *Virgen fiel* a Dios y fiel a los hombres. Guardó y conservó fielmente todo lo que Dios le confió, sin perder una partícula, y sigue custodiando con especial esmero a todos aquellos que se hallan por completo bajo su protección y tutela.

Confiemos, pues, todas nuestras cosas a su fidelidad; cojámonos a ella como a una columna que no puede ser derribada, como a una áncora que no puede ser arrancada, o mejor aún, como la montaña de Sión, que nadie puede conmover.

Por muy ciegos, por muy débiles e inconstantes que seamos por naturaleza y por numerosos y malignos que sean nuestros enemigos, jamás seremos engañados ni nos extraviaremos y jamás tendremos la desdicha de perder la gracia de Dios y el tesoro infinito de la Sabiduría eterna.

CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO A JESUCRISTO, LA SABIDURÍA ENCARNADA, POR MEDIO DE MARÍA

223. ¡Oh, sabiduría eterna y encarnada! ¡Oh, amabilísmo y adorable Jesús, verdadero Dios y hombre, Hijo único del Padre Eterno y de María, siempre Virgen! Os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre, durante la eternidad, y en el seno virginal de María, vuestra dignísima Madre, en el tiempo de vuestra Encarnación.

Os doy gracias porque os habéis anonadado y tomado la forma de esclavo para sacarme de la cruel esclavitud del demonio,

Os alabo y glorifico, porque os habéis sometido a María, vuestra Santa Madre, en todo, a fin de hacerme por Ella vuestro fiel esclavo. Pero ¡ay! ingrato e infiel como soy, no he cumplido mis deberes, no *he cumplido los votos* y *promesas que tan solemnemente hice en el bautismo,* no he merecido ser llamado vuestro hijo ni vuestro esclavo; y como nada hay en mí que no merezca vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo a acercarme por mí mismo a vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo a acercarme por mí mismo a vuestra Santísima Augusta Majestad.

Por esto he recurrido a la intercesión de vuestra Santísima Madre, que Vos me habéis dado como mediadora para con Vos, y por este medio espero obtener de Vos la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

224. Os saludo, pues, ¡Oh, María Inmaculada! Tabernáculo viviente de la Divinidad, en donde la Sabiduría eterna escondida quiere ser adorada por los ángeles y los hombres, os saludo, ¡oh Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está sometido todo cuanto está debajo de Dios. Os saludo, ¡oh refugio seguro de los pecadores!, cuya misericordia no falta a nadie; escuchad los deseos que tengo de la divina Sabiduría y recibid, para ello, los votos y las ofertas que mi bajeza os presenta.

225. Yo (nombre) .... pecador infiel, renuevo y ratifico hoy en vuestras manos los votos de mi bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me entrego enteramente a Jesucristo, Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz tras El, todos los días de mi vida; y a fin de que le sea más fiel de lo que he sido hasta ahora, os escojo hoy, ¡oh, María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora; os entrego y consagro en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, otorgándoos entero y pleno derecho de mí y de todo

lo que me pertenece, sin excepción, a vuestro agrado, a la mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad.

226. Recibid ¡oh, Virgen benignísima!, esta pequeña ofrenda de mi esclavitud, en honor y unión de la sumisión que la Sabiduría encarnada quiso observar para con Vuestra Maternidad, en homenaje del poder que ambos tenéis sobre este pequeño gusano y miserable pecador, en acción de gracias por los privilegios con que os dotó la Santísima Trinidad. Protesto que para adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro, procurar vuestra honra y obedeceros en todo. ¡Oh, Madre admirable! Presentadme a vuestro Hijo en calidad de eterno esclavo, a fin de que, pues me rescaló por Vos, me reciba de vuestras manos.

227. ¡Oh, Madre de misericordia! Hacedme la gracia de alcanzarme la verdadera Sabiduría de Dios y de colocarme, a este efecto, en el número de los que amáis, enseñáis, guiáis, alimentáis y protegéis como hijos y esclavos vuestros. ¡Oh, Virgen fiel! Hacedme en todo tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, vuestro Hijo, que por vuestra intercesión llegue, a imitación vuestra, a la plenitud de la perfección sobre la tierra y de gloria en los cielos. Así sea.

El que pueda entender esto, que lo entienda
(Mt 19, 12).

Que los sabios y prudentes entienden este mensaje
(Os 14, 10).

D I O S S O L O

* * *

EPÍLOGO

del P. Batista Cortinovis, s,m.m. postulador de la causa en pro de declarar Doctor de la Iglesia a San Luis María Grignion de Montfort, escribió una INTRODUCCIÓN para una edición del AMOR de la SABIDURÍA que no llegó a publicarse.

Por su profundo contenido comentando las ideas del Santo, nos ha parecido conveniente dar luz a estas páginas ofreciendo a vosotros, devotos del libro que acabáis de leer y meditar, ese texto.

ÍNDICE

* **

1. Presentación

¡Conocer a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saber suficiente; saber todo, y no conocerle, es no saber nada!

¿Quién sabría atribuir esta frase, determinante y provocadora, a San Luis María? El es conocido habitualmente por *el Tratado de la Verdadera devoción a María*, es decir por su doctrina mariana. Pocos conocen las enseñanzas espirituales y los escritos que sirven de contexto al *Tratado.* Como inscripciones esculpidas en la roca, se encuentran todavía en las obras de Montfort frases como: “Dios solo”. “La Sabiduría es para el hombre y el hombre para la Sabiduría”. “La Sabiduría es la cruz y la cruz es la Sabiduría”.

De todos es conocido su: “A Jesús por María”, sin embargo el acento viene puesto a menudo, todavía, sobre María. Ahora bien, es verdad que la enseñanza sobre la presencia y la función de María en la historia de la salvación y en nuestra misma vida del espíritu, es capital para Montfort, pero es únicamente para conducirnos a Jesucristo, para colmarnos del Espíritu Santo y para estar en perfecta comunión con el Padre.

Quien conoce y vive la total consagración a Jesucristo por manos de María, propuesta por Montfort, sabe que esta práctica espiritual está presentada como una renovación de las promesas bautismales, donde renunciamos al mal y nos entregamos enteramente a Jesucristo, para lle-

var cada día con él la propia cruz, perseverando con fidelidad, a la mayor gloria de Dios.

Los temas son pues de gran consuelo, Se configura la trama de un completo itinerario de fe cristiana, mucho más allá de una simple devoción mariana. Se podía intuir que tras el *Tratado, hubiera* otra cosa más: otros escritos, elección de vida, enseñanzas de Montfort. Entre ellos, *El Amor de la Sabiduría eterna,* Ahora parece lógico, mas antes no se había pensado en ello o al menos no se le había dado la importancia debida.

¡Del caso humano e histórico de San Luis María Grignion de Montfort emerge siempre algo curioso, extraño, providencial! Montfort muere con sólo 43 años, en 1716. Sus escritos -viviendo el autor- permanecieron generalmente inéditos y a menudo inacabados. La obra mayor, por su volumen, son los *Cánticos,* Más de 20.000 versos, utilizados en la predicación de las misiones al pueblo. En cuanto al resto, nada de voluminoso; solo escritos breves, apresurados, pero densos de doctrina, inspirados y profundos, como los de los grandes profetas que te hablan en nombre de Dios y conmueven el alma.

Así ha sido para *el Tratado de la Verdadera devoción a María,* un librito de nada, permanecido escondido hasta 1842, que ha dado después la vuelta al mundo en un tiempo record, traducido a decenas de lenguas, alimentando la fe de la gente sencilla, saciando la sed de perfección de muchas almas, inspirando a fundadores, animando a apóstoles, formando santos.

Sólo después de la publicación del *Tratado* se pensó en editar *El Amor de la Sabiduría eterna.* Han transcurrido 140 años desde aquella primera edición, mas la obrita es todavía desconocida. Sin embargo, la fuerza no es menor y los contenidos son por el contrario más vastos, suministrando el cuadro general de la enseñanza espiritual de Grignion de Montfort.

2. Dios nos ama primero

La fecha de composición *del Amor de la Sabiduría eterna* no es conocida con certeza. Con buenas razones se hace la hipótesis del 1703-1704. Montfort tenía por lo tanto sólo 30 años, pero estaba viviendo un período difícil. Era sacerdote desde hacía varios años, pero todavía no había encontrado un modo satisfactorio de serlo. Quería llegar al pueblo, especialmente a los pobres, pobre él mismo. Deseaba predicar misiones y enseñar el catecismo. No quería colocarse en una cómoda posición; prefería ser itinerante, siempre pronto a emprender algo por Dios. Mas el entusiasmo de los primeros años se encontró con numerosas dificultades, incomprensiones y oposiciones. Era la crisis. Y Montfort sintió la necesidad de volver a comenzar desde Dios. Releyendo los cuadernos de los apuntes tomados en el seminario, vuelve a tomar con fuerza su “Dios solo”.

Y vuelve a aparecer el Dios-Sabiduría, lleno de misericordia, que nos ama el primero y viene en búsqueda de cada uno de nosotros, como un enamorado para su enamorada. En los autores espirituales -como Suso, Boudon y Saint-Jure- había leído sobre este amor de Dios llevado al exceso. Ahora lo volvía a meditar de forma nueva, a la luz de la difícil experiencia vivida. Se había establecido en París por algunos meses, en la soledad de un cuartucho y frecuentando los jesuitas de una comunidad vecina. De la Biblia le inspiran de un modo particular los libros sapienciales. Reconstruyó a su gusto la historia del amor de Dios por la humanidad.

La Sabiduría eterna en el seno del Padre, como suprema belleza, reflejo de la luz perenne e imagen de la bondad de Dios (nn. 16-19); la misma sabiduría que resplandece en la creación del mundo (nn. 31-34) y sobre todo en su imagen viviente, que es el hombre (nn. 35-38). Destruido por el pecado, la obra maestra de Dios ahora rota, encuentra sólo en la Sabiduría el amor incomprensible que se estimula hasta el exceso y decide salvar al hombre que ama (nn. 39-46). Montfort siente que este sol del amor de Dios por nosotros vuelve a iluminar su misma vida y a calentar su soledad. Hojeando el texto sagrado, vuelve a encontrar en el Antiguo Testamento los gestos de amor de la Sabiduría; compara la palabra de Ella con la carta de una enamorada a su amante y ve a esta Sabiduría correr por el mundo en busca del hombre, deseosa de amarlo y de hacerlo feliz (nn. 47-73).

3. El Amor de Jesucristo

Por último, “el turbulento río de la infinita bondad de Dios, desemboca en el misterio de la Encarnación; ¡la Sabiduría se construyó una casa... creó y formó a la divina María... obra maestra del Altísimo, milagro de la Sabiduría increada, prodigio de la omnipotencia, abismo de gracia!” En ella se cumple “la más alta maravilla del cielo y la tierra, el prodigioso exceso del amor de Dios” y la Sabiduría eterna y encarnada, el Verbo de Dios se ha hecho hombre, Jesucristo, Salvador (nn. 104-108).

Brevísimamente, Montfort reescribe de su puño y letra la vida de Jesús de Nazaret, como para hacerla suya de una vez, firmándola personalmente y transformándola en profesión de fe (nn. 109-116). Después se abandona finalmente a la contemplación de Jesucristo. La Sabiduría encarnada se le aparece bajo una nueva luz, quizá más verdadera que aquella transmitida por los libros de teología. En primer plano están la belleza, la dulzura y la misericordia de Jesucristo, rostro del amor de Dios para nosotros, aparecido de modo suave y benigno, tierno como un esposo, dulce como un amigo (nn. 117-132). Pasan delante de los ojos las imágenes del buen pastor, del amigo de los pecadores, de los pobres y de los niños, siempre pronto a aliviar, curar y animar. Esta Sabiduría eterna “nos ha amado y nos ama más que a su vida; su belleza y dulzura sobrepasan lo que hay de más bello en el cielo y en la tierra” (n. 131).

¿Y las palabras de Jesús? ¡Qué tesoro! Montfort las llama “oráculos de la Sabiduría” (nn. 133-152). Las transcribe una tras otra, recogiéndolas como piedras preciosas. ¡Bienaventurados los que acogen estas palabras de la Sabiduría y las ponen en práctica! ¡Bienaventurados los que las enseñan a los otros! “Ellos brillarán como las estrellas en el cielo por toda la eternidad” (n. 153). A Montfort le parece que la verdadera alegría espiritual puede venir só-

lo de "esta ciencia de los santos", aprendida directamente del maestro de la Sabiduría y saboreada en la experiencia personal.

4. La Sabiduría y la cruz

La pasión y muerte de Jesús son la prueba suprema del amor de Dios por nosotros. "Nadie tiene un amor más grande que éste: dar la vida por los propios amigos" (Jn. 15, 13). Montfort escribe que la razón más fuerte que nos debe llevar a amar a Jesús, Sabiduría encarnada, "es aquella de los dolores sufridos al certificarnos su amor" (n. 154). Citando a San Lorenzo Justiniano, como explicación de las exclamaciones de Jesús en la cruz "Tengo sed", Montfort dice: "Esta sed nacía del ardor de su amor, del manantial y de la abundancia de su caridad. Tenía sed de nosotros y ansiaba entregarse a nosotros y sufrir por nosotros" (n. 165).

El tema de la cruz es repetitivo en la enseñanza espiritual de Grignion de Montfort. La experiencia del sufrimiento bajo la forma de privaciones, penitencias, enfermedades y hasta de incomprensiones y oposiciones, había marcado su vida, llevándole a descubrir el misterio de la cruz como un secreto de santidad. Ya de seminarista había leído y meditado *La Santa vida de la cruz* de Henri-Marie Boudon. En esta obra se explicaba cómo la Sabiduría encarnada había escogido el camino de la cruz para salvarnos y este mismo camino había sido recorrido por los santos.

Los acentos usados por Montfort en *El Amor de la Sabiduría eterna* para hablar de la cruz de Jesucristo, tienen un sabor místico (nn. 167-172). "Un Jesús que busca la cruz, la desea, corre a su encuentro, hasta morir en los brazos de esta amiga suya, como sobre un lecho de honores y de triunfos" (n. 171). Es el amor nupcial que triunfa en la cruz, capaz de hacer gloriosas las ignominias, ricas la desnudez y la pobreza, agradables los dolores.

Y de la cruz gloriosa y del misterio pascual en el que hemos sido bautizados, parte nuestro camino espiritual, desde la primera conversión hasta la perfecta santidad. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga" (Mt 16, 24). Es para responder al amor de Dios. Más bien, para aprender a amar como Dios ama, un amor a fondo perdido, sin esperar recompensa, excesivo y loco -dicen los místicos- porque va más allá de lo razonable: es la Sabiduría de Dios, tenida por locura por el mundo. La búsqueda de la verdadera Sabiduría para el mundo nos lleva a la cruz, ya que la Sabiduría ha establecido que su morada está como incorporada y unida a la cruz. Montfort dice claramamente "la Sabiduría es la cruz y la cruz es la Sabiduría".

5. El camino de la cruz

De la experiencia de la cruz y del sufrimiento hecha en la propia vida, Montfort había sacado también una práctica pastoral. Ya en los primeros años del sacerdocio se había puesto al servicio de los pobres, excluidos de la sociedad y recluidos en los grandes hospitales. En Poitiers se convierte en capellán, catequista, director espiritual y, más todavía, amigo, pobre como ellos, mal mirado como ellos. En aquel ambiente de miseria y de sufrimiento fabrica una cruz y la expone en una sala después de haber escrito sobre ella un programa de vida, todo centrado en la cruz, la de Jesús y la del cristiano.

- "Renúnciate a ti mismo
- Lleva tu cruz para seguir a Jesucristo
- Si os avergonzáis de la cruz de Jesucristo,
  Él se avergonzará de vosotros
  delante de su Padre
- Amor de la cruz
- Desprecios
- Ultrajes
- Oprobios
- Humillaciones
- Enfermedades
- Viva su cruz
- Humildad
- Deseo de la cruz
- Dolores
- Afrentas
- Persecuciones
- Calumnias
- Viva Jesús
- Amor divino
- Sumisión
- Paciencia
- Obediencia entera, pronta, gozosa, ciega y perseverante".

En los años siguientes, predicando misiones al pueblo, Montfort reservará un puesto especial a la Cruz. Presenta el misterio en sus sermones e invita a contemplar el crucifijo; lo hace él mismo cara al público, provocando lágrimas de conversión en los fieles. Instituye confraternidades con el nombre de "Amigos de la Cruz", o "Hijas de la Cruz". Tiene la costumbre, al final de una misión de plantar una gran cruz en el pueblo, o sobre una colina cerca de la población o construir un calvario. La cruz se convierte en la síntesis del misterio de nuestra salvación, garantía de conversión y medio de perseverancia en los frutos de la misión.

El breve texto de *la Cruz de Poitiers* se verá desarrollado también en otro escrito: *La Carta a los Amigos de la Cruz*. Montfort traza allí un itinerario de fe, válido para todo cristiano. La primera y fundamental elección, en el momento del bautismo: o con Jesús o con el mundo. Son los dos caminos, los dos partidos, las dos sabidurías. Después, las diversas formas bajo las cuales se presenta: humillaciones, ultrajes, enfermedades. Y por fin, los medios para aprender a llevar la cruz: humildad, paciencia, obediencia.... De esta ascética encontramos los fundamentos aquí en *El Amor de la Sabiduría eterna.*

La Cruz es "el distintivo, el carácter y el arma de todos los elegidos" (n. 173). El discípulo de Jesús lleva la Cruz en la frente, sobre las espaldas y en el corazón. En la cruz están encerradas tantas riquezas de gracia y de vida; pero ella es un misterio y se revela sin secretos sólo a quien se hace humilde, pequeño, mortificado, despreciado del mundo, y "sólo después de muchas plegarias, deseos y súplicas" (n. 175). La vida de los santos es un ejemplo: Pedro, Pablo, Teresa de Avila y Juan de la Cruz, María Magdalena de Pacis ... La cruz nos hace semejantes a Jesucristo, nos hace hijos dignos del Padre, ilumina nuestro espíritu, se convierte en alimento, testimonio de amor, "es manantial abundante, es toda dulzura y consolación, generadora de alegría, de paz y de gracia en el alma" (n. 176).

6. Para obtener la Sabiduría

"Dios tiene su Sabiduría, y ella es la única y verdadera para amar y buscar como un gran tesoro" (n. 74) "Ah, si conociéramos qué significa este infinito tesoro de la Sabiduría hecho para el hombre... suspiraríamos noche y día por ella" (n. 73). Uno de estos suspiros está registrado en la carta de Montfort a María Luisa Trichet, justo de aquel período: "¿Oh, cuándo poseeré esta amable y desconocida Sabiduría? ¿Cuándo vendrá a habitar cerca de mí?... Oh, ¿quién me dará en alimento, aquel pan del intelecto con el cual ella alimenta a sus grandes almas? ¿Quién me hará beber aquel cáliz con que desaltera a sus siervos? Ah, ¿cuándo estaré crucificado y perdido para el mundo?" (Carta 16).

"Jesucristo, Sabiduría eterna, es todo lo que tú puedes y debes desear. Ten deseo de El y vete en su búsqueda. Él es, en efecto, la perla incomparable y preciosa por cuya adquisición tienes que vender todos tus bienes" (n. 9). "¿Queremos de verdad poseer la vida eterna? Aprendamos a conocer la Sabiduría eterna. ¿Queremos tener la perfección de la santidad en este mundo? Tratemos de conocer la Sabiduría" (n. 11), Con estos deseos de la Sabiduría, Montfort había iniciado su escrito. Ahora es tiempo de indicar los "medios para adquirir la Sabiduría eterna.

Medios, no tanto en el sentido de instrumentos, sino como medium, lugar de intercambio, como habitat, como lugar habitado por Dios, de modo que si alguno se pone en contacto con este "lugar intermedio", se pone en contacto con el mismo Dios. Un medium que puede ser una persona, o un gesto interior, una actitud, una experiencia espiritual.

Un ardiente deseo de la Sabiduría

Un deseo que no solo es fruto de nuestra voluntad, sino que a su vez es un "gran don de Dios", recompensa para quien observa fielmente sus mandamientos (n. 182). "Salomón, modelo dado a nosotros por el Espíritu Santo en la adquisición de la Sabiduría, no la recibió sino después de haberla deseado, buscado y pedido largo tiempo". Como Salomón, debemos ser "hombres de deseo, para obtener este gran tesoro de la Sabiduría" (n. 183). Es el lenguaje de los místicos, el deseo, el suspiro, la espera de Dios es ya una experiencia espiritual. Significa ponerse en nuestro puesto de criatura ante el creador, de quien es nada ante el Todo, de quien no es, ante el Que es. Es el primer mandamiento: sólo Dios es Dios y no nosotros. Es la humildad que es la verdad. "El principio de la Sabiduría es el temor de Dios" (Pr 1, 7), un temor que es reconocimiento de Dios como Dios. Desear y reconocer de no ser y de volver a ser. Es ya una simiente de presencia que espera ser reconocida y escuchada de modo explícito y pleno. El deseo de Dios y la admisión de la criatura, limitada y pecadora; es por lo tanto una confesión del pecado, conversión al Creador y profesión de fe en Dios. Por tanto, el deseo de la Sabiduría es un medio para obtenerla; es un medium, es una actitud espiritual, un estado de vida, un "lugar" ya habitado por la Sabiduría. Quien vive el deseo de la Sabiduría, no hace la experiencia; ya la ha obtenido. Además Dios es para nosotros la respuesta a nuestra sed, y al mismo tiempo provocación de otra sed de El. De deseo en deseo, acosado e impulsado hacia la plena comunión con Dios.

Una oración contínua.

"La oración es el canal ordinario por el cual Dios comunica sus gracias, de modo especial la Sabiduría" (n. 184). ¿Queremos encontrar la Sabiduría? La debemos buscar llamando a la puerta, pidiéndola con insistencia; así han hecho las almas santas, Salomón, la Virgen María. La oración continua no es la recitación continua de oraciones, sino una vida vivida continuamente en la fe. "La fe pura es el principio y el efecto de la Sabiduría en nuestra alma; cuanta más fe se tiene, más se tiene la Sabiduría; cuanta más Sabiduría se tiene, más fe se tiene. El justo o el sabio no vive más que de la fe" (n. 187). La oración es escucha de Dios, reconocimiento y acogida de su presencia, búsqueda de su voluntad. Por lo tanto, es obediencia a Dios. Como ha hecho Jesús, que ha venido para hacer la voluntad del Padre; como María, que se ha definido "la sierva del Señor" mientras daba su libre consentimiento a la presencia en ella del Verbo de Dios hecho carne. Vivir de oración es tener el corazón puro y la mirada límpida de forma de saber ver a Dios en la vicisitud humana, nuestra y de nuestro prójimo. Bienaventurados los puros de corazón, porque saben ver a Dios (cf. Mt 5, 8). Ven y sienten su presencia, viven ya en Él. "Quien quiera obtener la Sabiduría debe pedirla día y noche, sin cansarse y sin desanimarse" (n. 188). Vivir de petición día y noche, con perseverancia. Es aún la espera de Dios, el cual no desilusionará, ya que se comunicará al alma. De su parte, el alma debe saber que si recibiera la Sabiduría, sólo tras años de petición, o sólo al final de la vida, después de haber buscado, rebuscado e intentado merecerla, con fatigas y cruces "no le es dada por justicia, como una recompensa, sino por pura misericordia como una limosna". El místico hace la experiencia de su propia nada. Vivir de pura petición: Dios está ya en el deseo de la respuesta. La oración continua es por lo tanto otro "lugar de presencia", otro médium de Sabiduría. "Dios de los padres y Señor de la misericordia, envía tu Sabiduría de los santos cielos, envíala de tu trono glorioso para que me asista y afiance en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato" (Sb 9, 1. 10).

Una mortificación universal.

Vuelve el misterio de la cruz. "La Sabiduría no se encuentra en la tierra para quien vive cómodamente... Los que son de Cristo Jesús, la Sabiduría encarnada, han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos llevan siempre y a todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús; se hacen continua violencia, llevan la cruz todos los días" (n. 194). Los Apóstoles y los primeros cristianos y los santos han abandonado los bienes de este mundo para poseer la Sabiduría. Es necesario el desapego físico o al menos del corazón. Para seguir la Sabiduría del Evangelio, no hay que conformarse a la moda del mundo, ni exterior ni interior. Esto llevará a vivir a contracorriente. Son pues previsibles las incomprensiones, las persecuciones. Exac-

tamente como ha ocurrido a Jesucristo. La cruz ha sido la consecuencia de sus elecciones.

Montfort amonesta que "llevar su cruz" como un conjunto de mortificaciones, en el cuerpo y en el espíritu, no es algo negativo, sino más bien, como condición para dejar espacio a la Sabiduría: "Deja todo, y encontrando a Cristo, la Sabiduría encarnada, encontrarás todo" (n. 202). El médium que es el mismo Jesucristo. Aceptando las incomprensiones, las contradicciones, los sufrimientos, los desapegos, la cruz... demuestras haber hecho la misma elección que Jesucristo, de hacerte conforme a Él, de vivir en comunión con Él, que es la misma Sabiduría. Vive por tanto de Él y serás poseído por la Sabiduría.

Un cuarto medio especial: María.

"He aquí el mayor medio, el más maravilloso de los secretos para poseer y conservar la divina sabiduría: una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen". Es naturalmente para ir a Jesús, El sólo es la Sabiduría; es para llevar la propia luz cada día, sólo así se vive la Sabiduría; es para ser obediente al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo, y así rendir gloria a Dios solo, el fin último de nuestro vivir, obrar y ser. Mas es por medio de María, con ella y en ella, que podemos más fácilmente obtener todo eso. En este sentido Montfort presenta la devoción como un maravilloso secreto.

7. Una primicia del Tratado

En esta última parte del *Amor de la Sabiduría eterna*, el autor ofrece en primicia una síntesis de la doctrina mariana que desarrollará después en el *Tratado de la Verdadera devoción a María*. Es un tratado breve pero que contiene todos los elementos de la construcción, que comprende los aspectos doctrinales, ascéticos y pastorales del itinerario que conduce a Jesucristo por medio de María. De los fundamentos teológicos, se desarrollan las consideraciones espirituales para llegar a las propuestas devocionales, principalmente a la práctica de la total consagración de sí mismo a Jesús por las manos de María.

Los paralelismos con el *Tratado* son por lo tanto fáciles de individualizar. Además en el texto de que se dispone viene coherentemente conservada la prospectiva sapiencial, que por el contrario falta en el *Tratado*. Y, viceversa, no tenemos la relación entre consagración a Jesús por María y la renuncia a Satanás de las promesas bautismales, si no se tiene en cuenta el acto de consagración, puesto al final del *Amor de la Sabiduría eterna*, que aparece como que debía ser considerado un texto aparte.

He aquí la apertura de la sinfonía, motivo en fin que se repite: "Jamás ha habido nadie, a excepción de María, que haya encontrado gracia delante de Dios para sí mismo y para todo el género humano; que haya tenido el poder de encarnar y hacer nacer a la Sabiduría eterna y que, todavía hoy, por medio de la cooperación del Espíritu Santo, pueda encarnarlo, en los fieles". (n. 203). El punto de partida es una mirada a la historia de la salvación. Dios ha querido servirse de María, y sólo de ella, para encarnar la Sabiduría. María "es la madre dignísima de la Sabiduría; Jesús "es el fruto y obra de María". Después, el paso al tiempo de la Iglesia, nuestro tiempo. "Por lo tanto el que quiera poner aquel fruto maravilloso en el corazón, debe poner el árbol que lo produce. ¡Quien quiera tener a Jesús debe tener a María!" (n. 204). Son las típicas afirmaciones montfortianas, fundamentales. Montfort es casi nervioso en el estilo; no tiene tiempo para extenderse en exposiciones largas o escolásticas.

María es también la "señora de la Sabiduría" en el sentido que Jesús ha querido depender de ella y le ha dado un poder sobre sí mismo, sea en la tierra como ahora en el cielo, Es aún María la que da a Jesús y lo produce en las almas. Esto ocurre por voluntad de Dios: si de hecho el Padre ha dado a María su propio Hijo es porque quiere que nosotros lo recibamos de ella (n. 207). Y María deseará por encima de todo comunicar la Sabiduría encarnada. Más bien ella es el "lugar" en que la Sabiduría habita plenamente, es el mundo de Dios, su paraíso. Debe ocurrir una fusión entre nuestro "lugar", nuestra casa y María. "Si hacemos entrar a María en nuestra casa... a ella la Sabiduría eterna vendrá a habitar como en el palacio más glorioso" (n. 211). Somos pecadores, llenos de pasiones, indignos; María, por el contrario es como un imán, que atrae la Sabiduría; si llegamos a tener a María en nosotros, tendremos la Sabiduría divina. Y la tendremos de modo "seguro", "fácil", "breve" y "santo".

Montfort enuncia entonces en qué consiste una auténtica devoción a María después de haber dicho que hay devociones "falsas", esto es, desviadas, y además insuficientes. Una buena devoción debe ser "interior" para que convierta el corazón en profundidad; "afectuosa" porque implica a todo nuestro ser, la racionalidad y el sentimiento; "perseverante", se comprende; y "santa" recordando que Dios es Dios y que nosotros somos nada.

Hay formas de devoción que ayudan a vivir estas actitudes del alma, son formas válidas, expuestas y explicadas en tantos libros. "Pero la más perfecta, la más útil de todas las devociones a la Santísima Virgen es aquella que consiste en consagrarse totalmente a ella y totalmente a Jesús por medio de ella" (n. 219), viviendo una total dependencia de María, según el ejemplo dado por el mismo Jesucristo.

Será en el Tratado que Montfort presentará el desarrollo de un verdadero y propio itinerario de fe con María indicando los primeros pasos del camino y después los sucesivos, sugiriendo las prácticas exteriores útiles, explicando las actitudes espirituales que imitan a María, hasta ilustrar la última experiencia que el alma vive en Dios y en María, una vez que ha llegado a la adquisición y al gusto de la Sabiduría. Viene puesta aquí una particular insistencia en la necesidad de la perseverancia. "Esta devoción, si está bien practicada no solamente atrae a Jesucristo, Sabiduría encarnada, en un alma, sino que lo mantiene y conserva hasta la muerte" (n. 220). Es de hecho inútil tanta fatiga para adquirir un tesoro, si después lo perdemos con facilidad. Son demasiados los enemigos que tenemos alrededor, demasiadas nuestras flaquezas; pongamos todo en manos de María, ella es "sabia" y sabrá disponer bien todo a gloria de Dios; es caritativa y

orientará todo a nuestro favor; es "generosa" y si nosotros damos todo, recibiremos el céntuplo; es "poderosa" y nadie podrá quitar cuanto es puesto en sus manos; es "fiel" y no deja que se pierda ni se estropee lo que le ha sido confiado" (n. 222).

8. La fórmula de consagración

El manuscrito del *Amor de la Sabiduría eterna* termina con la fórmula de la Consagración de sí mismo a Jesucristo, Sabiduría encarnada, por medio de María, que en los escritos del santo encontramos sólo aquí. La estructura de esta oración no es muy original y reproduce una secuencia de elementos comunes a las fórmulas en uso en el 1600, en particular en la tradición de las confraternidades de la "esclavitud de amor". De hecho poco pero precioso. Montfort redacta la parte central, donde encontramos dos particularidades: la referencia al bautismo y a la donación total, de cuerpo y alma, bienes interiores y exteriores, el valor mismo de las buenas obras, pasadas, presentes y futuras, dejando a la Santísima Virgen el derecho de disponer, a la mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.

En la práctica pastoral, durante el desarrollo de una misión y sólo para los que efectivamente habían escuchado la predicación y se habían confesado y comulgado, Montfort acostumbraba a hacer suscribir el Contrato de Alianza, durante una celebración pública y solemne. Contiene una fórmula de consagración, más breve y quizá más original, recalcada con mayor evidencia sobre el ritmo bautismal: creo en Jesucristo, renuncio al mal, prometo observar los mandamientos, "me doy enteramente a Jesucristo por las manos de María, para llevar con él mi cruz todos los días de mi vida".

La fórmula larga de consagración, con que termina *El Amor de la Sabiduría eterna* pone claro, de cualquier modo que sea, algunos aspectos importantes de la enseñanza montfortiana. Empieza en dimensión trinitaria, adorando a la Sabiduría eterna en el seno del Padre durante la eternidad y en el seno de María en el tiempo de la encarnación; se rinde alabanza al Hijo, que ha realizado nuestra salvación, haciéndose obediente a María para hacernos a nosotros siervos fieles de Jesús en María. Mas, frente a nuestra infidelidad, somos invitados a volvernos a María, Madre y trono de la Sabiduría para obtener el perdón de los pecados y la posesión de la Sabiduría. A tal fin se quiere renovar nuestra promesa bautismal consagrándonos a Jesucristo por medio de María y tomando a la Santísima Virgen, como madre y maestra, para ser amados, instruidos, guiados, alimentados, protegidos por ella y para hacernos perfectos discípulos e imitadores de Jesucristo, la Sabiduría encarnada y llegar así, por su intercesión y su ejemplo, a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.

9. La ciencia de los santos

Leyendo los escritos de San Luis María Grignion de Montfort se puede caer en el engaño por su sencillez, pensando que el autor se haya limitado a sugerir fórmulas superficiales de devoción, sostenidas únicamente por piadosas exhortaciones. Montfort como valiente misionero popular, hace sin embargo un esfuerzo de simplificación con la intención de ir al encuentro de las aspiraciones de santidad de todas las almas de buena voluntad. Su convicción de que todos estamos llamados a la santidad y por tanto todos debemos ser ayudados en este camino, lo lleva a la exposición sintética, esencial, en nada superficial, de los principios y de los métodos de espiritualidad que andan de acuerdo con las enseñanzas de los grandes maestros espirituales de todos los tiempos. Igualmente en su originalidad, Montfort es además hijo de su tiempo, que aprovecha de las intuiciones de los grandes autores y de los grandes santos del '600 francés.

Ese siglo, en Francia, es grande no sólo por la literatura, la política y las artes, sino también por la ciencia de los santos, como era llamada la espiritualidad. Las fuentes de un renacimiento de la espiritualidad van en primer lugar a la Biblia, uno de los fundamentos de la vida de piedad para los sacerdotes, los laicos y los religiosos. No siempre la Biblia es leída directa y personalmente, como lo hacen más a menudo los protestantes; se aconseja más bien dejar la lectura en extenso al que es capaz. Por otra parte, todavía no es fácil disponer de traducciones francesas completas, salvo para algún privilegiado; los cultos leen la Vulgata. La costumbre difundida es escoger los libros de la Biblia. En nuestro caso, Montfort se dirige en particular a los libros sapienciales. Los autores espirituales y los directores de conciencia recomiendan el Nuevo Testamento; Berulle privilegia el cuarto Evangelio y las Cartas de San Pablo; los moralistas utilizan los Proverbios, el Eclesiastés y la Sabiduría; todos usan los Salmos. Se desciende al Antiguo Testamento como libro de historia y repertorio por los ejemplos edificantes. El mensaje bíblico es propuesto además a través de representaciones gráficas (pinturas, estampas, esculturas), para suscitar emociones, enseñar historia, indicar ejemplos a imitar.

Otra importante fuente de inspiración de este período es el Seudo-Dionisio. Además, es propio de este tiempo en que empiezan las dudas acerca de su autenticidad; sin embargo, los contenidos son vueltos a tomar por muchos autores. Los místicos renano-flamencos (Ruysbroeck, Harphius, Tauler) son dados a conocer sobre todo en la primera mitad del '600 por Benoit de Canfield y otros. Se recupera además a Henri Suso, a Dionisio el Cartujo, a Lansperge, a Louis de Blois y a la Imitación de Cristo. Se cuenta además con la influencia de los autores espirituales italianos, como Catalina de Génova, Achille Gagliardi e Isabel de Bellinzaga, Lorenzo Scupoli, María Magdalena de Pacis.

En 1604, Bérulle y Brétigny introducen en Francia a los carmelitas españoles y sus monasterios se convierten en importantes centros espirituales. Teresa de Ávila es apreciada por su ascetismo además de su experiencia mística; Juan de la Cruz influye en Surin, Olier y Boudon. Una reflexión sobre la experiencia espiritual de los carmelitas españoles es realizada por Felipe de la Trinidad en *la Suma Teológica Mística* (1656) y por Antoine du Saint-Esprit en *el Directorium mysticum (1677).*

Y hacia la mitad del siglo hay una evolución además en la terminología: "teología mística" indica en primer lugar la experiencia mística, la "ciencia de los santos", después pasa a significar la reflexión y la sistematización de la experiencia mística, en el sentido alcanzado hasta nuestros días. "Humanismo" es otra expresión que caracteriza un fenómeno registrado en la primera mitad del siglo XVII. ¿Cuál es el sentido de la expresión? Dios es principio y fin de la creación y el hombre es la obra maestra de Dios. El hombre puede advertir la presencia de Dios en el mundo y referir la criatura al creador, a pesar del pecado y con la gracia. Se recupera así el teocentrismo, evitando el peligro de la excesiva admiración por la creación.

La presencia en el mundo junto con el deseo de contemplación son patentes expresiones de formas de vida religiosa, de las órdenes y congregaciones en pleno desarrollo: los Capuchinos, el Carmelo, la Visitación; los grandes del mundo protegen conventos e instituciones particulares. La cartuja y la trapa conservan su hechizo: el pensamiento de hacerse cartujos lo han tenido Bérulle, de Condren, Olier. A Bossuet le gustaba retirarse a la trapa. Quien no entra en una institución puede conseguir de ella el espíritu y organizarse por sí mismo; la vida eremítica tiene también sus partidarios en el mundo. En el conjunto hay un cierto eclecticismo entre los autores franceses, oscilando de norte a sur, de los místicos tedesco-flamencos al carmelo español y a los espirituales italianos, mas toda experiencia es en sí original y los diversos autores en que se inspira, son considerados como formando parte de la única tradición mística.

A la luz de todo esto, se puede comprender mejor *el Amor de la Sabiduría eterna.* Montfort se introduce como autor espiritual, a menudo con acentos y pasajes de carácter místico; entre otros, cita a Suso, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Magdalena de Pacis. El comentario al libro de la Sabiduría se convierte en fuente para trazar un completo camino espiritual.

10. Historia del texto

Como se ha señalado, no estamos más que en los comienzos del estudio del *Amor de la Sabiduría eterna.* Algunos problemas son más bien exteriores al texto, pero podrían comportar consecuencias para los mismos contenidos y para la interpretación de la obra. Más que de un escrito determinado, pronto para la imprenta, se tiene la impresión de un material todavía no ordenado de forma definitiva; en varias ocasiones se observan divisiones en la obra (nn. 7, 12, 14), Y no siempre, la materia está distribuida de modo proporcionado.

El manuscrito llegado a nosotros era hasta ayer considerado como auténtico, esto es redactado por la misma mano de Montfort, mientras que análisis grafológicos más recientes lo han excluido. Eso no perjudica la autenticidad de la obra, ya que muchos pasajes paralelos pueden estar relacionados con otras obras regularmente montfortianas, la primera entre todas *el Tratado de la Verdadera devoción a María,* llegado a nosotros en la versión escrita por el mismo Montfort. Quedan, sin embargo, abiertas otras cuestiones. El cuaderno del manuscrito está redactado de modo regular y uniforme, completo en títulos y subdivisiones como si fuese una obra bien terminada, mientras que no lo es si se presta atención a la exposición de los contenidos. Aquí se puede preguntar en qué medida haya intervenido el copista en "poner orden" y quizá en trasladar algún texto en otro sitio. La duda viene por ejemplo, a propósito de la fórmula de la consagración, transcrita al final de la obra; es un texto no del todo integrado, que en sí mismo, es una composición que mucho se resiente de las fórmulas semejantes, difundidas en el 1600 en los ambientes devocionales.

La primera impresión del manuscrito es del 1856. Estaba en curso el censo o catastro de los escritos de Grignion de Montfort en el contexto del proceso de beatificación. En 1842 había sido hallado, por casualidad, *el Tratado de la Verdadera devoción a María,* publicado el año siguiente. En la estela de notoriedad ganada por Montfort a causa de esta obra, aparece en París (Gaume Freres) la primera edición del *Amor de la Sabiduría eterna.* Para tener una segunda edición hay que esperar al año 1896 (Oudin - París Poitiers). El título, el mismo y casi idéntico el Prefacio del Editor. Como en la primera edición, al final del pequeño volumen viene reportado el Cántico de Montfort: ¡Oh Sabiduría venid! La tercera edición en 1919; los contenidos son los mismos, cambia todavía el editor: Mame, Tours. En el entretiempo vuelven a ser tomados y difundidos textos escogidos, insertos en publicaciones con carácter devocional.

Es la cuarta edición, de 1929, presentada como "Edición Tipo", que introduce diversas novedades. "La Librería Mariana", de Pontchateau, vuelve al título exacto del manuscrito: *El Amor de la Sabiduría eterna.* Una amplia introducción, del montfortiano Henri Huré, valora finalmente esta obra y la presenta en el contexto de la espiritualidad sapiencial que ha atravesado los siglos, desde San Pablo, a los Padres de la Iglesia, al Medievo, a los místicos y hasta la escuela francesa de Bérulle, Eudes y Olier. La edición está enriquecida con un "Pequeño Manual" del discípulo de la Sabiduría, de oraciones y ejercicios diversos, comprendido el "Oficio de la Sabiduría eterna" y diversos Cánticos. Un salto de calidad ha sido realizado en la comprensión de este escrito montfortiano; no obstante su autor continúa siendo conocido como el gran devoto de María y se leen casi únicamente el *Tratado y el Secreto de María.*

En cuanto se refiere a Italia, es sólo después de la edición francesa del 1929 que se piensa finalmente en la primera traducción en italiano. Es el padre Calixto Bonicelli, montfortiano, que publica en 1937 su versión italiana. Algunos años después, en preparación a la canonización de Montfort, son las Hijas de la Sabiduría quienes se cuidan de una nueva edición (Roma 1943) utilizando la misma versión de Bonicelli. Es todavía esta traducción que las recién nacidas Ediciones Montfortianas utilizan en 1944 para una nueva publicación. En 1956 se tiene la cuarta edición italiana. En la versión de Bonicelli se añaden las notas de P. Henri Huré, de la edición francesa de 1929. Diez años más tarde, en 1966 se tiene la quinta edición, esta vez con nueva traducción y notas de Eugenio Falsina. Pasan otros diez años. En el intervalo aparecen

las “Obras completas” en italiano. Utilizando aquella edición, en 1977 es publicada la sexta edición del *Amor de la Sabiduría eterna*. La séptima edición es de 1988, a cargo del Centro Mariano de Roma. La presente edición de Citta Nuova es la primera realizada por una editorial no montfortiana.

11. Nueva valoración

Hoy existen todas las premisas para una nueva y más profunda valoración *del Amor de la Sabiduría eterna.* La enseñanza espiritual de Grignion de Montfort -se la va comprendiendo cada vez más- no consiste solamente en una invitación a la devoción mariana, como se era llevado a creer o como a menudo todavía se siente hablar, sino que se presenta como una verdadera escuela de espiritualidad cristiana, completa en cuanto se refiere a los contenidos evangélicos, las indicaciones del método pedagógicamente progresivo, las sugerencias a cerca de las actitudes espirituales que cultivar y las formas expresivas de tal espiritualidad. Nuevos estudios y nuevas experiencias en el clima eclesial del posconcilio, están relanzando la espiritualidad mariana, entendida como camino al evangelio y a la Iglesia. El ejemplo personal de Juan Pablo II y los numerosos textos del magisterio recomiendan el redescubrimiento del papel de María en el itinerario de fe y en el camino a la santidad.

Todo esto ha estimulado a releer a Montfort de modo más completo, teniendo como objetivo la entera construcción de su enseñanza espiritual. Y así el *Amor de la Sabiduría eterna* vuelve a ser considerada la obra espiritual de la cual partir y volver continuamente. La frecuentación de estas páginas hará descubrir la gran riqueza. Como texto espiritual propio de una época pasada, ello necesitaría numerosas explicaciones y relaciones con autores y textos de aquel período histórico. A diferencia del *Tratado de la Verdadera devoción a María* ningún verdadero y apropiado comentario al *Amor de la Sabiduría eterna* ha sido hasta ahora publicado; con todo es sólo a partir de esta obra que se puede comprender la espiritualidad montfortiana sin extravíos, unilateralidad o desviaciones. Un primer paso hacia una lectura en clave nueva y más rica ha sido realizado por el Instituto Titus Brandsma, de Nimega, por encargo de las Hijas de la Sabiduría. Pierre Humblet ha resumido los resultados de la investigación en *El proceso de transformación en el Amor de la Sabiduría eterna de Grignion de Montfort* (1994), traducido a diferentes lenguas y difundido por las Hijas de la Sabiduría.

En la Iglesia de hoy, que vive la marcha hacia el Tercer Milenio, resultará luminosa la huella descrita por San Luis María Grignion de Montfort. Parte del amor del Padre, manifestado en Jesucristo mediante la encarnación en el seno de María, y llevado a la prueba suprema de la cruz y conduce a vivir en el Espíritu Santo, en unión con María, el tiempo de la Iglesia hacia la plena manifestación del Señor en cada creyente hecho santo y en el conjunto del pueblo de Dios, a gloria de Dios Padre.

Traducido del original italiano
por Juan Ciérvide Martinena, S.G.

*   *   *

TÍTULOS PUBLICADOS

de San Luís María Grignion de Montfort

en Castellano

- El Secreto de María.
- Tratado de la Verdadera Devoción a la S. Virgen.
- El Amor de la Sabiduría eterna.
- Carta circular a los Amigos de la Cruz.
- El Secreto Admirable del Santísimo Rosario.

De otros autores

- Preparación Consagración Total a Jesús en María.
- Camino Montfortiano de la Verdadera Devoción a María, por Frank Duff.
- El Carisma doctoral de S. Luís María Grignion de Montfort, por Eduard Vivas i Llorens.
- Examen de conciencia del esclavo de amor de Jesús en María, por J.M. Hupperts, S.M.M.
- Biografía de San Luís María de Montfort, por Jesús Fernández Soto.
- Un mes con María, por Dr. Joan-Antoni Mateo García.
- María y la debilidad de Dios, por Jean Morinay.
- Manual de los grupos de Esclavitud Mariana de amor (GEM).
- Mini-Manual de los GEM.

* * *

TÍTULOS PUBLICADOS

de San Luís María Grignion de Montfort

en Catalán

- El Secret de Maria
- Tractat de la Verdadera Devoció a la Sant. Verge.
- L’Amor de la Saviesa eterna.
- L’Amor de la Saviesa eterna. (Montserrat)

De otro autor

- Un mes amb Maria, por Dr. Joan-Antoni Mateo García.

FUNDACIÓN MONTFORT

SOCIEDAD GRIGNION DE MONTFORT

Jonqueres, 18; 8º. C

08003-Barcelona

Teléfono: 93 318 08 29

e-mail: sgm@sgmontfort.org

A JESÚS POR MARÍA

DIOS SOLO

Rezo del Santo Rosario Montfortiano

SANTO ROSARIO

Características montfortianas:

En cada Avemaría de las distintas decenas del Rosario, después del nombre de Jesús, se dice una "palabra" que resume el Misterio, para tenerlo continuamente presente, en nuestro interior, o mejor dicho, situarnos en el lugar físico del misterio.

En cada misterio se indica un fruto a obtener.

INICIO DEL REZO DEL SANTO ROSARIO

Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos, Señor, Dios nuestro.
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén.

OFRECIMIENTO

Señor Dios nuestro, dirigid y guiad todos nuestros pensamientos, palabras y obras a mayor honra y gloria vuestra. Y Vos, Virgen Santísima, alcanzadnos de vuestro Hijo, que con toda atención y devoción podamos rezar vuestro santísimo Rosario, el cual os ofrecemos por la exaltación de la santa Fe católica, por nuestras necesidades espirituales y temporales, por el bien y sufragio de los vivos y difuntos que sean de vuestro mayor agrado y de nuestra principal obligación.

Los misterios que meditaremos hoy son los de:

GOZO: *Lunes y sábado.*
LUZ: *Jueves.*
DOLOR: *Martes y viernes.*
GLORIA: *Miércoles y Domingo.*

- -

ORACIONES VARIAS

PADRE NUESTRO,

que estás en el cielo; santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día, perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

DIOS TE SALVE, MARÍA,

llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Jesús.

Santa María, Madre de Dios (y Madre nuestra); ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

GLORIA

al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

CANTO 1º

Entonación Fátima:

Meses: Enero – Marzo – Mayo – Agosto – Octubre - Diciembre

CANTO 2º

Entonación Carismática

Meses: Febrero – Abril – Junio – Julio – Septiembre – Noviembre

- -

MISTERIO DE GOZO - Lunes y Sábado

1º La Encarnación del Hijo de Dios

Se caracteriza efectivamente por el gozo que produce el acontecimiento de la encarnación. Esto es evidente desde la anunciación, cuando el saludo de Gabriel a la Virgen de Nazaret se une a la invitación a la alegría mesiánica: «Alégrate, María». A este anuncio apunta toda la historia misma del mundo. En efecto, si el designio del Padre es de recapitular en Cristo todas las cosas, el don divino con el que el Padre se acerca a María para hacerla Madre de su Hijo alcanza a todo el universo. A su vez, toda la humanidad está como implicada en *el fiat* con el que Ella responde prontamente a la voluntad de Dios.

CANTO 1º Bajando del cielo el ángel de Dios
anuncia el misterio de la Encarnación.
Ave, Ave, Ave María. (2 veces)

CANTO 2º Viene Jesús, el Señor. (2 veces)
Él viene (3 veces). Viene.
Viene Jesús, el Señor.

Fruto: ***Humildad de Corazón.***

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

ENCARNADO

En reverencia: **Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria**

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,
salvad almas.

MISTERIO DE GOZO - Lunes y Sábado

2° La Visitación a su prima santa Isabel

El regocijo se percibe en la escena del encuentro con Isabel, dónde la voz misma de María y la presencia de Cristo en su seno hacen «saltar de alegría» a Juan.

CANTO 1º La Virgen María saluda a Isabel
y su alma engrandece de Dios la merced.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Llama Jesús, el Señor. (2 veces)
Él llama (3 veces). Llama.
Llama Jesús, el Señor.

Fruto: ***Caridad con el prójimo***

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

SANTIFICADOR

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

Final: María, madre de gracia,
madre de piedad, de amor y de misericordia,
defiéndenos de nuestros enemigos
y ampáranos
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

MISTERIO DE GOZO - Lunes y Sábado

3° El Nacimiento del Hijo de Dios

Repleta de gozo es la escena de Belén, donde el nacimiento del divino Niño, el Salvador del mundo, es cantado por los ángeles y anunciado a los pastores como «una gran alegría»

* * *

CANTO 1º Radiante una estrella anuncia en Belén
nacido entre pajas al Dios de Israel.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Nace Jesús, el Señor. (2 veces)
Él nace (3 veces). Nace.
Nace Jesús, el Señor.

* * *

Fruto del misterio:

Pobreza evangélica

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

POBRE NIÑO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: Oh María sin pecado concebida.

Rogad por nosotros que recurrimos a Vos

- -

MISTERIOS DE GOZO - Lunes y Sábado

5° El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo

Gozoso y dramático al mismo tiempo es también el episodio de Jesús de 12 años en el templo. Aparece con su sabiduría divina mientras escucha y pregunta, y ejerciendo sustancialmente el papel de quien 'enseña'. La revelación de su misterio de Hijo, dedicado enteramente a las cosas del Padre, anuncia aquella radicalidad evangélica que, ante las exigencias absolutas del Reino, cuestiona hasta los más profundos lazos de afecto humano. José y María mismos, sobresaltados y angustiados «no comprendieron» sus palabras.

* * *

CANTO 1º Con crueles angustias lo buscó doquier,
cuando El entre sabios enseña la Ley.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Santo es Jesús, el Señor. (2 veces)
Él es santo (3 veces). Santo.
Santo es Jesús, el Señor

* * *

Fruto: ***Buscar y hallar a Jesús por María***
en todas las cosas

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

SANTO DE LOS SANTOS

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,

salvad almas.

MISTERIO DE GOZO - Lunes y Sábado

4° La Presentación de Jesús en el Templo

Pero ya los dos últimos misterios, aun conservando el sabor de la alegría, *anticipan indicios del drama.* En efecto, la presentación en el Templo, a la vez que expresa la dicha de la consagración y extasía al viejo Simeón, contiene también la profecía de que el Niño será «señal de contradicción» para Israel y de que una espada traspasará el alma de la Madre.

* * *

CANTO 1º Al templo llevando al Niño Jesús
un rito ella cumple de humilde virtud.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Sana Jesús, el Señor. (2 veces)
Él sana (3 veces). Sana.
Sana Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: ***Ofrecemos de todo corazón a Dios***
y guardar pureza de cuerpo y alma.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

SACRIFICADO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Oh Jesús mío! perdonad nuestros pecados,
libradnos del fuego del infierno

y llevad al cielo a todas las almas,
especialmente, las más necesitadas
de Vuestra divina misericordia.

- -

MISTERIOS DE LUZ - Jueves

1° El Bautismo de Jesús

Misterio de luz es ante todo el Bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que se hace 'pecado' por nosotros, entra en el agua del río, el cielo se abre, y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto, y el Espíritu Santo desciende sobre El para investido de la misión que le espera.

* * *

CANTO 1º Él es el amado» se oyó en el Jordán
al ser bautizado Jesús por san Juan.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Tierno es Jesús, el Señor. (2 veces)
Él es tierno (3 veces). Tierno
Tierno es Jesús, el Señor

* * *

Fruto: ***Aprender de Jesús la humildad***
y comprender que el que se humilla
será ensalzado.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

BAUTIZADO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,

salvad almas.

- -

MISTERIOS DE LUZ - Jueves

2° Jesús en las bodas de Caná

Misterio de luz es el comienzo de los signos en Caná, cuando Cristo, transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe gracias a la intervención de María, la primera creyente.

* * *

CANTO 1º Hagan lo que Él diga» les dijo María,
a los que en las Bodas el vino servían.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Brinda Jesús, el Señor. (2 veces)
Él brinda (3 veces). Brinda
Brinda Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: ***Confiar en el poder intercesor de María.***

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE SE MANIFIESTA DIOS

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: María, madre de gracia,
madre de piedad, de amor y de misericordia,

defiéndenos de nuestros enemigos
y ampáranos
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

- -

MISTERIOS DE LUZ - Jueves

3° El Anuncio del Reino de Dios

Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del reino de Dios e invita a la conversión, perdonando los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe, iniciando así el ministerio de misericordia que Él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la reconciliación confiado a la Iglesia.

* * *

CANTO 1º Jesús anunciando el reino de Dios,
invitaba a todos a la conversión.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Bueno es Jesús, el Señor. (2 veces)
Él es bueno (3 veces). Bueno.
Bueno es Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: ***Docilidad a la Palabra de Dios***
y conversión de corazón.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE TE PROCLAMA EL REINO DE DIOS

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: Oh María sin pecado concebida.

Rogad por nosotros que recurrimos a Vos

MISTERIOS DE LUZ - Jueves

4° La Transfiguración de Jesús

Misterio de Luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo «escuchen» y se dispongan a vivir con El el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con El a la alegría de la Resurrección y a una vida transformada por el Espíritu Santo.

* * *

CANTO 1º En lo alto del monte se transfiguró,
la gloria del Padre allí les mostró.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Luz es Jesús, el Señor. (2 veces)
Él es luz (3 veces). Luz.
Luz es Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: ***Que la esperanza de la gloria con Jesús***
nos anime a llevar la cruz.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

TRANSFIGURADO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Oh Jesús mío! perdonad nuestros pecados,
libradnos del fuego del infierno

y llevad al cielo a todas las almas,
especialmente, las más necesitadas
de Vuestra divina misericordia.

MISTERIOS DE LUZ - Jueves

5° La institución de la Santísima Eucaristía

Misterio de luz es, por fin, la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad «hasta el extremo» y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio.

* * *

CANTO 1º Misterio sublime del amor de Dios,
es la Eucaristía que Jesús nos dio.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Dios es Jesús, el Señor. (2 veces)
Él es Dios (3 veces). Dios.
Dios es Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: ***Que nos sintamos amados de Jesús***
y requeridos a amar al hermano.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE SE TE DA HOMBRE Y DIOS VERDADERO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,
salvad almas.

- -

MISTERIOS DE DOLOR - Martes y Viernes

1º La oración de Jesús en el Huerto

El Rosario escoge momentos de la Pasión, invitando al orante a fijar en ellos la mirada de su corazón y a revividos. El itinerario meditativo se abre con Getsemaní, donde Cristo vive un momento particularmente angustioso frente a la voluntad del Padre, contra la cual la debilidad de la carne se sentiría inclinada a revelarse. Allí, Cristo se pone en lugar de todas las tentaciones de la humanidad y frente a todos los pecados de los hombres, para decirle al Padre: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» Este «sí» suyo cambia el «no» de los progenitores en el Edén.

* * *

CANTO 1º Contempla, alma mía, a tu Dios y Señor,
sumido en angustia, haciendo oración.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Gime Jesús, el Señor. (2 veces)
El gime (3 veces). Gime
Gime Jesús el Señor.

* * *

Fruto: *Sentir gran dolor y contrición de nuestras culpas*

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

AGONIZANTE

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,
salvad almas.

- -

MISTERIOS DE DOLOR - Martes y Viernes

2° La Flagelación del Señor

Y cuánto le costaría esta adhesión a la voluntad del Padre se muestra en estos misterios de dolor: Comenzaron a escupirle en el rostro y darle puñetazos. Y a Jesús, después de haberlo hecho azotar, se lo entregó (Pilato) para que lo crucificaran.

* * *

CANTO 1º Desgarran sus carnes azotes sin fin:
mis culpas merecen castigo tan ruin.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Sufre Jesús, el Señor. (2 veces)
Él sufre (3 veces), Sufre.
Sufre Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Tener mortificados nuestros sentidos*
y hacer digna penitencia de nuestros pecados

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

AZOTADO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: María, madre de gracia,
madre de piedad, de amor y de misericordia,

defiéndenos de nuestros enemigos
y ampáranos
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

MISTERIOS DE DOLOR - Martes y Viernes

3º La Coronación de espinas

Y despojándole de sus vestiduras le echaron encima una clámide de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza y en la mano derecha una caña; y doblando ante Él la rodilla se burlaban diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!»

* * *

CANTO 1º Corona de espinas taladra su sien:
mas yo le proclamo por Dios y por Rey.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Reina Jesús, el Señor. (2 veces)
Él reina (3 veces). Reina.
Reina Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Huir de toda soberbia y vanidad*
y despreciarlos honores y gloria del mundo.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

CORONADO DE ESPINAS

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: Oh María sin pecado concebida.

Rogad por nosotros que recurrimos a Vos

- -

MISTERIOS DE DOLOR - Martes y Viernes

4° La subida al Calvario

Tomaron a Jesús que, llevando la cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota, donde le crucificaron. Escribió Pilato un título y lo puso sobre la Cruz: Jesús Nazareno, rey de los judíos.

* * *

CANTO 1º Un duro madero soporta mi Bien
mis culpas cargaron un peso tan cruel.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Lleva la cruz, el Señor. (2 veces)
Él lleva (3 veces). Lleva.
Lleva la cruz, el Señor.

* * *

Fruto: *llevar cristianamente nuestra cruz,*
pensando que así seguimos a Jesús
y acompañamos a María

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

CARGADO CON LA CRUZ

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Oh Jesús mío! perdonad nuestros pecados,
libradnos del fuego del infierno

y llevad al cielo a todas las almas,
especialmente, las más necesitadas
de Vuestra divina misericordia.

- -

MISTERIOS DE DOLOR - Martes y Viernes

5º La muerte en Cruz del Señor

Se ve sumido en la mayor ignominia: *¡Ecce homo!* En este oprobio no sólo se revela el amor de Dios, sino el sentido mismo del hombre. *Ecce homo:* quien quiera conocer al hombre, ha de saber descubrir su sentido, su raíz y su cumplimiento en Cristo, Dios que se humilla por amor «hasta la muerte y muerte de cruz» Los misterios de dolor llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora.

* * *

CANTO 1º Con dura congoja, clavado en la cruz,
salvándome muere mi dulce Jesús.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Muere Jesús, el Señor. (2 veces)
Él muere (3 veces). Muere.
Muere Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Que se conviertan los pecadores,*
perseveren los justos
y sean libradas las almas del purgatorio

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

CRUCIFICADO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,

salvad almas.

MISTERIOS DE GLORIA - Miércoles y Domingo

1º La Resurrección del Señor

¡El es el Resucitado! El Rosario ha expresado siempre esta convicción de fe, invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la gloria de Cristo en su Resurrección y en su Ascensión. Contemplando al resucitado, el cristiano *descubre de nuevo las razones de la propia fe* y revive la alegría no solamente de aquellos a los que Cristo se manifestó, sino también el *gozo de María* que experimentó de modo intenso la nueva vida del Hijo glorificado.

* * *

CANTO 1º ¡Hosanna! ¡Aleluya! el orbe exclamó,
al ver del sepulcro salir al Señor.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Vive Jesús, el Señor. (2 veces)
Él vive (3 veces). Vive.
Vive Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Amar y servir al Señor*
con todo el fervor de nuestra alma.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

RESUCITADO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,
salvad almas.

- -

MISTERIOS DE GLORIA - Miércoles y Domingo

2º La Ascensión del Señor

Y habiendo dicho esto (que recibirían el Espíritu Santo...), los sacó fuera hacia Betania; y levantando las manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras El los bendecía, se desprendió de ellos y mirándolo ellos se fue elevando y llevado en alto al cielo. Y una nube interpuesta debajo se lo ocultó a su vista. Y el Señor Jesús fue encumbrado hasta el cielo, donde está sentado a la diestra de Dios.

* * *

CANTO 1º Regresas al Padre, mi Dios y mi Rey:
en medio del gozo, no olvides tu grey.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Sube Jesús, el Señor. (2 veces)
Él sube (3 veces). Sube.
Sube Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Gran deseo del cielo*
y vivo agradecimiento a Jesús por María

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE SUBE A LOS CIELOS

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: María, madre de gracia,
madre de piedad, de amor y de misericordia,

defiéndenos de nuestros enemigos
y ampáranos
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén.

- -

MISTERIOS DE GLORIA - Miércoles y Domingo

3° La venida del Espíritu Santo

El tercer misterio glorioso, Pentecostés, muestra el rostro de la Iglesia como una familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa del Espíritu y dispuesta para la Evangelización.

* * *

CANTO 1º ¡Espíritu Santo de Dios fuego y luz!
Desciende trayendo saber y virtud.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Salva Jesús, el Señor. (2 veces)
Él salva (3 veces). Salva.
Salva Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Que el Espíritu Santo habite siempre*
en nuestras almas por María.

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE TE LLENA DEL ESPÍRITU SANTO

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: Oh María sin pecado concebida.

Rogad por nosotros que recurrimos a Vos

MISTERIOS DE GLORIA - Miércoles y Domingo

4º La Asunción de la Virgen

De este modo los misterios de gloria alimentan en los creyentes la *esperanza en la meta escatológica*, hacia la cual se encaminan como miembros del Pueblo de Dios peregrino en la historia. Esto le impulsará necesariamente a dar testimonio valiente de aquel «gozoso anuncio» que da sentido a toda la vida.

* * *

CANTO 1º Del valle del llanto al reino de amor
asciende mi Madre, la Madre de Dios
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Ama Jesús, el Señor. (2 veces)
Él ama (3 veces). Ama.
Ama Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *Ser hijos muy devotos de tan divina Madre*

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE TE RESUCITA

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Oh Jesús mío! perdonad nuestros pecados,
libradnos del fuego del infierno

y llevad al cielo a todas las almas,
especialmente, las más necesitadas
de Vuestra divina misericordia.

MISTERIOS DE GLORIA - Miércoles y Domingo

5º La coronación de Nuestra Señora

Al fin, coronada de gloria, -«Apareció en el cielo un gran signo: una mujer envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas»- María resplandece como Rema de los Ángeles y los Santos, anticipación y culmen de la condición escatológica de la Iglesia. El remate y fin de la misión de María: Como Reina, ayuda en la salvación del mundo, desde el cielo. Su Corazón Inmaculado está con nosotros en la tierra. «Yo me quedo con el Corazón Inmaculado de María en la tierra.» (dijo Lucia de Fátima).

* * *

CANTO 1º Tu frente circunda corona imperial:
del cielo eres Reina, del mundo eres Paz.
Ave, Ave, Ave María (2 veces)

CANTO 2º Premia Jesús, el Señor. (2 veces)
Él premia (3 veces). Premia
Premia Jesús, el Señor.

* * *

Fruto: *La perseverancia final.*

En cada Avemaría, después del nombre de Jesús, diremos la palabra:

QUE TE CORONA

En reverencia: Padrenuestro, 10 Avemarías y Gloria

* * *

Final: ¡Jesús, María y José, os amo!,

salvad almas.

- -

ACCION DE GRACIAS

Infinitas gracias os damos, Soberana Princesa, por los favores que todos los días recibimos de vuestra generosa mano. Dignaos, Señora, tenernos ahora y siempre bajo vuestra protección y amparo; y para más obligaros os saludamos con una Salve:

Salve, Regina, mater misericordiae:
Vita, dulcedo, et spes nostra, salve.
Ad te clamamus, exsules filii Hevae.
Ad te suspiramus, gementes et flentes
in hac lacrimarum valle.
Eia ergo, Advocata nostra,
illos tuos misericordes oculos ad nos converte.
Et Iesum, benedictum fructum ventris tui,
nobis post hoc exsilium ostende.
O clemens, o pia, o dulcis Virgo María.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. A ti clamamos, los desterrados hijos de Eva. A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos tan misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡oh dulce siempre Virgen María!.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,

para que seamos dignos de alcanzar y gozar de las promesas de Ntro. Señor Jesucristo. Amén.

- -

Esclava del Señor.	**Señor, ten piedad.**
Espejo de justicia.	“
Vaso digno de honor.	“
Vaso insigne de devoción.	“
Rosa mística.	“
Torre de David.	“
Torre de marfil.	“
Casa de oro.	“
Arca de la alianza.	“
Puerta del cielo.	“
Estrella de la mañana.	“
Salud de los enfermos.	“
Refugio de los pecadores.	“
Consoladora de los afligidos.	“
Auxilio de los cristianos.	“
Reina de los ángeles.	“
Reina de los patriarcas.	“
Reina de los profetas.	“
Reina de los apóstoles.	“
Reina de los mártires.	“
Reina de los confesores.	“
Reina de las vírgenes.	“
Reina de todos los santos.	“
Reina concebida sin pecado original.	“
Reina asunta al cielo.	“
Reina del Santísimo Rosario.	“
Reina de la familia.	“
Reina de la paz.	“
Reina de los esclavos de amor.	“

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo: **Perdónanos Señor.**
“ **Escúchanos Señor.**
“ **Ten misericordia de nosotros.**

LETANÍA DE NUESTRA SEÑORA

Señor, ten piedad.	**Señor, ten piedad.**
Cristo, ten piedad.	**Cristo, ten piedad.**
Señor, ten piedad.	**Señor, ten piedad.**
Cristo, óyenos.	**Cristo óyenos.**
Cristo, escúchanos.	**Cristo escúchanos.**
Dios Padre celestial.	**Ten misericordia de nosotros**
Dios Hijo Redentor del mundo.	“
Dios Espíritu Santo.	“
Santa María.	**Ruega por nosotros.**
Santa Madre de Dios.	“
Santa Virgen de las vírgenes.	“
Madre de Cristo.	“
Madre de la divina gracia.	“
Madre purísima.	“
Madre castísima.	“
Madre intacta.	“
Madre incorrupta.	“
Madre inmaculada.	“
Madre amable.	“
Madre admirable.	“
Madre del buen consejo.	“
Madre del Creador.	“
Madre del Salvador.	“
Madre de la Iglesia.	“
Virgen prudentísima.	“
Virgen digna de veneración.	“
Virgen digna de alabanza.	“
Virgen poderosa.	“
Virgen clemente.	“
Virgen fiel.	“

- -

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar y gozar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ORACIÓN

Te pedimos, Señor, que nosotros tus siervos, gocemos siempre de salud de alma y cuerpo; y por la intercesión gloriosa de Santa María, la Virgen, líbranos de las tristezas de este mundo, y concédenos, para siempre, las alegrías del cielo. Por Cristo Ntro. Señor Amén.

* Por las intenciones del Santo Padre. (Padren.-Ave-Gloria)
* Por las almas de los fieles difuntos. “
* Por la sanación de los enfermos. “

SALVE MADRE

Salve, Madre,
en la tierra de mis amores
te saludan los cantos que alza el amor.

Reina de nuestras almas,
flor de las flores
muestra aquí
de tus glorias los resplandores,
que en el cielo tan sólo te aman mejor.

Virgen santa, Virgen pura,
vida, esperanza y dulzura
del alma que en ti confía,
Madre de Dios, Madre mía.

Mientras mi vida alentare,
todo mi amor para ti,
más si mi amor te olvidare,
Madre mía, Madre mía,
aunque mi amor te olvidare,
tú no te olvides de mí.